C L A U D E O L L I E R

GARANTIA DEL ORDEN



I

Sobre una pantalla lisa, tersa, extendida de punta a punta del horizonte, centellea un polvo pálido, tenue, un vaho grisáceo que vela las vibraciones del aire y los remolinos del agua. En lo alto, procedentes de alta mar, gruesas nubes se amontonan, se dislocan, se alejan lentamente hacia el norte, abajo, largas olas estallan, rompen en los bajíos, y se desparraman sobre las rocas planas que bordean la orilla. En el espacio intermedio, la transición se opera insensiblemente: mar y cielo se funden en una materia indivisa, translúcida, plomiza. No los separa línea divisoria alguna: por todas partes se filtra la misma luz tamizada, de vivos y cegadores destellos.

Más abajo, inscritas en un marco menos vasto, innumerables líneas rectas componen una red de cuadriláteros desiguales, articulados perpendicularmente entre sí como los paneles de una maqueta, algunos de los cuales se yerguen verticalmente -fachadas de los grandes bloques de viviendas modernos en la zona costera, empalizadas, murallas de tierra roja que rodean la ciudad vieja-, mientras que la mayoría están dispuestos en sentido horizontal sin orden aparente -tejados de los tinglados, cubiertas de los almacenes, terrazas de las construcciones indígenas, cortadas por pequeños tabiques encalados. En las terrazas, ropa tendida: centenares de piezas de tela restallan al viento.

Más cerca, se extiende la zona verde del parque Wilson. Dos amplios senderos diagonales se cruzan en una glorieta presidida por una estatua. Alfombras de césped seco rodean la glorieta, bordeadas de araucarias, de palmeras de hojas deslucidas y azuladas, en este momento perfectamente inmóviles. En torno del parque, dos filas de eucaliptos se alinean paralelas: las ramas bajas apenas se mueven; sólo las altas frondas se agitan.

Aún más cerca, se escalonan, como adosadas a los árboles, las instalaciones de la bolera, limitadas por el parque y la avenida: a la izquierda, los edificios -bar, vestuarios, restaurante-, a la derecha, las pistas de juego, ocho rectángulos de tierra ocre separados por pequeñas barreras de tablas. Aún no han llegado los jugadores. Un muchacho descalzo manipula una lanza de riego tras la cual pende una larga manguera de goma negra. Empuña la lanza oblicuamente hacia el cielo: el agua espejea y vuelve a caer en forma de lluvia.

Muy cerca, pero invisible, abajo de todo, en la avenida, pasa un autobús de ronca bocina. El ruido del motor y la trepidación de la calzada repercuten en toda la casa, desde el porche de montantes de hierro forjado hasta las ventanas del último piso.

Vibran las hojas de la ventana abierta de par en par, después, los delgados tabiques de la habitación, la puerta de la habitación, y, al otro lado de ella, a dos pasos, en el descansillo, la puerta del hueco del ascensor, que, por ser más pesada, resuena largamente, sordamente. Pero quizá resonaría de todas formas, aun sin el ruido del autobús... Quizá resonaría aún a consecuencia de ese portazo brusco de hace apenas unos segundos, ese cierre brutal, precipitado, que ha precedido en poco a la irrupción en la habitación y el portazo mas seco, casi anodino, de la puerta de la habitación -frágil muralla, primer punto de apoyo, frente a la ventana, primera parada,

el tiempo de un breve descanso, los pocos instantes imprescindibles para recobrar el aliento.

La puerta del ascensor sigue resonando: es como si su picaporte de hierro vibrase aún en la palma de la mano. El autobús se aleja: la trepidación decrece. Varios coches van desfilando sobre sus huellas, sin dejar otro rastro que un claro y leve zumbido, puntuado por dos bocinazos. Después, ningún vehículo pasa ya por la avenida... Las hojas de la ventana han dejado de vibrar, así como los tabiques de la habitación, y la puerta. Al otro lado de ella todo parece también tranquilo. El ascensor no se ha puesto en marcha: la cabina debe de haberse quedado a la altura de este rellano, en el mismo sitio en que se paró hace un minuto. Y nadie ha tenido aún tiempo de subir a pie hasta el séptimo.

Nada indica, por otra parte, que alguien esté subiendo, o por lo menos acercándose a los últimos pisos. Ningún ruido se filtra a través de la hoja de madera: ni un pisar cadencioso, ni un furtivo arrastrarse por el mármol artificial de los peldaños, ni el golpear de la puntera de un zapato contra los barrotes de la barandilla... Todo está en silencio... Si alguien está subiendo en este momento, no puede ser más que en la parte baja de la escalera.

Sin embargo, vale más asegurarse, por lo que pueda ser, ya que aún hay tiempo... Aún hay tiempo... Aún hay tiempo de volver a abrir la puerta y echar un vistazo al descansillo.

El pomo chasca en la cerradura, el pestillo sale de la caja, y la puerta gira lentamente sobre sus goznes: en la rendija aparecen los primeros peldaños de la escalera, luego los barrotes de la barandilla, y un poco más a la izquierda, detrás de la barandilla, el prisma enrejado que, surgiendo de las profundidades de la casa, se eleva aún unos cuantos metros más, hasta la terraza, que parece atravesar con sus varillas metálicas.

La cabina sigue ahí, vacía, inmóvil en el interior de la reja: ocupa todo el espacio disponible del hueco de la escalera, ocultando las espirales de los pisos inferiores. Para ver lo que pasa abajo, hay que bajar unos diez escalones -pero echar el pestillo primero, no sea que el viento, al empujar la puerta, la haga cerrarse-, y mirar bajo la cabina, a través de la reja, cuyas mallas pintadas de negro se entrecruzan en una red de rombos contorsionados, El campo visual se ensancha entonces considerablemente. Abarca todo el rellano del sexto piso, el primero y último tercio del tramo de escalera entre el sexto y el quinto, la mayor parte del descansillo del quinto, otras dos porciones de tramo, mucho menores éstas, entre el quinto y el cuarto, la mitad aproximadamente del descansillo del cuarto... Más abajo, la reja tapa todos los demás fragmentos de escalera teóricamente visibles: el descansillo del tercero se reduce a una estrecha faja longitudinal ante la puerta del ascensor, el del segundo escapa por completo a la vista, el del primero también, con mayor razón, y desde luego el del entresuelo.

No se mueve nada. No llega ningún ruido de la escalera. Pero esta apariencia desértica puede ser engañosa: es bastante fácil acceder al tercero sin hacerse notar, e incluso, más arriba, disimularse rápidamente entre dos pisos en uno de los sectores escamoteados, y mantenerse allí fuera del alcance de la vista, inmóvil y sigiloso mientras dura el acecho.

Bajar al descansillo del sexto no serviría de mucho: al adversario no le costaría nada hacer un desplazamiento paralelo. La misma maniobra se repetiría a mitad de camino entre el sexto y el quinto, y así sucesivamente, progresivamente, hasta la planta baja. La prosecución de la maniobra llevaría en seguida al pasillo de entrada, luego al portal, y de allí a la avenida. Y una vez en la avenida, una vez fuera... Una vez fuera, vuelta a empezar como antes, y en ese caso, ¿para qué haber subido?

A menos que se decidan pronto a precipitar las cosas y terminar de una vez, donde sea, en cualquier parte en que la ocasión les parezca propicia, aquí por ejemplo, en el rellano del sexto, o más abajo incluso, a pesar de la presencia de los vecinos, a quienes unos disparos o un ruido de lucha simplemente alarmarían sin lugar a dudas... Pero no, estos temores son vanos: el riesgo es mucho mayor en la escalera, sobre todo en los pisos inferiores, la mayoría de cuyos inquilinos se pasan el día metidos en casa.

La táctica más eficaz consistiría probablemente en quedarse de centinela en la escalera -cerrar la puerta de la habitación, devolver el ascensor para despejar bien el campo de observación, y apostarse ya en el descansillo del séptimo, ya aquí mismo, a mitad de camino entre los dos pisos, yendo y viniendo de uno a otro punto para echar al traste cualquier tentativa de acercamiento.

Pero ¿cuánto tiempo se prolongaría la espera? Al fin y al cabo, nada hace creer en la inminencia del acontecimiento, ni tan siquiera en su simple probabilidad. Por otra parte, la intervención de una tercera persona puede en cualquier momento interceptar la pista, suscitar falsas interpretaciones, funestos equívocos, nefastos retrasos. Pensándolo bien, es preferible volver a encerrarse en la habitación, pero, eso sí, salir de vez en cuando para ver si hay novedad.

Horadada a media altura del piso, se abre en la pared exterior del edificio una ventana basculante orientada hacia el este, hacia el centro comercial de la ciudad europea. Está cerrada, como siempre, con el cordón roto a pocos centímetros del pestillo, y éste queda fuera del alcance de la mano.

Subiendo cinco o seis peldaños, se divisa al otro lado de los cristales, al fondo, un solar rodeado de vallas y surcado por profundas zanjas. La obra parece abandonada: en muchos puntos, las paredes de la excavación se han desmoronado. En los terraplenes crecen yerbajos y matorrales. Más allá, la vista tropieza con la ciega muralla de un gran bloque de viviendas... Los cristales de la ventana, muy sucios, están estriados por grisáceas rayas verticales que datan de chaparrones antiguos y que forman, delante del soleado vapor que atenúa el resplandor de las piedras, un segundo velo de textura mas grosera, más irregular, moteado de puntos brillantes que se deben a las impurezas del vidrio y a las suciedades de la intemperie.

Si bien se mira, no están mucho más limpios los peldaños de la escalera, pero la capa de polvo que los cubre, particularmente densa junto a la pared y la barandilla, es casi del mismo color que el mármol artificial.

Se nota más el polvo en el descansillo del séptimo, tanto en el suelo de conglomerado gris-rosa imitando gres como en la cenefa de mosaico que lo bordea, formada por cinco hileras paralelas de cuadritos amarillos y negros alternados. Desde la semana pasada no han barrido el gres artificial y el mosaico: un trozo de cordel, cerillas, una hoja de periódico arrugada corren por el suelo delante del hueco del ascensor.

La primera puerta, a la izquierda, está cerrada. El vecino, un empleado de banca o de compañía de seguros, está en su trabajo; no vuelve hasta las siete. La segunda puerta, frente a la escalera, se ha ido entornando poco a poco bajo el empuje de la corriente de aire, pero el pasador del cerrojo le impide cerrarse del todo.

En las dos viviendas situadas al otro extremo del rellano no hay nadie: los inquilinos, matrimonios sin hijos, se fueron de vacaciones a primeros de mes. En la última puerta, una tarjeta de visita en caracteres góticos (M. y Mme. Renard) ocupa el centro del recuadro, introducida en un marco de latón.

A la derecha de esa puerta, una escala metálica está aplicada en sentido horizontal en parte contra el tabique, en parte contra el trozo de barandilla que, al otro lado del hueco del ascensor, constituye el término de la escalera. Una trampilla, en el techo, da acceso a la terraza. Se mantiene cerrada por un candado.

Frente al ascensor, á igual distancia de los dos grupos de puertas, luce en la pared un gran número 7. El trazo oblicuo, de dos centímetros de ancho por lo menos, está formado por multitud de brochazos rabiosos, desordenados, como si el ejecutante se hubiera impacientado en un momento dado, y con prisas por terminar de pronto, bruscamente hubiera...

Un breve campanilleo, asombrosamente claro, resuena en el hueco de la escalera, seguido de una cascada de tintineos semejante a la caída de un puñado de bolas o de monedas de níquel lanzadas a voleo sobre un enlosado de mármol, desparramándose, rebotando de escalón en escalón... Luego se deja oír un gruñido, una palabrota, otro timbrazo, y al cabo de un largo silencio, un ruido de pasos lento y regular, mezclado con un roce intermitente -el frote, en la superficie de los peldaños, de unos zapatones demasiado grandes. El ruido sigue subiendo, se acerca... Tras un intervalo de varios segundos, correspondiente sin duda al tiempo de atravesar el descansillo, el martilleo recomienza, más claro -uno-dos-, más fuerte también -seis-siete-ocho-, siempre al mismo ritmo plácido y cadencioso. A los diecisiete se interrumpe, y el campanilleo renace, más preciso, entrechocar de cascabeles, tintineo de un manojo de llaves manipulado por unos dedos torpes. En seguida retumba un golpe, muy seco, ahogado inmediatamente, luego otro, mucho más sonoro, violento, definitivo, que repercute durante mucho rato, de abajo arriba, de arriba abajo, en un vaivén de decreciente intensidad, de abajo arriba, de arriba abajo, a todo lo largo del hueco de la escalera.

El pasamanos metálico de la barandilla vibra ligeramente bajo los dedos.

El ascensor sigue ahí: no se ha juzgado necesario llamarlo para subir al segundo; se ha quedado ahí, inmóvil, vacío, parado un poco más abajo del nivel del rellano.

Ha renacido la calma. Nada se mueve en la escalera. Sólo está turbado el silencio por el eco amortiguado de los ruidos de la avenida que llegan hasta aquí por la rendija de la puerta.

Más cerca, junto a la puerta, el rumor se precisa, se simplifica, y en cuanto se abre la hoja, descubriendo en el acto la mitad izquierda de la habitación (la mesilla de noche, la cama, el sillón), el zumbido de los motores llena el aire otra vez mientras escapa una bocanada de calor que va a alterar por pocos instantes la atmósfera cerrada, mucho más fría, de la escalera.

Al volverse a cerrar, la puerta descubre, de una vez, la otra mitad de la habitación (la mesa, la silla el armario, la puerta del cuarto de aseo). En el suelo,

Librodot

tapando la mayor parte del piso de gres artificial, la estera de motivos rojos se extiende, suavemente ondulada, hasta el pie de la ventana.

El pestillo de la cerradura chasca. El pasador del cerrojo, previamente echado atrás, penetra en dos tiempos en la armella.

El runruneo de los vehículos que circulan por la avenida está salpicado de bocinazos de volumen y duración variables, a veces muy breves, a veces repetidos con cortos intervalos, con una insistencia que delata la exasperación. Llega un autocar, fácilmente reconocible por su gruesa bocina y por la trepidación que comunica a toda la fachada del bloque cuando pasa ante el portal. Aunque tiene echado el cerrojo, la puerta de la habitación vibra, y detrás de ella, a dos pasos, en el rellano, la puerta de hueco del ascensor. Vibran los tabiques de la habitación, y los batientes de la ventana abierta de par en par.

La calzada, los árboles y las aceras de la avenida, veinticinco o treinta metros más abajo, no son visibles desde la puerta de la habitación, así como tampoco la tapia de la bolera y el césped donde van los niños a jugar. Pero aún no ha llegado nadie ; las pistas están desiertas. El muchacho no ha terminado, por otra parte, de regar; pasea el pitorro a buena altura con un lento ademán: el agua cae en forma de lluvia sobre la tierra removida de color ocre.

Más arriba, las ojas de los eucaliptos se agitan blandamente. Los caminos del parque Wilson están casi desiertos también. Sólo suelen animarse hacia la caída de la tarde, a la salida de las oficinas.

En los tejados de la ciudad vieja, al otro lado del parque, el viento azota innumerables piezas de ropa que comunican a las superficies planas y a los contornos lineales de los edificios una especie de ínfimo y continuado estremecimiento.

Flotando sobre la cuadrícula de las terrazas, oleadas de vapor marino tejen un gran velo translúcido, tras el cual centellea un pálido polvo gris plata: mar y cielo, confundidos, dejan filtrar por doquier la misma luz viva y cegadora.

Separan la puerta de la ventana poco menos de cuatro metros, jalonados por los dibujos geométricos de la estera: avanzar a través de este corto trayecto trae consigo una rápida ampliación del campo visual exterior.

Desde la primera zancada, el marco se ensancha sensiblemente. Muchos nuevos elementos se incorporan de rondón al paisaje: un grupo de grandes bloques de viviendas a la derecha; a la izquierda, la fachada y las torres de la catedral; arriba, un largo rectángulo de nubes, una orla de césped abajo de todo.

Del mismo modo, aparecen simultáneamente, al segundo paso: el faro en la punta del acodado rompeolas; el cuerpo de la catedral-, otra franja de nubes; una mayor superficie de césped.

Al tercer paso: hileras de grúas, un paquebote que maniobra en aguas del puerto; mucho más atrás que la catedral, en la zona sur, los chalets y los pinos de los barrios residenciales; una gran extensión de cielo próxima al cenit; la tapia de la bolera.

Y por último: las fábricas de los barrios industriales del norte ; la línea de colinas que marca el límite meridional de la ciudad; la bóveda más oscura del cielo en el cenit; las acacias de la acera, al otro lado de la avenida y, más cerca, la calzada de asfalto, en las dos terceras partes de su anchura.

Para ver toda la calzada y la acera de delante de la casa, basta asomarse un poco, apoyando las dos manos en el antepecho de la ventana... Las bolas redondas de las

Librodot

acacias tapan parte de la acera y de la calzada. Algunos coches están aparcados casi sin solución de continuidad junto a la acera; algunos de ellos desaparecen bajo el follaje, pero la mayoría son visibles cuan largos son.

Ahí está el gran coche negro, parado ante la casa, un poco a la izquierda de la entrada. Pérez está sentado al volante. Marietti, con un trapo en la mano, está sacando brillo a la persiana del radiador. Pérez habla, y mientras va hablando tamborilea con los dedos en la palanca de cambio de velocidades. Marietti también habla, hace un signo con la mano, señala algo sobre el capó. Pérez se encoge de hombros y se arrellana en el asiento.

Marietti deja de frotar y permanece un instante inmóvil, con el busto ligeramente inclinado hacia adelante y ambas manos apoyadas en la persiana del radiador. Después se yergue, y volviéndose hacia la casa, levanta lentamente la cabeza hacia los últimos pisos...

En la acera de enfrente, apenas se mueven las hojitas amarillentas de las acacias -no suele ser muy fuerte el viento en la avenida- y lo hacen apenas algo más, al otro lado de la tapia de ladrillo, las hojas de los flamboyants que rodean la alfombra de césped. El joven empleado de la bolera ha terminado de regar las pistas. Penetra en el garaje contiguo a los vestuarios, y vuelve a salir pocos instantes después, llevando una lanza de riego giratoria que va a instalar cerca de la tapia, en la parte de césped más alejada de las barracas. Después da media vuelta y se va a aplicar al grifo la larga manguera de goma negra.

Más allá, por el sendero que lleva de la calle Lamarck a la verja de entrada a la bolera, avanzan con paso lánguido los primeros jugadores.

La esfera del reloj, encima de los vestuarios, marca las cinco y cuarto.

Todo será, pues, igual que ayer, que anteayer, o poco más o menos: minuto más o menos, los mismos gestos, las mismas miradas-, metro más o menos, las mismas idas y venidas, las mismas retiradas, las mismas maniobras. De aquí a poco, Marietti volverá a instalarse en el asiento delantero; más tarde, Pérez echará pie a tierra, se paseará arriba y abajo bajo los árboles, después atravesará la avenida y se sentará cómodamente en el banco, con las piernas cruzadas y los brazos extendidos a la altura del hombro sobre los listones de madera... Hacia las seis, Marietti coge el volante, pone el motor en marcha, arranca, avanza hasta el cruce de las verjas del parque, da media vuelta y regresa a aparcar el coche junto a la acera de enfrente, muy cerca del banco en que Pérez, con la cabeza erguida, fuma un cigarrillo. Marietti baja inmediatamente y va a hacerle compañía. Un poco más tarde, como ayer, los dos se levantan y cruzan la avenida, deteniéndose un momento por la avalancha de coches en medio de la calzada. Se dirigen hacia la casa, suben a la acera, desaparecen bajo los árboles, vuelve a vérseles, se eclipsan otra vez... La acera está desierta. Los pasos de los dos hombres resuenan en las gradas del porche, luego en el pasillo, en el vestíbulo delante de la portería, y después en los primeros peldaños de la escalera. Vibra el hueco del ascensor; sus largas varillas metálicas vibran a todo lo alto de la casa, hasta la puerta del séptimo piso; la puerta de la habitación vibra, y los tabiques, los batientes

Librodot

de la ventana, toda la fachada de la casa, desde la puerta de hierro forjado hasta los últimos pisos... Sólo era pura superchería. Han permanecido unos minutos bajo el porche, y luego han reaparecido andando por la acera y han vuelto solemnemente al coche, en cuyo interior se han instalado a sus anchas, uno delante, otro detrás, echados en los cojines. Pérez ha comprado el periódico de la tarde a un chaval que pasaba corriendo. Ha estado casi media hora leyendo el periódico, y después se lo ha pasado a Marietti, que se ha puesto a leer a su vez... A las ocho, como la víspera, se han marchado. El día empezaba a declinar. La mayoría de los jugadores habían ya abandonado las pistas. Los que quedaban han entrado poco después en el restaurante del club. Pero después de cenar, otros -quizá los mismos- han vuelto, se han encendido las grandes lámparas de los árboles, y han estado jugando hasta bien entrada la noche.

La ventana se había quedado abierta, y la persiana levantada. Las luces del faro iluminaban la habitación. A intervalos regulares, idénticos, el haz de luz que barre la costa irrumpía en el cuarto, proyectaba por un instante en las paredes la sombra de la ventana -los travesaños, la falleba, el contorno de las cortinas-, la sombra del candelabro que está sobre la mesa, la del pebetero colocado en el ángulo de la estantería, y se esfumaba, dejando en los ojos la imagen de los objetos que se habían visto envueltos por un instante en el cono de blanca claridad.

De la avenida subían las voces de los paseantes, el zumbido de los coches, la bocina del autocar; del otro lado de la avenida, el repiqueteo de las bolas que se entrechocan, los gritos de los jugadores; del parque, el monótono estridor de las chicharras ; de más lejos, de las callejuelas de la ciudad vieja, notas de flauta o de violín; de más lejos aún, el ruido de las olas.

Lejano, muy próximo de pronto, lejano otra vez, muy débil, el ruido de las olas invadía la habitación, acunaba el insomnio. Hacia las dos, la niebla se abatió sobre la costa, cubriendo rápidamente las tierras, desde la orilla hasta el centro de la ciudad. El ruido de las olas se ha hecho casi imperceptible. La sirena de bruma, en la punta del promontorio, ha empezado a resonar en largos mugidos graves, espaciados irregularmente, medio ahogados, como si vinieran de una isla o del fondo mismo del océano.

Más tarde aún, las señales han continuado llegando, muy apagadas, a través de la persiana y la ventana cerrada, como un punteado de notas desiguales, apenas audibles, salpicando el difuso sueño.

El ruido de las olas invadía la habitación, acunaba mi insomnio.

Tardé mucho en dormirme.

El faro se alza en el extremo de la escollera, más allá de las dársenas y de las alineaciones de grúas, aventajando en poco a la más alta de ellas. El paquebote que hace un momento se separaba de los muelles y se lanzaba a surcar las aguas del puerto, se dispone ahora a doblar la escollera. 5u casco blanco apenas si se balancea; navega perpendicularmente al muro de piedras grises, con cuyos últimos metros parece que va a chocar. La distancia entre la proa del buque y el faro disminuye

lentamente, imperceptiblemente, sin que sea posible discernir con claridad una sola etapa de esta disminución, y de pronto la proa se abalanza sobre el faro como para hendirlo por la mitad, las líneas verticales se juntan, coinciden, los planos se superponen... Ya la primera chimenea del buque se desliza tras el espigón.

A mayor distancia de la orilla, por encima (¿o por debajo todavía?) de la línea del horizonte, la mirada tendida hacia alta mar no percibe más que un polvo gris, uniforme, que reverbera por encima de los depósitos, los tinglados, las terrazas escalonadas, los tejados de los modernos bloques de viviendas, construidos estos últimos en la zona costera para descongestionar el viejo barrio judío.

Más cerca, en torno al parque, los eucaliptos muestran unas hojas deslucidas y polvorientas, de color indefinido, intermedio entre el verde claro, el amarillo pálido y el gris. Las palmeras, en el centro, se tiñen de reflejos malvas. Rompiendo esta uniformidad, las araucarias que rodean la glorieta central lanzan, dispuestas en varios pisos, ramas cortas absolutamente horizontales, limpias y secas, como recortadas con sacabocados en hojas de zinc. Unos pájaros -¿gaviotas?- revolotean alrededor de la estatua, cuyo brazo derecho, apuntado hacia las tierras del interior, parece dar la señal de invasión. El quepis de piedra gris-blanco, con la visera levantada hacia el cielo, se destaca sobre el césped amarillento.

El brazo esculpido, la mano, el dedo de piedra tallada, señalan, hacia el este, las tierras a conquistar, los campos mustios y achicharrados, el terreno inculto de arbustos espinosos, y aún más lejos, las altas cadenas, las desiertas crestas donde persisten algunas placas de nieve, en las hondonadas de esquisto resguardadas del sol.

Pero el marcial impulso, tan pronto ha franqueado la primera cortina de árboles, tropieza con un irrisorio obstáculo: algunas barracas de madera, un restaurante, un bar, y, más a la derecha, unas pistas de juego, ocho rectángulos de tierra ocre separados por pequeñas barreras de tablas.

El muchacho está en cuclillas en la grava, ante la entrada de los vestuarios, y contempla, a través de los altos tallos de las poinsettias, la superficie rasa del césped, que se extiende lisa y monocroma una veintena de metros, hasta la otra hilera de arbustos que jalonan la tapia de ladrillo. Y detrás de la tapia, más allá de las zonas verdes ininterrumpidas, divisa la fachada de la casa, cuyos siete pisos de hormigón se levantan al otro lado de la avenida, sin balcones ni salientes de ninguna clase, taladrados a distancias regulares por largas ranuras acristaladas que dan al mar.

Muy cerca de él, tras los arquillos de hierro que rodean el césped, sale del suelo, como un periscopio, el grifo acodado al que está adaptado el extremo de la manga de riego. La llave está al alcance de su mano.

Los primeros jugadores, que hace un momento se acercaban indolentemente a la verja de entrada de la bolera, han desaparecido en el interior del bar, o bien en los vestuarios, pero como iban en mangas de camisa, no tenían gran cosa que hacer en los vestuarios. Dentro de poco volverán a salir de una u otra de las barracas, directamente a la primera pista. En este momento, un segundo grupo de cuatro hombres desemboca de la calle Lamarck y se mete por el sendero.

En el reloj, la aguja de los minutos acaba de alcanzar y adelantar a la de las horas: va a dar la media. El muchacho, que sigue sentado sobre sus talones, se inclina ligeramente hacia adelante, alarga el brazo -la aguja se mueve, oscila-, alarga la mano hacia el grifo -la aguja se estabiliza en la vertical-, alcanza el grifo, lo agarra...

Librodot

El grifo gira. Inmediatamente la manguera se retuerce, se despliega un bucle que formaba al borde del césped, y brota, muy recto, un hilo de agua a mitad de trayecto, poco antes del doble chorro en abanico que surge en los extremos de la lanza. La lanza de bronce, bien sujeta, horizontal, en su trípode, empieza a girar lentamente. Salta el agua, curva, oblicua, y vuelve a caer en forma de lluvia.

Caen las gotas sobre las hojas de los flamboyants, que se doblan, se yerguen, se vuelven a doblar; caen también sin duda en los ladrillos de la tapia, en las tejas que la rematan, y quizá también, algunas de las veces que pasa la lanza, y gracias a un soplo de aire, al otro lado de la tapia, en la acera de la avenida.

Pero esa parte de la acera queda oculta por las copas de las acacias: los baldosines amarillos de aristas biseladas desaparecen bajo una maraña de ramas y de hojas verde pálido. Más cerca de la calzada, forman una orla continua de un metro de ancho aproximadamente, hasta las baldosas de granito del bordillo de la acera. El banco de madera está situado entre dos troncos de árboles, justo enfrente de la ventana; está vacío, desocupado, como todos los bancos de la avenida, donde en tiempo normal nunca se ve a nadie sentado. Los coches pasan a gran velocidad, los peatones pasan rozando las paredes, pero nunca callejean, nunca se detienen en esta parte de la avenida -más abajo, sí, en el cruce con la entrada del parque, y más arriba, en las terrazas de los cafés-, nunca en este sector intermedio, reservado únicamente a las gestiones utilitarias, únicamente a los trayectos obligados.

La mitad oeste de la calzada está desierta: los vehículos están parados por la luz roja en el cruce del parque. Pasa, sin embargo, zigzagueando, rasando la acera, como si llegara tarde, un niño montado en una bicicleta de hombre; demasiado pequeñas para permitirle sentarse en el sillín, sus piernas giran como pueden, a sacudidas, en inestable equilibrio sobre los pedales.

Basta asomarse ligeramente, como hace un momento, apoyando las dos manos en el antepecho de la ventana, para descubrir por completo la segunda mitad de la calzada, los árboles y la acera de delante de la casa.

Algunos coches circulan por este lado de la avenida, camino del puerto en fila india. Como era de prever, el gran Buick no se ha movido. Marietti ha terminado de bruñir la persiana. Ahora está sacando brillo al cromo de los faros, en el extremo de los guardabarros, y al del parachoques. Lleva, como todos estos días, una camisa de manga corta, a cuadros rojos y negros, gafas de sol, y un pantalón de dril gris. Ha dejado su americana azul marino dentro del coche. Su silueta, vista desde aquí, al fondo de los siete pisos, se reduce a la bola negra de su engomada melena, a los anchos hombros, a los velludos brazos atareados en la delantera del vehículo, a las dos manos que estrujan el trapo, que van y vienen, de arriba abajo, de abajo arriba, por la gruesa barra de acero del parachoques.

Pérez está derrumbado sobre el asiento de delante. Varios coches llegan ahora del puerto, precediendo a un autocar totalmente pintado de amarillo, de mal ensambladas chapas que crujen y chirrían. En la otra dirección, el raudal se ha interrumpido, sin duda contenido por la luz roja de la plaza Roosevelt, al fondo a la izquierda, a trescientos metros de aquí.

Marietti ha parado de frotar. Se endereza, con los puños en las caderas, y contempla su trabajo. Vuelve la cabeza a derecha, a izquierda, sigue un momento con la vista a los transeúntes que circulan por la acera, sube a su vez a ella, vuelve junto a

Librodot

la portezuela, y por la ventana, que tiene bajado el cristar, guarda el trapo en el casillero, a la derecha del cuadro de mandos. Después, sin volverse, sin hacer siquiera ademán de levantar la cabeza, abre la portezuela, se agacha y se sienta. La portezuela se cierra de golpe.

Pérez ha modificado un tanto su posición para dejar sitio a su colega. Ha puesto las piernas bajo el volante. Los dedos de su mano derecha llevan el compás sobre la palanca del cambio de marcha, por muy poco tiempo, pues ya la portezuela izquierda se abre y su largo cuerpo se desencaja del vehículo, primero el cráneo medio calvo, luego el jersey de algodón blanco, por fin las piernas, los calcetines rojos que asoman del pantalón caqui. La portezuela se cierra de golpe.

Pérez cruza lentamente la avenida, se detiene a medio camino para dejar pasar los coches que ahora circulan en las dos direcciones, y luego se lanza, brinca a la otra acera y se sienta en el banco, con las piernas cruzadas y los brazos extendidos a la altura de los hombros sobre los listones de madera.

Marietti se queda solo en el enorme Buick negro, de un modelo antiguo, pero reconocible entre mil por ese gran agujero que se abre en el lugar del parabrisas. Se mira en el espejo retrovisor, saca un peine del bolsillo de la camisa y empieza a peinarse con vivos y precisos golpecitos de muñeca.

Al otro lado de la avenida, cómodamente instalado en el banco, de cara a la casa, Pérez levanta lentamente la cabeza hacia los últimos pisos...

Al fondo, la ciudad antigua parece reducirse a un corto graderío levantado a varios centenares de metros sobre la orilla como una tribuna al aire libre que volviera la espalda al océano. En realidad, todas esas terrazas están muy cerca de la plaza de España y de los barrios europeos. Tras ellas se extiende, invisible, la mayor parte de la ciudad vieja, y más lejos todavía, hacia el noroeste, el promontorio del antiguo faro abandonado.

Desde aquí, se distingue al oeste en toda su continuidad la línea de las murallas, y por el sur hasta la plaza de España. Pero a la plaza la tapan los modernos bloques de

viviendas construidos en las cercanías del parque Wilson, ' y más a la derecha las murallas del bulevar de la Marina sólo son visibles en un punto, a mitad de camino entre la plaza y el puerto, exactamente en la dirección del Servicio si el asta de la bandera midiera unos metros más, se verían flotar los colores por encima de los tejados.

He tardado mucho, hace un rato, en salir del Servicio. La gente se marchaba, hacían ademán de alejarse, cambiaban de parecer antes de alcanzar la calle, se acercaban otra vez, volvían a esperar en la fila del patio. Eran más de las cuatro. El pasillo no se desocupaba: los confusos cuchicheos, los conciliábulos, los restregones de babuchas y de sandalias en las baldosas llegaban ininterrumpidamente a través de la puerta cerrada.

Las contraventanas estaban echadas, como siempre, cerradas desde por la mañana por miedo al calor, pero la luz es tan viva que la luz que se filtra sigue siendo bastante para iluminar convenientemente la habitación -la mesa y las carpetas, el

teléfono, las sillas de las visitas, el archivador metálico, el armario de madera, el mapa de la ciudad vieja, clavado en la pared detrás del sillón.

Al breve repiqueteo de la campanilla, se ha presentado en el acto, como de costumbre, Saíd, que inmediatamente ha vuelto a cerrar la puerta tras de sí y se ha apoyado contra ella, con las dos manos a la espalda apretando el picaporte. Ha escuchado sin decir palabra, sin el menor movimiento de cabeza, luego ha girado sobre sus talones, y calculando hábilmente el ángulo de abertura de la hoja, se ha escurrido sin rozarla al otro lado de la puerta y se ha eclipsado en silencio.

Su ronca voz ha resonado en el pasillo, donde el rumor ha subido de tono durante algunos instantes, culminando en una aguda protesta femenina; después ha vuelto a dominar Saíd, ha invocado a Alá, ha empujado a todo el mundo y se ha plantado en la escalinata, en jarras, imperturbable.

-¡Mañana! ¡A las nueve!

Saíd da media vuelta, se escurre, desaparece. Cumple con lo mandado, sin golpes ni brutalidades...

La gente ha ido atravesando el patio en grupitos, arrastrando los pies, han salido lentamente al porche, y se han dispersado por la calle Fayard. El patio se ha quedado vacío.

A esta hora el patio debe de estar casi vacío. Briznas de paja, huesos de aceitunas, trozos de papel cubren el suelo, manchas de aceite ensucian el cemento, recortado en delgados rectángulos paralelos por los listones de las persianas -estrechos rectángulos de blanca claridad, de contenido calor, dispuestos a esparcirse en mantos cegadores, en bocanadas de aire sofocante. No hay más que abrir la puerta, ni siquiera vale la pena atravesar el pasillo: ya en el umbral del despacho, la ola de vapor se precipita, golpea la frente, los ojos; la sangre se sube a la cabeza, los párpados se entornan, se contrae la garganta, se entorpecen las piernas, se mueven pesadamente...

De pie en lo alto de la escalinata, en jarras, inflexible, Saíd montaba la guardia. De pronto ha girado un poco, ha bajado los escalones, y ha atravesado el patio en dirección al garaje.

El patio está inundado de sol a esta hora del día, menos una orilla en sombra, al oeste, al pie de la pared de la mezquita, pero allí hace aún más calor que en el despacho. El garaje está al norte. Al este, enfrente de la mezquita, se encuentra el despacho del comandante.

El intérprete ha llegado corriendo, ha hecho irrupción ante la puerta del garaje, y ha dicho, sin respiración.

-El comandante quiere verle en seguida. Tiene alguien al teléfono.

Estaba sentado a su mesa, inclinado hacia adelante, como de costumbre, con los codos bien apoyados en la carpeta, cuyas cantoneras triangulares están llenas de trocitos de papel garrapateados en todas direcciones. Tenía las gafas levantadas sobre la frente húmeda reluciente de sudor y la mano derecha pegada a la boca del auricular. Primero se ha excusado, como de costumbre (Lo siento muchísimo, hoy que me había usted pedido salir pronto, ahora yo le entretengo...). Se excusa, se rasca la nariz, levanta las cejas, la frente se le arruga (Tengo al comisario Lacoste al teléfono...). Levanta la mano derecha, se saca el pañuelo del bolsillo, se baja las gafas, tapa otra vez el teléfono con la mano (Va a venir a verme mañana a las once, para terminar de una vez...), alza los ojos, los aparta en seguida, como de costumbre (Sí, el asunto del

sábado, desde luego. Quería saber si estaría usted allí... Bueno... Ya comprende...), los clava ahora en el bloc de notas, el secante, el tintero, las carpetas apiladas sobre la mesa a su derecha (...sumo interés, a pesar de lo que usted diga, en resolver el incidente a la mayor brevedad), su mano libre juguetea con una cuartilla. (Pero antes, me gustaría que nos pusiéramos de acuerdo), la arruga, la tira a la papelera que hay a la izquierda de la mesa (Sí, ya lo sé, crea usted que respeto sus escrúpulos...), levanta los ojos, muy de prisa, los vuelve a bajar (...de veras no veo qué iba a arreglar armando un escándalo), su mano derecha vuelve a asir el pañuelo, el pañuelo pasa rápidamente a la sudorosa frente, vuelve al bolsillo (...complicarlo todo con una decisión espectacular pero desatinada), su mano vuelve a apoyarse en el auricular. (No saldríamos ganando nada con ello, ni unos ni otros), se levanta casi inmediatamente, el busto se yergue (En fin, tiene usted aún hasta mañana para reflexionar), el brazo se alarga por encima de la mesa (Eso es, pasaré a verle antes de las once). Inclinación de cabeza. Breve sonrisa (Hasta mañana). La cabeza se vuelve otra vez al auricular (¿Diga? ¿El señor comisario? ¿Diga? Sí, yo ...), la espalda se dobla, el busto permanece inclinado sobre la mesa, como de costumbre, los codos bien apoyados en la carpeta...

En el pasillo, el intérprete se paseaba arriba y abajo.

Un grupo de mujeres hablaba en voz baja. Otras mujeres esperaban en el patio a pleno sol, con unos carnets en la mano y unos papeles atados en un trapo.

Saíd se había quedado en la puerta del garaje, atento, listo para la acostumbrada maniobra (separar de par en par las hojas de madera, penetrar en el interior del garaje, abrir la portezuela delantera del pequeño Fiat, volverla a cerrar, ir a apostarse en el centro del patio, guiar la marcha atrás, correr hasta la calle, mirar a derecha e izquierda, dar la señal de vía libre, agitar el brazo, y saludar).

La imagen de Saíd, de pie ante el porche de la calle Faya bajo la bandera que por el momento cae a pico, ha ido disminuyendo en el retrovisor, haciéndose minúscula, y ha desaparecido de pronto: hay que virar a la derecha al final de la calle Fayard, forzosamente -todas las arterias de la ciudad vieja árabe son de dirección única-, luego a la izquierda, veinte metros más allá (calle Zaidia, calle del Puetro), otra vez a la izquierda (diez metros, calle de los Monjes), a la derecha (cincuenta metros de curva, calle El-Hadid) y tocar el claxon en cada cruce para prevenir los choques, a pesar de que este barrio no tenga mucho tráfico a última hora de la tarde. Una vuelta más a la izquierda, y la última vía, muy estrecha (calle de los Zapateros), pasa bajo la muralla de sillares rojos y desemboca en el bulevar de la Marina, en los límites de la ciudad moderna. No hay otro itinerario transitable para salir de la ciudad vieja a partir del Servicio, a menos que se efectúen algunos trozos de recorrido en marcha atrás o que se meta uno por dirección prohibida.

El bulevar de la Marina baja suavemente hasta el puerto. Antes de acabar formando un callejón sin salida con las rejas del recinto, corta perpendicularmente la carretera litoral que, procedente por la derecha de las zonas industriales, conduce por la izquierda, rodeando enteramente la ciudad vieja, a las playas del oeste, las piscinas, el rico barrio de Ain Zurka, y mas lejos a las dunas y la orilla de la costa sur.

El reloj grande de la entrada del puerto marcaba las cinco menos veinte. Un camión de mudanzas uncido a un remolque se desplazaba débilmente por la sinuosa calzada entre las rejas y las murallas. El cochecito saltaba sobre los adoquines; su

parachoques delantero, torcido y desmantelado desde el otro día, oscilaba arriba y abajo con un triquitraque de chatarra. Numerosos vehículos pasaban en dirección contraria. Un camión de vino pasó a inscribirse en el óvalo del retrovisor: los barriles, ceñidos por gruesas cuerdas, se alzaban tras la cabina a gran altura, apilados al tresbolillo. El otro camión, delante, continuaba yendo al paso, acelerando apenas a la salida de las curvas, llegando incluso a detenerse a la altura de la escollera, entorpecido por un volquete estacionado allí, volviéndose a detener algo más adelante, donde la carretera corta el promontorio del faro viejo, detrás de un carro que ha tenido un accidente. Era preciso esperar el final de los adoquines y la gran línea recta de la costa para pensar en adelantarle.

Por fin ha aparecido la torre mora a la derecha, y poco después, a la izquierda, el empalme con los bulevares exteriores. Tenía vía libre. Un acto reflejo de prudencia le hizo levantar la vista al retrovisor: ya no era el camión de vino lo que el espejito reflejaba; un gran coche negro había ocupado su lugar, el viejo Buick sin parabrisas, que marchaba a unos diez metros en su misma línea exactamente, y cuya imagen oscilaba a cada desnivel del asfalto. Pérez conducía, con la mano derecha en la parte superior del volante y la izquierda tamborileando, por la ventana abierta, en el proyector cromado sujeto en el ángulo del techo. Marietti estaba recostado, con los brazos extendidos sobre el respaldo del asiento y los pies apoyados en el tablero; se veían brillar sus gafas oscuras entre las piernas separadas.

El camión había adquirido un poco de velocidad. Se acercaba a los nuevos bloques de viviendas, de fachadas multicolores, manteniendo correctamente su derecha, dejando una franja libre de unos diez metros en la parte izquierda de la calzada.

Cuando el pequeño Fiat, saliendo de su línea, llegó a la altura del remolque, el coche grande surgió a su izquierda, adelantando en tercera posición, echándose encima ya, acercándose mucho, reduciendo rapidísimamente el ángulo de maniobra entre él y el camión...

A consecuencia del brutal frenazo, las ruedas traseras patinaron y el capó giró hacia la derecha, rozando los enormes neumáticos del camión. El remolque pasó a pocos centímetros del guardabarros delantero, lentamente, con el chasis a la altura de los picaportes de la portezuela.

El motor se había calado. El coche estaba inmóvil en medio de la carretera, intacto, vuelto en diagonal hacia el océano, hacia los setos de tamariscos plantados a lo largo del paseo sobre el talud que domina las rocas.

El camión de vino pasó, a su vez. Se asomó el chófer por la cabina gritando unos insultos. Otros vehículos adelantaron tras él, a derecha e izquierda.

Por lo alto de la ventanilla entró un soplo de aire fresco que se desparramó sobre las manos, sobre la nuca, sobre la húmeda frente.

Al fondo, emergiendo del vaho de espuma, largas olas blancas se abalanzaban sobre las rocas planas, se dividían, se desparramaban, se infiltraban en los agujeros, refluían, resurgían, resbalaban sobre las rocas, estallaban en haces de espuma.

Siguieron pasando más coches, a derecha e izquierda, camiones, bicicletas. La gente volvía la cabeza, con cara de asombro.

Me costó mucho volver a poner el motor en marcha.

Librodot

Pasan coches en fila india, camiones, bicicletas...

Pérez sigue sentado en el banco, con las piernas separadas y los brazos extendidos a la altura de los hombros sobre los listones de madera. Su cabeza queda inscrita justo en la esquina izquierda de la ventana, es decir, en el ángulo de la hoja izquierda, que se mantiene perpendicular al marco. La cortina, que cae ligeramente de través, deja al descubierto parte de la acera y de la calzada. Rebotan en la ventana algunos reflejos que deben de permitir ver sin ser visto. Pero no es seguro. Pérez mira a sus pies. Ha encendido un cigarrillo y echa el humo a pequeñas bocanadas. Después se inclina hacia adelante y escupe la colilla al arroyo... Se vuelve a recostar, cruza las piernas, sigue un momento con la vista el ir y venir de los vehículos... Se saca otro cigarrillo del bolsillo del pantalón, lo enciende, le da una chupada, se rasca el cogote, extiende los brazos... Levanta la cabeza...

Al volver de pronto la vista hacia la inmensa superficie centelleante hay que guiñar los ojos. El resplandor es insoportable: los párpados se cierran, se hace un nudo en la garganta, la sangre se sube a la cabeza y hace latir las sienes con golpes precipitados. La luz entra a raudales en la habitación, da en el tabique desnudo de enfrente de la ventana, en el cajón de la mesilla de noche, en los brazos del sillón, en los pies de la cama, resbala por la estera de rojos dibujos, por la colcha de algodón gris, roza de través la estantería, los cantos dorados de los libros encuadernados, corre sobre la laca ocre del pebetero colocado en el ángulo de la estantería, da, al otro lado de la habitación, en los barrotes de la silla, en la mesa, el despertador, el teléfono de ebonita, en las puertas del armario, ilumina de través, por encima de la mesa, el gran rectángulo malva clavado en la pared, el mapa de múltiples itinerarios, de múltiples callejuelas, callejones y desvíos ramificados: el plano de la ciudad vieja.

Sólo el candelabro de piedra blanca resiste al estallido de la luz: inalterablemente mates, sus tersas superficies quedan preservadas de todo resplandor, de todo brillo pasajero.

El breve y claro repiqueteo de las bolas de hierro al entrechocarse entra de vez en cuando por la ventana abierta, y las exclamaciones de los jugadores, cuando no las cubre el zumbido de los motores.

Cuatro de las ocho pistas están ocupadas, las más próximas al bar. Varios jugadores forman círculo al final de una de ellas, inclinados hacia adelante, inmóviles, con la vista clavada en el suelo, y de repente se agitan, se insultan, se ponen unos a otros por testigo -o se atacan-, gesticulan en todas direcciones. Por fin, sale del bar un hombrecillo barrigudo, atraviesa la pista cuan larga es, pide paso, se agacha, se pone en cuclillas, apoya en el suelo las manos abiertas ante sí -para tomar medidas o para asegurar su equilibrio-, se incorpora, deja caer algunas pocas palabras, gira sobre sus talones y se aleja. El boliche es lanzado al otro extremo de la pista: un brazo se levanta, vuelve a caer... La bolita de madera corre, paralela a las barreras de tablas, traza un estrecho surco en la arena. Pero desde luego no se la ve a esta distancia.

El joven empleado sigue vigilando el riego del césped. Ha corrido un poco el trípode, que ahora está hacia la mitad del parterre, junto a la tapia de ladrillo. Sin duda

ha reducido el caudal del chorro, porque no parece ya que el agua vaya a caer, como hace poco, a la acera de la avenida.

Un pelotón de ciclistas desemboca a gran velocidad, seguIdo de un autocar, un camión, otros ciclistas...

Pérez tiene los ojos bajos. Está consultando un cuadernito apoyado en sus rodillas... Escribe algo. Cierra el cuadernito y se lo guarda en el bolsillo del pantalón. Se rasca la nariz...

Extiende los brazos...

Manchas negras, imágenes negras y blancas van desfilando, imágenes verde pálido, grises, manchas malvas reverberantes... Las nubes se han oscurecido. De gris plata, tornasoladas y translúcidas, han pasado a un gris mate, más oscuro. Curvas hasta este momento ignoradas se revelan, modelando un ligero relieve que resulta perceptible entornando un poco los ojos. También la superficie del agua se ensombrece; el viento dispersa haces de espuma arrancados de las crestas de las olas. No es muy clara, sin embargo, esa tendencia del relieve a acentuarse, y el efecto de diferenciación entre los dos elementos, consecuencia del oscurecimiento, quizá se deba sólo a la persistencia en la retina de la impresión negruzca del asfalto de la avenida.

Por otra parte, está volviéndose a formar el velo de bruma, las olas quedan ocultas, y la misma indecisa luz baña de nuevo la orilla en toda su extensión, el mar abierto, y el denso y nuboso cielo que se cierne sobre ellos.

Al fondo, en el paseo marítimo, a poco más de dos kilómetros de distancia, se alzan los bloques de viviendas nuevos destinados a la reinstalación de la vieja mellah[1], cinco bloques paralelos alineados de través a lo largo de la costa, con cada piso pintado de un color diferente. Detrás de ellos pasa la carretera litoral, separada de la costa por un paseo de grava, una balaustrada blanca ininterrumpida y pequeños setos de tamariscos plantados a intervalos regulares en el talud.

El talud cae directamente sobre rocas, una vasta plataforma de esquistos corroídos, minados por millares de tolvas, por agujeros de agua, por fisuras de cortantes aristas, modelados por el agua del mar en un inmenso manto de olas inmóviles, de crestas, de torbellinos y de remolinos solidificados.

No dudé ni un segundo en desandar lo andado.

El gran Buick había desaparecido de la vista. Debió de proseguir su camino, o se habría detenido un poco más allá, en el paseo: allá abajo, a doscientos o trescientos metros, unas superficies metálicas -adornos cromados, placas de chapa- reflejan los rayos del sol, pero esos dispersos reflejos, discontinuos, que tan pronto se oponían como se multiplicaban unos a otros, dificultaban la diferenciación de formas y colores, y con mayor razón la identificación de los vehículos.

Pérez y Marietti se habrían detenido probablemente allí, y se mantendrían inmóviles, sentados uno junto a otro en la parte delantera de su viejo coche pasado de moda, con el motor girando al ralenti y vigilando los dos la carretera -el primero

[1] En Argelia y Marruecos, barrio judío.

espiando por el cristal de atrás, apoyado el codo izquierdo en el respaldo del asiento, y el segundo con la cabeza asomada por la portezuela y la mano derecha todavía en lo alto del volante, barriendo con la vista todo lo ancho de la calzada.

Debieron de quedarse al acecho toda la tarde en el bulevar de la Marina, aparcar el coche junto a las murallas, o más bien junto al terraplén medianero, a la sombra de las palmeras, aunque en principio esté prohibido estacionar en este sitio, y probablemente se quedaron allí toda la tarde esperando, esperando que el pequeño Fiat, abriéndose paso entre el dédalo de callejuelas, desembocara de pronto de la calle de los Zapateros, deslizándose lentamente bajo el arco del portal, con el rectángulo azul claro de su capó mostrándose poco a poco a la luz, metiéndose con precaución por entre los pilares de ladrillos en ruinas; esperando toda la tarde la aparición de la mancha azul sobre el fondo rojo oscuro de la bóveda, y, mientras, matar el tiempo como buenamente pudieran, leer el periódico, luchar contra la modorra, fumar algunos cigarrillos, y mirar continuamente de reojo hacia el lado de las murallas.

Y sin embargo no tenían razón alguna para quedarse allí toda la tarde al acecho: les hubiera bastado apostarse a las seis, o todo lo más unos minutos antes. ¿Por qué ese celo de repente, cuando no se habían dejado ver ni a la salida del Servicio, al mediodía, ni a la vuelta, después de comer?

Quizá pasaban por allí por casualidad, o por si acaso, haciendo una ronda, preparados para cualquier eventualidad... Por otra parte, quizá no vieron el Fiat hasta la carretera litoral, junto a las verjas del puerto, o sólo en el último minuto incluso, justo en el momento de adelantar al camión de vino...

En efecto, no se deben descartar los encuentros casuales, ni las coincidencias, los cruces de itinerarios... Sin embargo, es más probable que alguien les haya avisado desde el Servicio, aprovechando el contratiempo desencadenado por el intérprete. Pues nadie, exceptuando al comandante, estaba al corriente de la modificación que se produjo a primera hora de la tarde, con su conformidad, en la distribución del tiempo.

Alguien debió de dar la alarma en el acto, hacer una seña a un observador apostado en la calle Fayard cerca del porche, o en la calleja del Servicio, entre los grupos permanentemente estacionados ante las ventanas de los funcionarios, o bien advertir personalmente, correr unas decenas de metros, dar un telefonazo...

Saliendo del Servicio por la puertecilla de la calleja, en la parte opuesta al porche, no hace falta más de un minuto, a paso gimnástico, para llegar al bulevar, y una vez en él prevenir a un cómplice apostado junto a las murallas,

o en el terraplén, o mejor aún en el café de los Aliados, al otro lado del terraplén, en la zona comercial del bulevar... ¿Telefonear desde el café de los Aliados?... No debieron de pasar más de seis o siete minutos entre la salida al patio y la llegada del coche al bulevar de la Marina: dos o tres minutos en el despacho del comandante, un minuto para sacar el coche del garaje, y tres minutos -como mucho- para salir al bulevar por las callejas.

Un minuto para llegar al bulevar a la carrera, un minuto para dar un telefonazo desde el café de los Aliados, cuatro o cinco minutos para llegar en coche... ¿Llegar de dónde? ¿De otro garaje? ¿De un café de las afueras? ¿Del cobertizo del chalet?

Alguien les ha avisado, con toda seguridad. ¿Saíd? ¿Tahar, el intérprete? ¿Ortiz, el contable? ...

Librodot

En el preciso momento en que Tahar irrumpe en el patio, Saíd está ante la puerta del garaje. Dos o tres minutos después sigue estando -o vuelve a estar- en el mismo sitio, y en la misma posición. En el intervalo, se queda solo...

Saíd, en un momento dado, se queda solo ante la puerta. No se le ocurre siquiera intentar la ida y la vuelta hasta el bulevar, porque no sabe cuánto va a durar la entrevista en el despacho del comandante. (¿Y si no durase más que unos segundos, el tiempo de un par de preguntas y respuestas?) Lo más que puede hacer es tratar de avisar a alguien del Servicio, hacer en un brevísimo lapso de tiempo un desplazamiento muy sencillo, una serie de ademanes muy rápidos que se intercalen lo más de prisa posible entre las dos posturas idénticas del principio y del final de la escena.

Entre las dos imágenes parecidas de Saíd como una estatua, inmóvil en una única actitud ante la puerta del garaje, se intercalan al punto otras muchas imágenes, se agolpan, se encadenan de un tirón unas con otras en el orden lógico más directamente sensible -el dibujo continuo del movimiento: el patio rectangular, que Saíd cruza diagonalmente, a grandes zancadas, en dirección a los despachos que dan a la calleja - Saíd, con los codos pegados al cuerpo, corriendo por el empedrado de la calleja - la cara de Saíd, de perfil, asomado, por una ventana abierta, hacia otra cara apenas entrevista en la sombra - el busto de Saíd girando sobre sí mismo ante la ventana - otra vez el patio, recorrido en sentido inverso - y, para terminar, Saíd «otra vez» de pie, inmóvil, ante la puerta del garaje.

Y, asimismo: Tahar, que se ha quedado solo en el pasillo, cerrando tras sí la puerta del despacho - Tahar volviendo a salir al patio, apresurándose hacia la calleja - Tahar corriendo por el empedrado de la calleja - la cara de Tahar, de perfil, el busto, etc. - otra vez el patio, el pasillo, paseándose arriba y abajo, esperando tranquilamente a que termine la conversación.

En cuanto a Ortiz... Desde su despacho, contiguo al del comandante, Ortiz ve todo lo que pasa en el patio. No puede telefonear desde su despacho, desde luego. Sale, pues, al patio, echa por la calleja, se dirige hacia el bulevar, y llega al café de los Aliados. Tiene tiempo de sobra. Puede justificar su ausencia de mil maneras. Puede... En realidad, Ortiz no viene al Servicio esta semana. Se marchó de permiso el sábado pasado...

Otro empleado, quizá... ¿El encargado del registro civil? ¿El guardia? ¿El que se ocupa del correo?... Alguien - Saíd, Tahar u otro - les ha prevenido. En un momento dado, alguien ha cruzado el patio, y ha desaparecido por la calleja...

El acontecimiento - real o ficticio -, que data de una hora escasa, tiende ya a abstraerse de la brevísima duración que le servía de soporte: separado de sus ligaduras temporales, dentro de poco va a aislarse, a erigirse en fenómeno independiente, a adquirir la consistencia opaca, plena y definitiva que presentará en adelante, esta forma acabada que más tarde le restituirá el recuerdo

Alguien les avisó. En un momento dado, alguien cruzó el patio, desapareció por la calleja, corrió hasta el bulevar, previno a un cómplice, volvió apresuradamente al Servicio, y ocupó de nuevo su puesto.

O bien, por el contrario: Nadie les previno. Pasaron por allí por casualidad y divisaron el coche. (O bien:) Nadie necesitó prevenirles: se pasaron la tarde al acecho en el bulevar, y al cabo de una larga espera, divisaron el coche...

Bajo esta forma, más tarde, tomarán cuerpo los hechos, bajo esta forma o bajo otra parecida: la de un relato abstracto, fluido, limitado al curso de la intriga.

Pero el suceso es aún demasiado reciente. Apenas ha pasado una hora... Seguramente estaban allí, apostados en el bulevar, o en la carretera litoral. Hubieran pedido igualmente estar al acecho ante las rejas del puerto, ante la entrada del puerto, aunque esté prohibido aparcar allí, o incluso en el paseo marítimo... Si pudieran, espiarían en el patio del Servicio, detrás de las persianas, a través de los listones de madera; en el pasillo, tras la puerta del despacho; o en el despacho mismo, si se atrevieran.

El hecho es que, desde dondequiera que hayan estado acechando, por lejos que hayan divisado el coche, se las han arreglado para colocarse, en línea recta, inmediatamente detrás de él, para adelantarle cuando se les antojara, virar mientras adelantaban, acercársele mucho, pasar rozándole, y cerrar muy rápidamente el ángulo de maniobra entre él y el camión.

Y ahora estarían apostados allá abajo, a dos o trescientos metros, en el paseo, espiando, por el cristal de atrás, por la portezuela delantera, a todo lo ancho de la calzada, el ir y venir de los vehículos.

Como ya esta mañana...

Ya estaban ahí esta mañana a primera hora, cuando las dos hojas de la ventana, desencajadas con un golpe seco y separándose lentamente, descubrieron la doble perspectiva de la avenida. El coche estaba parado junto a la acera, la misma acera de la casa, a la izquierda, a unos cincuenta metros del portal. No movían ni un dedo, no hablaban, no fumaban, no levantaban la cabeza hacia los tejados. Parecían mirar al frente, sin ver, atornillados al asiento uno junto a otro como dos monigotes. Sin duda sólo llevaban allí unos minutos, quizá se habían detenido en el preciso momento en que se abría la ventana, pero todo permitía pensar -su calma, su inmovilidad, el vaho que recubría los guardabarros y el capó del coche- que habían permanecido allí toda la noche, que se habían pasado toda la noche amodorrados en esa postura y acababan de despertarse en ese momento, entumecidos, envarados, incapaces de decidir qué iban a hacer. O seguían dormidos, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, y las manos caídas, fláccidas, a ambos lados de las rodillas.

Eran apenas las siete. La persiana, levantándose a sacudidas, acababa de descubrir, por anchas franjas horizontales, un paisaje gris y brumoso.

La acera de enfrente, la porción de asfalto que dejaba ver la abertura de la persiana, las tejas encarnadas que rematan la tapia de ladrillo, las de pizarra de los barracones de la bolera, todo estaba tan seco en pleno mediodía. Pero el césped estaba húmedo de rocío, mojadas y relucientes las hojas de los flamboyants que rodean la alfombra de hierba, las de las bugavillas, las de los geranios del borde del paseo, y las de la glicina que trepa por la pared del bar.

La vista no alcanzaba más allá de las primeras frondosidades del parque. Unos pelados troncos de eucaliptos, unas ramas secas, atravesaban en algunos puntos la pantalla de bruma, reconstruyendo así la alineación del primer telón de árboles. Incluso éstos desaparecían a veces, cuando la niebla, azotada por una ráfaga de viento, se agitaba de pronto, adelantaba varios metros, y luego se deshilachaba y subía muy de prisa, como aspirada, a reunirse con la capa superior que planeaba sobre la ciudad y

a través de la cual, diseminadas, relucían zonas de mayor luminosidad, estirándose y encogiéndose, y se desplazaban sin cesar de un extremo a otro del manto gris y mate.

El resto del paisaje quedaba oculto. Campos múltiples, variados, innumerables formas, planas o verticales, rígidas o inmóviles, se disimulaban tras la masa de vapores grumosos.

Tras el inmenso velo opaco se extendían, invisibles aún por algunos instantes, el puerto, la ciudad vieja, el parque, la costa, se levantaban las fábricas, los bloques de diez o veinte pisos, la blanca catedral de líneas de mezquita.

Las hojas de la ventana, desencajadas con un golpe seco, se habían ido separando lentamente, descubriendo la doble perspectiva de la avenida. El aire era fresco, como todas las mañanas al despertarse, como todas las mañanas desde que empezó el mes, el termómetro marcaba entre dieciocho y veinte grados. La avenida estaba casi desierta hacía una hora que los estibadores habían bajado por ella en compactos pelotones, pedaleando con todas sus fuerzas hacia el bulevar de la Marina y la entrada principal del puerto. Pero no se animará hasta dentro de una hora, cuando abran las oficinas. De momento, circulaban algunos pocos camiones, medio vacíos. Pasó un carro, un volquete de arena arrastrado por un mulo, un grupo de mujeres por la acera de la casa, subiendo con rápidos pasitos hacia la plaza Roosevelt, mujeres del bled sin lugar a dudas, descalzas, envueltas en sucios y remendados velos. Cruzaron la calle Watier, en la esquina del bloque, volvieron a subir a la acera y llegaron a la altura de un coche negro aparcado, cuyos ocupantes, aplastados sobre los cojines, inertes, parecían seguir durmiendo, con la cabeza apoyada en el respaldo y las manos colocadas, fláccidas, a ambos lados de las rodillas.

Pérez y Marietti, ya, hacían acto de presencia... Media hora después, todo el panorama había cambiado. Como todas las mañanas, en pocos minutos se despejó la niebla: en el gran lienzo blanco, liso, que se extendía de punta a punta del horizonte, se fueron dibujando unas líneas, lejanas, difusas, que se fueron precisando rápidamente, y que ahora, puestas de relieve por pálidos colores, delimitaban superficies abigarradas, variopintas. Bajo la capa de nubes, se fueron multiplicando y extendiendo considerablemente las zonas relucientes, y no tardaron en juntarse. El manto más denso que cubría la costa se había disgregado: paños enteros de bruma se fueron levantando, desenmascarando estrechas zonas de cielo desde donde los rayos, lanzándose de través como los proyectores de un aparato, cayeron al azar sobre la ciudad, señalando a la atención determinados puntos, muy distantes entre sí, en un orden que escapaba a toda definición: la terraza de un rascacielos, una fila de palmeras, una pared amarilla en la ciudad vieja, un carguero atracado a un muelle, un anuncio, una colina rosada en la zona sur, un círculo de marejada verde pálido. Pronto se disiparon los últimos filamentos de bruma, apareció el océano entero, la ciudad entera, el puerto, la mole de la catedral, filas de árboles, los bulevares de los alrededores, la playa, kilómetros de costa, de recortadas rocas, de esquistos corroídos, kilómetros de dunas, de playas de arena gris y granulosa.

Un avión que despegaba del aeródromo pasó muy bajo por encima de los tejados, voló sobre la costa, y, tomando rápidamente altura y adentrándose hacia alta mar, se redujo en seguida a un punto brillante, minúsculo, y desapareció en una nube.

La avenida se fue animando. Hombres con americana y sin corbata se encaminaban apresuradamente hacia los barrios del centro, cartera en mano, así como

mujeres con vestidos de flores o falda oscura y blusa blanca. Un chiquillo corría por la acera, con un fajo de periódicos bajo el brazo, voceando un título, deformando las consonantes de las sílabas. Pérez había salido del coche: de pie en la acera, fumaba un cigarrillo, con la mirada fija en la tapia de ladrillo, en la que se extendían a lo largo de varios metros, con gruesos trazos de tiza, inscripciones en caracteres árabes que quizás estaba intentando descifrar. Marietti, por su parte, seguía en el coche; sentado en el mismo sitio, inmóvil, leía un periódico que tenía apoyado en las rodillas.

Era ya la hora de ir al trabajo, de realizar una vez más esa serie de ademanes, de rápidas maniobras y de breves desplazamientos en zigzag que todas las mañanas, en un inmutable itinerario, conducen al Servicio: coger el revólver de la mesilla de noche, meterlo en el bolsillo del pantalón, abrir la puerta, salir al rellano, echar dos vueltas a la llave, bajar a pie los siete pisos, pasar ante la portería, atravesar el portal de puertas de hierro forjado, salir con precaución a la acera, echar un rápido vistazo en torno, llegar a la calzada, rodear el pequeño Fiat aparcado exactamente ante la entrada del bosque, meter, con la mano izquierda, la llave en la cerradura de la portezuela, sentarse al volante, colocar el revólver en el asiento de la derecha, debajo del periódico que hay allí permanentemente, dar el contacto, pisar el demarré, dejar el motor unos segundos en ralenti, vigilar la acera con el rabillo del ojo, vigilar la avenida, echar un vistazo al espejito ovalado, pisar el acelerador, virar, salir de la fila de coches aparcados, ganar un poco de velocidad, poner la segunda, y dirigirse por la avenida hacia la plaza de España.

A partir del cruce de la verja del parque, apareció el Buick en el marco del retrovisor, a unos treinta metros, exactamente a la misma velocidad, sin intentar, a todas luces, adelantar ni siquiera acercarse. Siguió marchando de este modo, siempre a la misma distancia -ya acelerando ya aminorando la marcha por necesidades de maniobra-, hasta la plaza de España, y allí, igual que ayer, en vez de atravesar la plaza hasta la entrada de la medina, echó por el bulevar de la Estación, a la derecha, y desapareció en seguida.

Igual que ayer, se contentaron con una breve persecución hasta las cercanías de la ciudad vieja, tras de lo cual tomaron otra dirección, se perdieron por los barrios comerciales y desaparecieron durante el resto de la mañana.

Y del mismo modo, hace un momento, ha aparecido el Buick a la entrada del paseo marítimo, pero esta vez acercándose a toda velocidad; adelantó en tercera posición, pasó rozando, viró hacia el camión, cortó la carretera, no dejando más alternativa que el choque o el freno brutal, instantáneo.

El enorme coche pasó rozando. Su guardabarros posterior pasó, en diagonal, a menos de un metro del parachoques delantero... La larga carrocería negra apareció a la izquierda: el radiador, el capó y los adornos cromados, la portezuela delantera, con el cristal levantado y la cara de Marietti pegada al cristal...

Se reconstruye en este momento la imagen, suplantada probablemente hasta ahora por otra más impresionante de momento, o por lo menos percibida durante más tiempo (¿fue el rectángulo azul virando hacia la derecha, abalanzándose alarmantemente sobre el enorme chasis del camión?) o, en todo caso, eliminada por el encadenamiento anterior: la imagen, en el momento de aparecer a la izquierda, de los dos hombres atentos al desarrollo de la maniobra, tan distintos de unos segundos antes -Pérez sujetando el volante con las dos manos, ligeramente inclinado hacia adelante,

Librodot

con el entrecejo fruncido; Marietti encogido en el asiento, con la mejilla contra la ventanilla, los labios entreabiertos, ocultos los ojos por el cristal oscuro de las gafas...

Debieron de detenerse algo más allá, en el paseo, y quedarse allí al acecho, esperando la continuación de los acontecimientos.

Un vientecillo fresco se colaba por la ventanilla, acariciando las manos, la nuca, la frente húmeda. Gotas de agua traídas por el viento se estrellaban en el parabrisas. A lo lejos, emergiendo de una nube de espuma, largas olas blancas rodaban sobre las rocas planas.

Tras varias infructuosas tentativas, el motor volvió por fin a ponerse en marcha. En cuanto quedó despejado el camino, di media vuelta y eché por el paseo marítimo en dirección al puerto.

El paquebote que hace un momento doblaba la escollera ha puesto proa al sudoeste. Ahora está ya muy lejos de la costa, y su casco blanco - minúsculo trazo cuyas oscilaciones son apenas perceptibles - centellea de vez en cuando en el seno de un espacio neutro, homogéneo, sin puntos de referencia bien definidos, que sólo la presencia del navío, a falta de una clara línea divisoria entre mar y cielo, revela sin lugar a dudas como una de las últimas porciones visibles del océano. Revelación que no deja de ser sorprendente, ya que la vista, de no ser por la navegación, seguramente hubiera fijado más abajo la línea del horizonte.

Sea como sea, el hecho es que la primera línea que se distingue claramente sigue siendo la de la orilla, con la que se corta en ángulo agudo el ribete de follaje verde pálido que señala el trazado de los bulevares exteriores. En efecto, las palmeras recién plantadas en el bulevar del Cairo - el que está más cerca de la costa - no asoman aún más que en escasos puntos, pero los eucaliptos del bulevar de Suez, más próximos, ocultan los tejados de los chalets cercanos; sólo dos o tres grandes bloques de viviendas, y por supuesto la catedral, rompen la continuidad de una alineación que prosigue de hecho, regular y uniforme, hasta la plaza Roosevelt.

Algunos grupos de acacias y de turbintos señalan más modestamente la situación de algunas calles del barrio comprendido entre el bulevar de Suez, la avenida del Puerto y el parque Wilson. Por el contrario, ni la más mínima mancha de verdor en la calle Lamarck, como tampoco en el camino de tierra que lleva desde ésta hasta la entrada de la bolera, así que sus habituales se ven obligados a caminar hasta la verja a pleno sol. Una docena de jugadores, bolsa en mano, avanzan con paso cansino y lento. Uno de ellos tropieza con una piedra, da un traspiés para recobrar el equilibrio, rasca el polvo con el pie, y una nubecilla gris se levanta bajo sus suelas; se para, mira tras de sí, se sacude el pantalón con la palma de la mano, vuelve a echar a andar, y alcanza a sus compañeros al final del camino. La verja está abierta: la cruzan uno tras otro, y uno tras otro desaparecen tras el barracón del restaurante.

Están ocupadas cinco de las ocho pistas, pero el chocar de las bolas y las exclamaciones llegan menos claramente que hace un instante, sin duda porque el tráfico por la avenida se ha hecho más denso y más ruidoso. Unos niños juegan en el césped cerca de los vestuarios. Al otro lado de la alfombra de césped, la lanza de riego

sigue dando vueltas al pie de la tapia de ladrillo, pero ahora más a la izquierda, en el ángulo del terreno, es decir, que de este modo se encuentra situada -invisible desde la acera de la avenida, ya que la tapia tiene sus buenos tres metros de altura- justo detrás del banco de madera en que Pérez...

El banco está vacío.

Pero Pérez no anda muy lejos: está paseando por la acera; las piernas del pantalón caqui aparecen bajo las ramas de las acacias, luego la camisa de punto blanco... Pérez vuelve hacia el banco, pasa tras él sin detenerse, sigue unos cuantos metros en dirección a la plaza Roosevelt, desaparece bajo el follaje... Vuelve a salir, caminando en sentido inverso... Pérez está dándose un garbeo, con los pulgares en los bolsillos, y golpeándose con los dedos las costuras del pantalón...

Al otro lado de la avenida, sentado en el coche, Marietti no se ha movido.

Rápidamente, deshice el último trecho del trayecto recorrido momentos antes siguiendo al camión de mudanzas -los dos o trescientos metros de línea recta que separaban el paro obligatorio del cruce de los bulevares periféricos, a la entrada del paseo marítimo. No tenía por qué volver al Servicio, dado que las gestiones urgentes que me habían servido de pretexto ante el comandante se suponía ocuparían el resto de la jornada. Lo único que podía hacer era volver cuanto antes a la avenida del Puerto.

¿Les habría cogido de sorpresa también a ellos la súbita maniobra, se habrían alejado demasiado para tener ya tiempo de volver, o por lo menos de ver claramente lo que pasaba en la carretera? -¿habrían seguido por las buenas sin pararse?-, el hecho es que al tomar la curva (una curva muy cerrada, pero que gracias al redondeado de la acera era como una circunferencia de gran radio con una única flecha indicadora en el centro, bilingüe, apuntando hacia el sur, lacónica, perentoria: «Todas las direcciones»), aún no había vehículo alguno a la vista en el paseo marítimo, que pronto hizo paso, en una rápida panorámica reflejada en el óvalo del retrovisor, a la rojiza torre de tapia, maciza y un tanto contrahecha, que señala, ya en la orilla, las últimas avanzadas de la ciudad vieja cara al océano.

El bulevar del Cairo, con su triple fila de palmeras -una fila en cada acera, entre la grava rosada, y la tercera en el terraplén que divide la calzada en dos anchas franjas de dirección única- se extiende en línea recta a lo largo de medio kilómetro a través de un descampado salpicado de barracas, de cabañas que sirven de refugio a modestos

hortelanos con seruales negros o con tejanos, que cultivan tomates y calabacines en minúsculas parcelas de regadío. Luego vienen los edificios modernos, bloques de cuatro o cinco pisos, surcados por sucios regueros negros desde los canalones de desagüe y las persianas metálicas, y en cuya planta baja se abren cafés, tiendas de comestibles o almacenes de confecciones baratas. Aquí está el primer semáforo, en el cruce de las Tres Palmeras. Más adelante, la circunvalación prosigue con el bulevar de Suez, orientado algo más al este, jalonado, por semáforos que constituyen otras tantas posibles barreras, otras tantas amenazas de detención, porque no están sincronizados - y aunque lo estuvieran obligarían a reducir la velocidad.

Cuando estaba a unos cien metros de las Tres Palmeras se ha encendido el disco naranja. No había posibilidad alguna de pasar, a menos de saltarse el semáforo, pero el

lugar no se prestaba a una infracción de ese tipo: un guardia se mantenía a la sombra, al otro lado del cruce.

Librodot

No quedaba más remedio que pararse. El relojillo del tablero de mandos marcaba las cinco menos cinco... Detrás, por la línea recta que la torre mora, a lo lejos, parecía

interceptar, se acercaban varios vehículos, imposibles de identificar, circulando en pelotón, como si ninguno hubiera conseguido aún destacarse de los demás, flotando en una especie de manto lacustre fruto de la reverberación del asfalto. Luego, de pronto, el agua se evaporó: se acercaban los coches; habían ya atravesado los descampados y llegaban a las primeras tiendas.

Se encendió el disco verde... Más valdría dejar los bulevares y cortar a través del barrio del parque, de calles estrechas y paralelas, casi todas de dirección única, pero

sin un solo semáforo -las calles Pasteur, Copérnico, poco frecuentadas a estas horas, la calle Lavoisier, más ancha, bordeada de acacias, la calle Lamarck, que sale de la avenida del Puerto a menos de cien metros de la entrada del bloque-, luego echar a la izquierda por la avenida, y casi inmediatamente después a la derecha por la calle Watier, en la que el coche tendría alguna posibilidad de pasar desapercibido, acercarse a la acera detrás de un camión, volver corriendo a la avenida, doblar la esquina del bloque, y en el momento de atravesar la verja del portal, echar un vistazo hacia la plaza Roosevelt : el gran Buick bajaba lentamente la avenida del Puerto, se iba acercando lentamente, sin ruido...

El ascensor estaba allí, con la puerta abierta además, como para facilitar las cosas: el ruido de la puerta cerrada brutalmente hizo vibrar el hueco de la escalera, luego el zumbido del ascensor, y otra vez el brusco portazo de la puerta del ascensor, en el séptimo piso, repercutieron en toda la casa, retumbaron sordamente a lo largo de los barrotes de hierro, precedieron en poco al golpe más seco, casi anodino, de la puerta de la habitación, ahogado inmediatamente por la presión de las manos, brazos, hombros, apoyados contra la hoja de madera.

Me pegué a la puerta, de cara a la ventana abierta de par en par, y permanecí allí algunos instantes, inmóvil, palpitándome el corazón, con las piernas temblorosas y la frente cubierta de sudor, durante los instantes precisos para recobrar el aliento.

De punta a punta del horizonte centellea un polvo pálido, tenue, que vela con un vaho grisáceo las vibraciones del aire y los remolinos del agua. Mar y cielo se confunden en una materia indecisa, translúcida, plomiza.

Más abajo, las terrazas de la ciudad vieja componen una red de cuadriláteros desiguales, articulados entre sí como los paneles de una maqueta. En las terrazas, ropa tendida: centenares de piezas de tela restallan al viento.

Más cerca, en el centro del parque Wilson, las hojas de las palmeras apenas se mueven. Sólo se agitan, en los alrededores, las altas frondas de los eucaliptos.

Aún más cerca, se extienden, como adosadas a los árboles, las instalaciones de la bolera, limitadas por el parque y la avenida: a la izquierda, los edificios -bar, vestuarios, restaurante-; a la derecha, las pistas de juego, ocho largos rectángulos de tierra ocre, separados por pequeñas barreras de tablas. Siete de las ocho pistas están ocupadas en este momento: los jugadores gesticulan, discuten, se enjugan la frente, cambian de sitio con paso lento. Algunos han llegado al bar.

La esfera del reloj, encima de los vestuarios, marca las seis.

II

Las seis... Siempre, por todas partes, la misma luz blanca, el mismo resplandor del cielo. Todos los días... Ayer.

Hoy...

El verano, aquí, se arrastra, uniforme, sin plan aparente, sin curva definida, va declinando imperceptiblemente y renace cuando menos se espera, se prolonga en meses que no le corresponden, a lo largo de dos estaciones.

A partir de abril, se instala el calor. Mayo es brumoso, húmedo, junio muy seco, julio tórrido, entrecortado por chaparrones y breves tormentas. A principios de julio, no obstante, la temperatura bajó diez grados, sopló de alta mar un viento fresco, un viento de primavera tardía, que dispersó las nubes y barrió la arena y el polvo. Pero pocos días después volvió el calor, el calor pringoso, el cielo gris plomo, la luz desparramada que incide en diagonal y deslumbra.

Es como si volviera a empezar el verano, como si volviese a empezar cada día: entre ocho y nueve, el calor se mete por los poros, se acumula. No cede hasta llegar la noche.

Las noches son frescas, casi frías. Afluye la niebla, se instala, se amontona. Esta noche...

Todas las noches.

Ayer, domingo... El mismo cielo cegador, los mismos reflejos tornasolados del agua, el mismo sol difuso, invisible, los mismos manejos de los dos hombres en la avenida, tras una hora al acecho. Del coche aparcado algo a la izquierda del portal, sólo asomaba de entre las tupidas ramas de las acacias la parte delantera: el deslucido radiador, los guardabarros, el capó negro con la pintura desconchada, y, a falta de parabrisas (se diría que habían arramblado con aquel vehículo en un depósito de chatarra), el volante, el tablero de mandos y parte del asiento. Se veía también el conductor, oculto generalmente, desde aquí, por el reflejo del cielo en la ventanilla.

Pocos minutos antes de las seis, como si se despertara sobresaltado (como si, avergonzado de una siesta tan larga, se decidiera por fin, en un arranque de energía, a poner en obra la segunda fase de un programa minuciosa y previamente planeado, programa que su colega, más concienzudo, no había dejado durante todo ese tiempo de ejecutar sin cansancio), Marietti se irguió de pronto, se restregó los ojos, se deslizó a saltitos al otro lado del asiento, se instaló al volante, puso en marcha el motor, y partió en dirección al puerto, pocos minutos después volvió, a poca velocidad. No debió de ir muy lejos, sin duda no más allá del cruce de la verja del parque. Aparcó el coche junto a la acera de enfrente, muy cerca del banco en que Pérez, con el cigarrillo en los labios y la cabeza erguida, continuaba vigilando, atento y discreto. Y los dos se quedaron allí hasta el atardecer, plácidos, taciturnos, sin cambiar apenas de sitio.

Las circunstancias se prestaban, realmente, a repetir la maniobra iniciada la víspera. El día y la hora eran propicios, los riesgos de fracaso mínimos, y en resumidas cuentas qué es lo que arriesgaban, aparte de una pérdida de tiempo, una o dos horas de infructuosa espera, tiempo que de todas maneras habían de perder,

Librodot

cualquiera que fuese el lugar de la espera, un banco en el paseo marítimo, una silla en la terraza de un café, un sillón del vestíbulo del chalet...

No cabía duda de que su fuente de información era eficaz. Sabían que viniendo el domingo, en el curso de la tarde, tenían casi la seguridad de no molestarse en vano, que apostándose en la avenida a la misma hora que la víspera, tenían todas las probabilidades de proseguir sus artimañas exactamente en las mismas condiciones, con el mismo efecto, y por tanto de conferir a su acción un carácter de continuidad apto para impresionar al adversario o por lo menos para darle idea de la resolución y la tenacidad que estaban decididos a demostrar.

Así pues, reemprendieron a hora fija esta especie de suave vigilancia, paciente, tenaz, que habían empezado a ejercer el sábado por la tarde, en cuanto fue reclamada su atención, en cuanto uno de sus hombres del Servicio -Ortiz, Tahar u otro- les puso al corriente de los acontecimientos.

Pero quedaba descartado a priori que volvieran esta tarde. A nadie se le hubiera ocurrido. El lunes es día de gran afluencia de público al Servicio; por la tarde, el trabajo está en todo su apogeo. Hasta cerca de las seis no empieza a vaciarse el patio, a clarear la cola, a salir meneando la cabeza, medio satisfechos medio descontentos, los últimos demandantes (los más tenaces, los que plantean una y otra vez las mismas insolubles querellas, es decir, los más escépticos, en definitiva, en cuanto al resultado de los debates que resucitan periódicamente), bajando uno a uno los escalones, a la hora en que la sombra de la mezquita, alargándose rápidamente hacia el este, haría por fin soportable la espera, y agradable la siesta al pie del alto muro blanco.

Saíd, en ese momento, recorre el patio lentamente. Ha puesto en orden el despacho, ha barrido los papeles, abierto las ventanas, echado el cerrojo a la puerta del pasillo, y se pasea en todas direcciones, con las manos a la espalda, va y viene del garaje a la escalinata, rechaza a los retrasados con un ademán de cabeza, haciéndoles volverse por donde han venido con una sola palabra

- ¡Mañana!

Y ahí estarán todos, mañana, mucho antes de las nueve, en dos filas a lo largo del muro de la mezquita, con sus chilabas blancas y sus mantos multicolores oscilando al viento, del otro lado de los cristales, brillando, inmóviles, sus negros ojos -entre el velo de la gandura caído sobre la frente y el pañuelo de seda levantado hasta el nacimiento de la nariz-, inmóviles en los extremos de un delgado rectángulo de piel morena, inscrito a su vez, más o menos en diagonal, más o menos movedizo, en el marco de un intersticio de los listones de las persianas, en esa corriente oblicua, fresca, en que se sumerge sin tropiezo la mirada del interior... Estarán todos ahí, los demandantes antiguos, los nuevos, y el comisario al final de la mañana, completamente decidido a prometer lo que sea al comandante para echar tierra sobre el asunto, inclinado más bien, por rutina, a creer que las cosas se arreglarán, pero bastante intranquilo por el cariz que han tomado los acontecimientos y por las graves disensiones que están surgiendo en el Servicio acerca de la conducta a seguir -disensiones que el comandante no dejó sin duda de exponerle durante su conversación del sábado por la tarde, aunque sólo fuera para poner bien de manifiesto las consecuencias de su torpeza y los grandes esfuerzos que ahora se veía obligado a hacer por atraerse a su ayudante.

Librodot

Pero, de momento, el despacho está vacío, y mucho antes que de costumbre. Han entrado en la situación algunos elementos nuevos, se han entremezclado, opuesto, todo un conjunto de circunstancias al margen de la rutina: la convicción, cada vez más arraigada, de que era de todo punto preciso alguien de confianza y al corriente de los hechos; el proyecto, madurado al final de la mañana, de ir a buscar a L... a tal fin lo antes posible; la brusca decisión, adoptada después de comer, de ir a verle hoy mismo; la salida del Servicio en plena tarde ; la prematura interrupción de la expedición (¿no habrían combinado Pérez y Marietti la arriesgada maniobra del paseo marítimo sólo para convencer de la inutilidad de intentar evadirse de su juego, para dar a entender que sea como sea ellos alcanzan siempre sus fines, contra lo que cualquiera imagine o decida emprender?) ; la inmediata renuncia, media vuelta, la retirada por la avenida del Puerto -muchos pequeños hechos que se han acumulado, ensamblado, y también, muy probablemente, una mala interpretación de los acontecimientos anteriores, el nerviosismo, el calor, la excesiva precipitación: unos pocos minutos para decidir la salida, unos pocos segundos para decidir el regreso.

Así es como los dos hombres se han presentado otra vez a las cinco en la avenida, vigilando, o aparentándolo, porque ¿qué tienen que averiguar que no sepan ya desde hace tiempo? ¿Qué piensan, pues, descubrir de insólito durante su vigilancia?... Pero ya ni siquiera vigilan, no hacen más que recordar su existencia, llamar la atención, para todos los fines pertinentes, por tanto tiempo como el adversario no se someta, por tanto tiempo como subsista una duda sobre el resultado del debate.

Han dado las seis hace ya un rato y Marietti no se ha movido. Sigue sentado en el coche, inerte, con la mirada aparentemente fija en el portaequipajes, o en la rueda de repuesto, o en la matrícula de un pequeño descapotable rojo que acaba de aparcar delante. Se rasca la rodilla, el muslo, tamborilea sobre el volante, a veces desplaza lateralmente las piernas por el plástico del asiento... ¿Se quedará unos minutos más, otra hora, en esa posición, antes de ir a reunirse con su pareja al otro lado de la avenida, o no se moverá hasta el momento de marchar? ¿Pensarán seguir así -Pérez correctamente instalado en el banco, y Marietti repantigado en el asiento- hasta la hora prevista para levantar el cerco, o irse hoy mucho antes, juzgando suficiente por ahora la demostración?

La pregunta -como la respuesta- tiene ahora menos importancia. ¿Acaso no han señalado ellos mismos, en la hora que acaba de transcurrir, los límites reales de su acción? Nada ni nadie les impedía subir, los riesgos eran prácticamente nulos, y sin embargo no han hecho nada. Ahora, la ocasión ha pasado: de un momento a otro volverá el portero, y los inquilinos del sexto. Por otra parte, si de veras hubieran querido terminar, lo habrían intentado ayer por la tarde, cuando todo el mundo estaba fuera y, hasta las siete lo menos, la casa estaba prácticamente vacía. Ni siquiera se han acercado, sino a modo de burla, cuando, hacia las seis y media, se encaminaron a la entrada, subieron a la acera, desaparecieron unos momentos bajo el porche... Pero era

Librodot

sólo una superchería: volvieron a salir casi inmediatamente, tras una breve permanencia en el vestíbulo.

Todo esto no es más que una serie de supercherías, de maniobras «de broma»: Pérez hace la parodia de los virtuosos del volante, con las cejas muy levantadas, los ojos desmesuradamente abiertos, arqueando los hombros como para echar todo su peso en la ejecución de un periódico «coletazo de pez». Marinetti, abalanzado sobre el rincón del asiento, con las facciones crispadas exageradamente y la lívida mejilla aplastada contra el cristal, sigue con mirada atenta el desarrollo de la curva en S, pero la proximidad del obstáculo, móvil también, o simplemente los cristales oscuros de las gafas, deben de enmascararle la perfección demasiado rebuscada, la desenvoltura demasiado espectacular, desplazada y, en una palabra, inútil.

Quizá no se trataba, en efecto, más que de una broma que se les ocurrió en aquel momento y cuyas consecuencias no se detuvieron a medir. Y hace una hora que se consumen en la avenida, en vez de dirigirse con toda tranquilidad a... Pero no seguir así, salir de la aglomeración, circular por la desierta carretera principal, sabiéndoles continuamente detrás al acecho, hubiera sido contrario a toda prudencia, contrario a la más elemental precaución.

Que sé queden, pues, ahí, hasta mañana, si se lo pide el cuerpo, tumbados en el banco, sentados en la acera o en los peldaños del portal. Tiempo habrá mañana de volver a verlos, por la mañana, al despertar, entumecidos, con agujetas, enfurruñados...

A las siete sonará el despertador, se iluminará el cuarto, y la persiana, levantándose a tirones, descubrirá en sucesivas bandas horizontales el habitual paisaje gris y brumoso. Las hojas de la ventana, desencajadas con un golpe seco, se separarán lentamente una de otra, y dejarán ver al fondo la doble perspectiva de la avenida, las acacias, la tapia de ladrillo, la calzada desierta, el gran coche negro aparcado junto a la acera -o bien, sencillamente, como de costumbre desde hace meses, dos hileras de coches junto a las aceras, visibles, a derecha e izquierda, a lo largo de un centenar de metros, vehículos de todas las marcas, de colores discretos o chillones, pero el viejo y anticuado Buick negro por ninguna parte... Quizá no vuelvan, ni mañana ni los demás días; forma parte quizás de sus intenciones no prolongar su desmesurada exhibición: en la mayoría de los casos deben de ser suficientes tres días, duración normal del primer aviso, fijada a la luz de las experiencias anteriores, habida cuenta de la proporción de resultados satisfactorios.

Unos cuantos días de intimidación logran ordinariamente imponer silencio, desviar de toda actividad que se oponga a sus planes. En caso contrario, no tardan en poner en obra el segundo proceso, sencillo y directo: ametrallamiento, bomba debajo del coche, disparos, por la noche, a las ventanas iluminadas. Y más tarde, en casos de excepcional obstinación... Algunos ejemplos recientes no dejan lugar a dudas sobre su determinación, la precisión de sus armas, y la constante impunidad de que gozan...

De la sombra surgen dos coches negros, con todas las luces apagadas, avanzando lentamente, a veinte metros de distancia uno de otro, por el desierto bulevar. El hombre sale de su casa, cierra tras sí la puerta con un chasquido, y da unos pasos por la acera. El coche de delante se acerca, estalla la ráfaga, el hombre se tambalea, cae de rodillas. El coche pasa de largo, acelera, sale disparado a toda velocidad. El herido, de rodillas, se sujeta el vientre, levanta la cabeza, trata de gritar. Una ventana se abre en una casa próxima, se enciende otra. El segundo coche se acerca, estalla la ráfaga: el

Librodot

herido se desploma; en la acera, un brazo se agita, se levanta... El brazo vuelve a caer, el coche pasa de largo, huye a toda velocidad, desaparece.

Los dedos apenas se mueven, las uñas arañan la piedra, los guijarros, los baldosines amarillentos de la acera que las balas han picado, retazos de corteza que las balas han hecho saltar de los troncos de los árboles y volar en pedazos. Los ojos se cierran, la luz de la farola, en la plaza, hace guiños, declina, se desvanece.

Se abre una ventana, se enciende otra, se entreabre una puerta, se encienden varias ventanas, chasca una puerta, se abren de par en par todas las ventanas, se encienden, se abren todas las puertas, chascan, todas las ventanas se iluminan...

Las hojas de la ventana, empujadas con un golpe seco, giran lentamente sobre sus goznes, se cierran lentamente una sobre otra, ocultando así amplios sectores periféricos del campo visual que, en franjas laterales simétricas, van desapareciendo sucesivamente, de dos en dos: las colinas de la zona sur y las fábricas del norte, los barrios extremos y los muelles del puerto, la catedral y los rascacielos, dos filas de árboles en los límites del parque, y dos barrios opuestos de la ciudad vieja. Tal un pergamino cuyos bordes, soltados de pronto, se enrollaran y replegaran rápidamente uno hacia otro, hasta no dejar en el centro más que una exigua ranura, en la que algunos signos seguirán siendo perceptibles, algunas curvas o cortes fragmentarios, el paisaje se tambalea, oscila y zozobra poco a poco, ahogado entre los pliegues de las cortinas, reducido inmediatamente a un surco vertical, a una estrecha evasión al césped, las terrazas y el follaje soleados, a la costa y el océano, al cielo, allá arriba, desde el que se abre paso una luz centelleante a través de las nubes gris plata.

Las hojas de la ventana sólo distan ya entre sí unos cuantos centímetros. Otro empujón las hace oscilar, juntarse, y encajarse una en otra.

El picaporte gira con un chirrido.

Las cortinas, momentáneamente agitadas, caen verticales, inmóviles, a todo lo ancho del vano del cristal. Tras ellas, mucho más atrás, se vislumbran líneas discontinuas, formas confusas, dislocadas, colores deslucidos, uniformemente velados de gris y oro, tan difuminados que la vista se revela incapaz de identificarlos.

La habitación se halla en este momento aislada, cortada del mundo exterior. La luz, menos cruda que hace un instante, pero aún muy viva, parece manar de las paredes, del techo, de las cortinas, como de un nuevo y autónomo manantial. Los ruidos de la avenida llegan amortiguados, o, para ser más exactos, en los primeros momentos no llega ya ningún ruido, todo ha enmudecido de pronto, haciendo notar, precisamente cuando ya ha cesado, el estrépito reinante hasta ese momento, y cuyo recuerdo va ahondándose y vaciándose, al tiempo que se amolda a las proporciones mismas del silencio. Poco después los ruidos renacen, vuelven a subir, pero cairelados de vibraciones secundarias, retorcidos, casi irreconocibles: de todos los motores que zumbaban por la avenida, sólo el de los autocares se deja aún oír claramente; resuena una bocina, pero su eco llega muy atenuado y se interrumpe en seguida.

Librodot

Surge un avión, que planea sobre el barrio a baja altura. Su runruneo hace temblar los cristales. Se aleja con rapidez, se dirige hacia el mar, pero describe un arco de circunferencia por encima de la costa, vuelve hacia la ciudad vieja, pasa sobre ella, sobre el puerto... Ya no es más que un punto brillante, un reflejo en una hélice o una ventanilla de la carlinga.

El reflejo desaparece a su vez.

El runruneo ha enmudecido hace rato.

Ya no queda nada que ver al otro lado de los cristales. En el interior de la habitación, la amarillenta luz plateada, salpicada de finas lentejuelas blancas, parece converger en la parte central de la esfera, en los motivos encarnados de dibujos angulosos, esquemáticos, inscritos formando cuatro hileras en las casillas irregulares, a todo lo largo de la estera: siluetas de caballos, de guerreros, estilizados dibujos de armas, lanzas, picas, un juego de líneas, triángulos, círculos, que jalonan las cortas idas y venidas por la habitación, de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana, siempre por el mismo trayecto rectilíneo, en el estrecho pasillo entre la mesa y la cama.

A cada paso, el revólver, que hasta ahora no pesaba en el bolsillo del pantalón más que cualquier otro objeto usual (tan íntimamente ligado al desarrollo de las peripecias cotidianas y, por eso mismo, tan ignorado, como tal cosa de peso, como un manojo de llaves o un buen montón de calderilla), golpea ahora a cada paso contra la pierna, tira de la tela, desequilibra el andar. Su peso se hace cada vez más sensible, cada vez más molesto. Pronto se hace intolerable.

Es un 7.65 de cañón corto, ligero y poco engorroso, de discutible precisión pero de sencillo y práctico manejo. La culata está oxidada por dos o tres sitios; algunas briznas de tabaco se han quedado pegadas al gatillo y al seguro. Un delgado reguero de aceite rezuma a todo lo largo del cañón, en el cual -en vistas a una rápida y eficaz respuesta- está permanentemente introducida la primera bala del cargador.

Colocado en la mesilla de noche, entre la lámpara y el cenicero de terracota, parece un juguete infantil, uno de esos juguetes de plástico en que se reproducen todos los detalles del modelo que usan los mayores -punto de mira, cremallera del cargador, retícula de la culata-, pero cuyos relumbrantes reflejos pronto delatan generalmente, su verdadera naturaleza. Éste sería más bien un juguete sucio, gastado, deslucido por el agua del mar o el continuo manoseo.

Cuando el revólver deja la mesilla de noche, es para sumergirse en el bolsillo del pantalón, de donde no saldrá más que para penetrar en el cajón del escritorio, el cajón de en medio, que permanece siempre entreabierto, de modo que la culata caiga directamente bajo la mano. En caso de necesidad, basta replegar muy rápidamente el antebrazo: los dedos, que acaban de soltar la estilográfica, encuentran inmediatamente su presa, el pulgar en el seguro y el índice en el gatillo. La maniobra se realiza sin más ademán que ese: brazo izquierdo, busto, cabeza, piernas, todo el resto del cuerpo no se ha movido lo más mínimo.

A veces sucede que la pistola no se halla en ninguno de los emplazamientos anteriormente nombrados. Es porque entonces está en el extremo del brazo, en posición de inmediata utilización. Pero esos momentos son breves, por no decir raros, y en la mesilla de noche es, en definitiva, donde permanece más tiempo, prácticamente la mitad, y en primer lugar toda la noche, donde se le reúne el teléfono, entre la lámpara azul pálido y el cenicero de barniz ocre.

Al atardecer, y a intervalos regulares, la luz del faro empieza a proyectar sobre las paredes de la habitación la sombra de la ventana, la sombra del candelabro de piedra blanca, la sombra del pebetero sobre la madera de la estantería, sobre la blanca pared encima de la cama, la sombra de la lámpara y del teléfono de ebonita. Más tarde, una vez bajada la persiana, se desvanecen formas y colores; en la casi total oscuridad sólo brillan, aquí y allá, algunas superficies metálicas: el pomo del cajón de la mesa, la cerradura y el pestillo de la puerta de entrada, el soporte del receptor, y mucho más allá, a la derecha del armario, el picaporte de la puerta del cuarto de aseo. A veces también surge a ras del suelo un rayo de amarillenta claridad, cuando se enciende la luz de la escalera.

En ausencia del teléfono, los tres objetos presentes componen, sobre el fondo de madera algo polvorienta de la mesilla, una naturaleza muerta equilibrada, de coloridos armoniosos y discretos.

Todo parece tranquilo al otro lado de la puerta de entrada. No sube del hueco de la escalera el más mínimo ruido, ni unas cadenciosas pisadas, ni un furtivo roce sobre el mármol artificial de los peldaños, ni el involuntario golpe de la puntera de un zapato contra los barrotes de la barandilla. Todo permanece en silencio...

La puerta del cuarto de aseo se abre con un prolongado chirrido, dejando al descubierto la ventanilla de cristal esmerilado, por la que se filtra una luz blanca, lechosa -una luz de clínica o de cuarto de baño de gran hotel-, y, justo debajo de la ventana, el lavabo.

En seguida el agua empieza a caer en tromba de los dos grifos completamente abiertos, caliente al principio, luego tibia, de pronto helada, entumeciendo los dedos que, debajo del chorro, iban calibrando el progresivo enfriamiento. Después las manos se sumergen en el líquido levemente teñido de rosa pálido, vuelven a salir en seguida, se agarran, se enroscan, se enjabonan hasta las muñecas, frotan, resbalan una contra otra, se sumergen de nuevo y continúan apretándose, retorciéndose, en el chapoteo de espuma y de burbujas, como si se obligasen mutuamente a la inmersión y librasen dentro del agua sucia una lucha brutal, rápida -como si luchasen por que una de ellas, finalmente, afloje su abrazo, cese de pronto de moverse, se tambaleé, caiga lentamente al fondo de la pila y permanezca allí inerte, fláccida, flotando inmóvil y sin vida.

El lavabo se vacía con un atronador gorgoteo, sin clara relación con la cantidad de agua que se va, y seguido de hipos, de borborigmos, de golpes sordos que repercuten en toda la tubería. Unas gotas han salpicado la mesita, el toallero, la placa de linóleo, y el piso de gres artificial, hasta el umbral de la habitación. Pero no hay ni alfombra ni parquet en la habitación; las precauciones son superfluas: la estera no tiene nada que temer de las suelas mojadas.

La puerta se cierra. Se deja oír un solo y breve silbido, algo así como el sonido complementario del chirrido que acompañó a la apertura, o su reproducción abreviada -una recapitulación de la imagen sonora, un irrisorio recuerdo.

Librodot

Encima de la mesa, todo está dispuesto en el orden acostumbrado: la carpeta en el centro, el candelabro a la derecha, detrás del candelabro el despertador, en su estuche de piel plano como una pitillera, el bloc de notas sobre la carpeta, y a la izquierda, por último, el teléfono, que sería preciso por otra parte guardarse bien de descolgar por descuido, en caso de que sonara -pero probablemente no sonará de aquí a esta noche.

La estilográfica está en el cajón de la mesa, así como la goma, los sobres, un trozo de papel secante, algunos trozos de lápiz mal cortados y dos tarjetas postales en blanco y negro, una del Palacio de Justicia, en pleno corazón de la ciudad europea, con sus frontones y arcadas de estilo colonial 1900, y otra de la Gran Mezquita de la nueva medina, con sus largas y ciegas murallas, sus almenas y su inmenso minarete cuadrangular.

La mesa es bastante ancha, no muy bonita, pero sólida y bien apoyada contra la pared, ante el plano de la ciudad vieja. La silla resulta más difícil de calzar, queda un poco coja en todas las posiciones, excepto cuando se la hace girar ligeramente hacia la derecha, lo cual tiene la ventaja de apartarla de la ventana: la luz se recibe entonces por detrás, en diagonal, y no cansa la vista. Ésas son, en esta habitación, las condiciones más favorables para escribir.

Porque no queda otro remedio que confiárselo todo por escrito, ya que no se ha podido hacer de viva voz. Desde luego, una entrevista hubiera sido preferible, la carta no es más que un mal menor. Pero el intento no fue muy adelante; topó, desde un principio, con un obstáculo mayor, imprevisto, y será de todo punto imposible reanudarlo antes del sábado que viene. Por otra parte, nada asegura que L... esté en su casa el sábado por la tarde, y en la granja no tiene teléfono... De todos modos, sábado, domingo, el plazo es demasiado largo. Si debe informársele de los acontecimientos, tiene que ser en seguida, y no a fines de semana.

Hoy sí que hubiera estado L..., con toda seguridad: a última hora de la tarde siempre está. Incluso en este momento, estaría sentado en su terraza, bien repantigado en su sillón, semiirónico y semiintrigado.

Lo único que se puede hacer ahora es consignarlo todo lo más claramente posible, explicárselo todo lo más sucintamente posible, sin detalles ociosos, pero sin omitir nada esencial. O pedirle que venga esta semana al Servicio... Eso sería tropezar con la misma dificultad: no podría venir antes del sábado, sus ocupaciones le retienen permanentemente en su propiedad...

Sidi Rachid, un aduar a seis kilómetros de Ain Beida, al final de un sendero vecinal en línea recta, generalmente en buen estado, excepto los días de lluvia -un camino vecinal rectilíneo por una meseta desértica, pedregosa, surcada, los días de tormenta, por anchos arroyos enfangados... Una finca, dos palabras escritas en pequeñísimos caracteres en la placa, un delgado rasgo trazado de través en una mancha oscura...

Detrás de la mesa, terso y liso, sin señales de dedos, sin rotos ni desgarrones, se levanta el plano de la ciudad vieja, cuidadosamente sujeto a la pared por una docena de chinchetas de cabeza dorada. Es un gran rectángulo de papel fuerte, de tono malva, de un metro de ancho aproximadamente por uno cincuenta de alto, en cuyo interior está inscrita una figura irregular, imposible de definir con exactitud, semejante, en rasgos muy generales, a un triángulo isósceles apuntado hacia el nordeste, en el que la

torre mora erigida en la playa al comienzo del paseo marítimo ocuparía el lugar del vértice, y el bulevar de la Marina, orientado sudoeste-nordeste, el de base perfectamente rectilínea. Los otros dos lados del triángulo, por el contrario, distan mucho de ser tan regulares: el que corre a lo largo del puerto forma un sinusoide de suave amplitud, y el otro -que va de la plaza de España a la torre mora una línea quebrada de cinco segmentos desiguales. Los tres lados del triángulo están reforzados por un grueso trazo violeta, que corresponde a las viejas murallas de tierra (en algunos puntos claramente rojas, en el resto de un color indeciso, intermedio entre el gris sucio, el rosa y el amarillo pálido) que circundan la ciudad, interrumpidas en los emplazamientos de las puertas de vía única, únicas desembocaduras de las enmarañadas callejas del corazón de la ciudad. Y quizás en otro tiempo esta última, aislada al borde de la costa, desprendida de toda inmediata vecindad, con sus murallas dominando por un lado las rocas batidas por las olas y por el otro unas tierras rocosas, desnudas, sembradas de matorrales de azufaifo y de chumberas, quizás entonces aparecía, de lejos desde el mar, de lejos desde la llanura, como una verdadera ciudad fortificada. Hoy, limitada por el puerto y los barrios modernos, la dominan por doquier los andamiajes metálicos, las grúas, los bloques de viviendas de alquiler, las casas comerciales y las oficinas. En torno al muro del recinto, el espacio libre se reduce a unos cuantos metros, cuatro o cinco en las calles ordinarias, unos diez en el bulevar de la Marina, donde las altas hojas de las palmeras plantadas en el terraplén se extienden hasta las almenas. En la acera, al pie de la muralla, los artesanos ofrecen a los turistas objetos de su fabricación -cobre, hierro, piel, madera-, y maldicen de la poca venta: la crisis no puede ser grave, los visitantes van escaseando. Detrás de la muralla hay una especie de «rastro» donde se vende de todo, a precios enormemente variables. Allí es donde L... perdió la cartera, la última vez que fue a pasear por la medina. De eso hace más de un año; fue antes de empezar los sucesos.

Hubiera sido más sencillo, qué duda cabe, contárselo todo de viva voz, charlar tranquilamente con él, aunque sólo fuese para dar satisfacción sobre la marcha a sus demandas de aclaraciones sobre tal o cual detalle de difícil interpretación. Por otra parte, también es verdad que en caso de que llegara a ocurrir una desgracia, una carta tendría más fuerza probatoria que un único testimonio oral, que se reduciría a su vez a dar cuenta de un testimonio anterior ya indemostrable. ¿A santo de qué poner a alguien en el secreto, si no es para que él dé a sus revelaciones, llegado el caso, la trascendencia más amplia y menos discutible, para que restablezca públicamente la verdad de los hechos? Porque siempre se encontraría alguien dispuesto a dar de ellos una versión amañada, incompleta o inexacta no es que los informes de base disimulen los hechos reales, sino que estos últimos sólo suelen conservarse las más de las veces a título indicativo, como materia prima de más satisfactorias redacciones, más conformes con las ideas admitidas, más simplistas...

Era un domingo por la mañana, unas cuantas semanas antes de que empezaran los acontecimientos. Había ido a pasear por la medina, por curiosidad. Desde entonces no ha vuelto. Nadie se aventura ya al otro lado de las murallas, si no es obligado por sus ocupaciones, o impulsado por el gusto del peligro.

Más allá de las murallas se extiende a lo largo de un kilómetro un dédalo de callejuelas estrechas, de callejones sin salida divididos y ramificados a su vez, de recodos y placillas de las formas más diversas, generalmente triangulares, que no

Librodot

parecen deber su existencia más que al encuentro fortuito de tres callejuelas zigzagueantes en busca de una salida. En el plano, hay un verdadero batiburrillo de líneas rectas, curvas o quebradas, que delimitan, sobre el fondo malva pálido del papel, gran número de polígonos estriados de finas paralelas horizontales de más firme y más oscura impresión. Esas figuras, que corresponden a las superficies edificadas, son tan complejas, la mayoría, que los que llaman la atención preferentemente son, en primer lugar, unos cuantos rectángulos y cuadrados aislados al este de la ciudad, en ese barrio cercano al puerto donde se establecieron, a principios de siglo, los consulados extranjeros. Todas las demás presentan cortes extraordinariamente complicados, casi susceptibles de coincidir unos con otros, pero separados por doquier por ínfimos intervalos, como los trozos de un puzzle cuya reconstitución estuviera acabada, pero que se hubiera ensamblado descuidadamente. Esos intervalos «blancos», que son unas veces rectilíneos pasillos de anchura constante y otras multiformes espacios que van abriéndose y encogiéndose, componen, por su general imbricación, una red de arterias de inspiración a primera vista totalmente irracional, o al menos completamente opuesta a los principios que suele proporcionar la racionalidad, tales como la eficacia, la sencillez, la economía. Es como si se hubiera calculado todo con la sana intención de dificultar el paso, obstaculizar la circulación, impedir las reparaciones y la conservación, perjudicar la vigilancia, desbaratar las persecuciones, y favorecer el desorden y la anarquía. No está muy claro, en efecto, que el trazado de esos caminos haya sido dictado por la comodidad de las idas y venidas, como tampoco por la necesidad de acceder a las moradas. Ni siquiera parece, a fin de cuentas, que una intención cualquiera haya presidido en un momento dado su trazado -ni tan sólo que pueda hablarse realmente de «trazado». Es más bien el resultado de una distribución empírica, la yuxtaposición de todos los espacios libres que los edificios, por obra de sucesivos azares, habrían dejado intactos. Y falta poco, en muchos sitios, para que el espacio, reducido a uno o dos milímetros, no quede absorbido por las construcciones que lo rodean, y recubierto por las estrías horizontales ya a punto de juntarse. ¿Qué quedaría de él, si ese desprecio de la viabilidad hubiera sido llevado a su límite extremo? Cogidos entre dos fachadas distantes sólo unos cuantos centímetros, los galoncillos blancos se borrarían, las personas se verían obligadas a escurrirse de perfil por oscuros y malolientes pasajes, a comunicarse de una casa a otra por las ventanas de los pisos, ir de un barrio a otro saltando de terraza en terraza, de un extremo a otro de una tupida aglomeración, sórdida, impenetrable. En la vasta superficie triangular atravesada por paralelas de estrictos y rigurosos intervalos, las minúsculas callejas no son ya más claramente visibles que las finas nerviaciones en una hoja de hiedra.

Pero hay otro modo de ver las cosas. Igual que un mapa físico puede ser considerado ya como la descripción de un relieve montañoso cortado en algunos puntos por llanuras, ya como la de un país llano excepcionalmente accidentado, así el plano de la ciudad vieja puede verse no ya como una taracea de estrías ciudadanas sobre un fondo liso de terreno virgen, sino como la minuciosa representación, sobre el fondo estriado de los edificios, de un extraordinario conjunto de vías de penetración. Desde ese momento, en un relámpago, el plano se anima y cobra vida: decenas de líneas movedizas, lanzadas desde la periferia, se hunden en todas direcciones en la masa compacta de los edificios, la dividen, la hacen pedazos, luego rodean los bloques

Librodot

aislados, los cercan, los traspasan con sus ramificaciones divergentes, y prosiguiendo su infiltración, exploran los sectores más a trasmano, se deslizan tras las murallas, escarban los menores escondrijos, y finalmente vuelven al centro y se empalman a las primeras ramas, concluyendo así la implantación de un denso y completo sistema de comunicaciones, abriendo a todos los vientos la ciudad, entregándola sin reservas a una intensa y generalizada circulación. Ya no queda un punto que no parezca rápidamente accesible, ni un barrio que no se vea admirablemente comunicado. Se dibujan numerosos itinerarios; dos o tres se imponen desde el primer momento por su claro y directo trazado, análogo a esos ríos, en las maquetas, en los que unos cuantos rasgos luminosos logran crear la ilusión de su curso apacible o torrencial. Pero en la mayoría de los casos, la distinción es difícil de establecer, o debe ser sometida a revisión apenas establecida. Las callejas cambian a cada momento de anchura y de dirección, como los senderos de alta montaña cuando franquean las crestas o se adentran en las torrenteras. Aquí la topografía es invariablemente llana, y las callejuelas viran y zigzaguean por un terreno regular, perfectamente liso: la calle del Capitán Zeller cuando sale de la plaza de España es tan exigua que parece que debería cesar al cabo de unos cuantos metros; esboza una media vuelta, regresa casi a su punto de partida, pero de pronto se ensancha, recobra su dirección inicial, avanza a grandes trazos hacia el norte, y sale por fin a la carretera litoral, tras haber atravesado la ciudad de parte a parte. La calle Sidi-Boubkeur, por el contrario, mucho mayor en las cercanías de las murallas, y que sería de esperar ver prolongarse hasta el puerto, cambia bruscamente de dirección y desemboca en la anterior al cabo de una treintena de metros. No lejos de allí, una calleja avanza paralela a la pared de las murallas, recoge varios callejones sin salida por ambas orillas, y de pronto se curva, se hace callejón sin salida a su vez y desaparece. Todas las callejuelas, a decir verdad, sea cual sea su importancia, ponen en comunicación todo un tendido de proliferaciones secundarias que llevan a veces tan lejos y en una dirección tan poco de prever, que para hacerse una idea correcta de las distancias a recorrer convendría trazar, por en medio de los tejados y de las terrazas, una verdadera línea divisoria de las vías. Entonces se vería cómo tal construcción lindante con una callejuela da en realidad, a través de un estrecho y tortuoso pasaje, a otra arteria muy alejada; cómo a veces dos callejones de origen opuesto casi se juntan, o llegan a estar sólo separados por una simple cabaña, pero para ir de uno a otro hay que rehacer todo un circuito de vías principales, y subir, y luego volver a bajar, una doble jerarquía de callejuelas. Incluso a veces una callejuela se bifurca, sumiendo al recién llegado en la perplejidad; pero los dos ramales vuelven a soldarse detrás de una construcción, a pocos metros de allí, disipando dilemas y preocupaciones superfluas.

De todas maneras, esta geografía de callejuelas y callejones, este orden de los itinerarios y pasos obligados, están en la práctica contrariados en gran parte, a veces incluso trastornados, por intervención de elementos de otra naturaleza, más rebeldes al censo, y que es imposible consignar en el plano, aunque éste estuviera levantado aún a mayor escala: balcones tan próximos uno de otro que basta una zancada sobre las barandas para encontrarse en un barrio distinto; puentes colgantes cubiertos que dependen de sistemas de acceso rigurosamente privados ; terrazas en graderío, que permiten comunicar sin obstáculo, a bastante altura y en el mayor secreto, dos puntos entre los cuales las idas y venidas de las patrullas hacen toda circulación imposible, o

Librodot

por lo menos muy aleatoria. Quedan aún los sótanos, y los pasadizos subterráneos que los prolongan y aseguran su clandestinidad.

De este modo, la vista de esas decenas de estrechos canales irregulares y angulosos, así como la idea de las múltiples vías ocultas que los multiplican y los subdividen, sugieren, a despecho de la restringida superficie en cuyo interior se mueven, una infinidad de caminos y de conductos, de pasos directos o desviados, fáciles o rigurosos, de

escapes y de virajes, de divergencias, de escapatorias, cae evasiones y retornos. A cada brinco de la mirada a través de esas precisas y menudas líneas, a cada salto adelante por esas sinuosas callejuelas, aparecen nuevas perspectivas y se dibujan nuevas rutas. La escala del plano favorece a maravilla esta lenta progresión paralela: cada centímetro representa diez metros, cada milímetro un metro -escalones visuales exactamente adaptados a la minuciosa lectura de una ciudad para peatones.

Ciertos particulares grafismos, cortando la uniformidad de las estrías horizontales, van jalonando las etapas de este descubrimiento: bolas provistas de sombra que figuran los

árboles del parquecillo municipal, del jardín del Puerto o de la plaza de Europa, paralelas verticales de finísimo y tupido trazado que marcan los edificios públicos: mercado, comisaría de policía, servicio de sanidad ; paralelas oblicuas que rellenan los edificios religiosos: las siete mezquitas, las tres zauyas, los morabitos flanqueados por la media luna del Islam; la cruz de la misión católica; pequeñas medias lunas simbólicas en el lugar en que está emplazado el minúsculo cementerio de Sidi Othmane ; cuadrados rellenos incrustados sobre las líneas malvas en el emplazamiento de las nueve torres en ruinas adosadas a las murallas, cuatro de ellas cara al puerto, otras cuatro cara a la llanura, y la última donde confinan el puerto, la llanura y la playa, en el extremo límite noroeste de la ciudad.

Allí es donde nace el paseo marítimo, como prolongación teórica de la carretera litoral, y algo más allá el bulevar de Suez, cuyas dos calzadas, el terraplén medianero y los paseos laterales podrían por sí solos abarcar la anchura de varias callejuelas: si hubiera sido abierto en la vieja medina, hubiera acarreado la demolición de la cuarta parte de sus edificios. Si se deja vagar la mirada, ésta, cogida de improviso, se desliza a toda velocidad a lo largo de esa enorme rampa, rehace en sentido inverso, fuera de las murallas, el difícil trayecto que la había llevado de la plaza de España a la costa, sale ahora a la ciudad europea y allí se encuentra con esas estructuras modernas, esas alineaciones suntuosas y regulares, nacidas sólo de preocupaciones utilitarias, fundadas en una visión -y un uso del espacio que la reciente incursión por el barrio musulmán hace aparecer demasiado simplista. Es la gran ciudad para camiones, autocares y multicolores coches particulares, dotada de pasos para peatones, de semáforos, de franjas blancas que cortan el asfalto, de carteles y de señales en cada cruce. Nada parecido en la medina, aparte de los discos rojos de raya blanca a la entrada de las direcciones prohibidas, cuya generalizada colocación suprime toda duda entre trayectos equivalentes.

Motos, bicicletas, carros de mano, adoptan de común acuerdo los itinerarios oficiales; el riesgo a que se expone quien los contraviene -darse de narices con una patrullapesa más que el placer de la infracción.

Librodot

Las patrullas vigilan la ciudad, hacen la ronda de día y de noche, dan un número variable de vueltas, en sus siete u ocho horas de servicio, por el circuito que cada una tiene asignado -calle del Puerto hasta la plaza de Europa, calle Muley-Idriss, calle Pierre-Bousselle, calle del Dar-el-Askri, calle del Puerto hasta la plaza de Europa, calle MuleyIdriss...-, a veces se cruzan en los puntos de intersección de los dos circuitos, caminan a una por los cortos sectores comunes, se separan, se pierden de vista, se vuelven quizás a encontrar por segunda vez en el curso de la noche, recorriendo lentamente cada una su red de callejas, inspeccionando meticulosamente el barrio que tiene a su cargo, llevando los reconocimientos hasta el fondo de los callejones sin salida, echando a correr, al ruido de una detonación, de un silbato o de un grito de socorro, hacia el posible lugar de origen de la perturbación. Es enorme el contraste entre el espectáculo de esas callejuelas llenas de uniformes, casi vacías desde las nueve de la noche, y el intenso hormigueo, la general despreocupación que reinaban en otro tiempo en ellas, antes de los acontecimientos, cuando el mapa del comandante estaba aún virgen de todas esas crucecitas azules, encarnadas, verdes y negras que hoy lo salpican.

La primera hoja del bloc de notas sigue virgen, excepto la fecha escrita arriba, a la izquierda: lunes trece de agosto. Falta escribir la carta, redactar un resumen inteligible de estos tres últimos días. Pero ¿no será de temer que su destinatario, víctima de uno o más errores de perspectiva, no se haga cargo de su exacto alcance? ¿Acaso no es falsear ya de entrada su contenido el restringirlo al episodio actual, el hecho de que no vaya precedido de una breve reseña histórica? Pero entonces, ¿hasta dónde remontarse en la concatenación de los hechos? ¿Hasta las perturbaciones del mes pasado, hasta el nuevo clima que reina desde la implantación del toque de queda, o decididamente hasta el primer principio de los acontecimientos? ¿E incluso en ese caso...? ¿No sería preciso remontarse a los orígenes de la empresa, a la época en que se montaron los primeros resortes del engranaje? Pero sin llegar a eso, debe de ser posible construir un cuadro claro y preciso de la reciente evolución, ¿y hay algo más impresionante que el propio plano de la ciudad, sobrecargado de señales anotadas día a día desde hace meses? ¿Existe más elocuente informe que ese cañamazo de cruces multicolores que van poco a poco dibujándose sobre el gran rectángulo malva, y desarrollándose en guirnaldas a medida que se conocen los desórdenes y su represión?

Todas las tardes, a última hora, cuando las idas y venidas han terminado, el comandante se sienta ante su mesa, redacta su informe, y luego se levanta, con un juego de lápices de colores en la mano, se vuelve hacia el mapa mural y traza aquí una crucecita azul, allá una verde, una encarnada, una negra, según la categoría del atentado o de la fechoría cometidos. A veces vacila, no demasiado seguro del carácter del incidente, o tentado de marcar con varias cruces un hecho que juzga particularmente importante. Llegó incluso a encontrarse, en los primeros meses, con que no tenía nada que anotar durante toda una semana. Pero aquel tiempo está ya lejos. Desde entonces, las cruces se han multiplicado tanto que en dos o tres puntos

Librodot

falta sitio para trazar las nuevas: el comandante las coloca como puede en la inmediata vecindad de los lugares malditos, las inserta en recovecos en los que, a decir verdad, nunca ha pasado nada. Por el contrario, otros sectores han permanecido intactos, los menos, y son éstos los que presentan ahora un aspecto sospechoso.

De este modo, un cuarto orden viene a sumarse a los de las calles y callejones sin salida, de las direcciones prohibidas, de las terrazas y de las comunicaciones ocultas, un orden que, en su cotidiana dispersión, puede parecer fortuito, pero cuyas estructuras, al cabo de cierto tiempo, se van precisando, confirmando, imponiéndose. Para el profano, todas esas cruces de igual tamaño remiten a acciones de igual gravedad. Pero en realidad, a algunas de ellas va ligado el recuerdo de un momento privilegiado -la inauguración de una nueva fase de la lucha, una espectacular emboscada, o el punto culminante de un largo período de tensión.

La mayoría, sin embargo, sólo señalan un episodio corrientísimo, un elemento vulgar de una bien establecida rutina -así, por ejemplo, las dos nuevas cruces que el comandante trazó ayer en el plano: la primera detrás del mercado, en una placita donde un memorialista acababa de ser asesinado; la segunda en el extremo norte de la ciudad, en el número 17 de la calle Lalla-Sfia.

Allí, en la noche del sábado al domingo, en el vestíbulo de una casa de suntuoso aspecto, estalla una bomba.

Bajo la violencia de la explosión, la puerta salta hecha añicos; fragmentos de vigas, trozos de chatarra, cascotes, salen disparados y van a caer sobre la calzada. El ruido de la detonación se prolonga por la callejuela, llega hasta las murallas, dando la alarma a los gendarmes que, en la carretera litoral, guardan el puesto de Bab el Bahr - dando simultáneamente la alarma a la patrulla que está dando vueltas al parquecillo municipal, pero los soldados, en ese momento, están en la otra punta del parquecillo, es decir, lo más lejos posible del lugar siniestrado; para colmo, las condiciones acústicas son malas, el arbolado desvía el sonido; pierden un tiempo precioso en un callejón sin salida, lanzados sobre una falsa pista. Los gendarmes son, pues, los primeros en llegar, en jeep, por dirección prohibida, dejan su vehículo donde empiezan los escombros, siguen a pie hasta el número 17, en cuyo umbral se ajetrean dos hombres en mangas de camisa, con los cabellos en desorden y la cara cubierta de polvo. Los gendarmes penetran en el vestíbulo, hacen las averiguaciones de costumbre, mientras un segundo jeep llegado entre tanto vuelve a marchar casi inmediatamente en dirección a la carretera litoral, rodea toda la medina por fuera, pasa de nuevo bajo las murallas, llega a la calle Fayard, y desemboca en el patio del Servicio.

El vigilante de guardia del Servicio es puesto al corriente de los hechos. Inscribe rápidamente en un gran cuaderno los datos esenciales, algunos detalles anexos, y hace una o dos preguntas complementarias.

Echa un vistazo a su reloj...

Librodot

No son aún las dos. El faro ilumina intermitentemente el cuarto. A intervalos regulares -ocho segundos, seis segundos, tres segundos-, el haz de luz que barre la costa irrumpe en la habitación, proyecta rapidísimamente sobre las paredes la sombra de la ventana (travesaños alargados, falleba deformada, contornos movedizos de los visillos, pliegues de la tela rapidísimamente distendidos y replegados), la sombra del pebetero instalado en el ángulo de la estantería, y huye, dejando en la cabeza la imagen de los objetos que se han visto cogidos por breves instantes en el cono de blanca claridad. El paso del primer haz es con mucho el de más larga duración ; el segundo, muy breve, no hace más que rozar las paredes; el tercero se detiene algo más, y durante los pocos segundos que siguen a su aparición, los tres rayos de luz, al alejarse a toda velocidad, iluminan uno tras otro el cielo de la ciudad antigua, resbalan después sobre las olas, describen un inmenso círculo por encima del océano, mientras que el faro en sí no se distingue ya más que por un minúsculo disco rojo, brillante y claro. Luego, todo vuelve a hacerse confuso en la superficie de las aguas; han desaparecido las tres líneas blancas, que se han vuelto hacia alta mar. Transcurren varios segundos. De pronto, vuelve a surgir a la derecha el primer haz, se acerca a tierra, vuelve a toda velocidad...

Todo está oscuro en la habitación, excepto la mesa, sobre la cual la luz de la lámpara proyecta un cono de blanca claridad. El vigilante anota la hora en el cuaderno de la guardia, la hora del atentado, la hora de la llegada de los gendarmes al Servicio, consigna el nombre y el número de la unidad que se ha dirigido al lugar del suceso, la situación exacta de la casa damnificada, la identidad del propietario y la naturaleza de las pérdidas.

Los gendarmes saludan y vuelven a salir. El ruido del jeep va decreciendo a partir de la salida del Servicio, y se pierde al volver la calle Fayard.

El vigilante se levanta, va a consultar una hoja mecanografiada clavada en la pared, vuelve a sentarse, y garrapatea un número en un trozo de papel.

Descuelga el teléfono...

El haz de luz irrumpe en la habitación, ilumina la pared de encima de la cama, proyecta en ella la sombra de la ventana, la sombra de los visillos, la sombra de toda clase de objetos repentinamente arrancados a la oscuridad, presentes el tiempo de un relámpago en forma de grisáceas imágenes que huyen por la blanca pantalla del tabique.

Después todo vuelve a ser negro...

Todo es negro otra vez. Ha sonado el teléfono. El faro ha iluminado la habitación por brevísimos instantes... Suena el teléfono (¿ha sonado ya?).

Todo es negro en la habitación, exceptuando un vago resplandor hacia el lado de la ventana, cuya persiana debió de quedar levantada.

El frágil timbre resuena otra vez, en el mismo momento en que un haz de luz atraviesa la habitación, descubriendo, muy cerca, el teléfono, el cenicero, el revólver, el lápiz colocado de través sobre el bloc de notas, la lámpara y el conmutador de plástico.

Renace la oscuridad, pero no por mucho rato: immediatamente después, la luz de la lámpara proyecta un cono de viva claridad sobre las sábanas, la estera, la almohada, la mesilla de noche y el teléfono.

En seguida una sosegada voz habla al otro lado del hilo, deletrea un número, un nombre de calle, las cifras de una hora muy precisa, mientras la punta del lápiz corre sobre el papel, traza una palabra, una cifra, otra palabra, un número, cifras, hace una cruz, un redondel, esboza un triángulo y tira una línea.

La esfera del reloj, sobre la mesa, marcaba las dos y cinco. Un pálido resplandor apuntaba del lado de la ventana. No estaba bajada la persiana. La noche estaba oscura y el cielo despejado. A intervalos regulares, las luces del faro iluminaban los visillos, se escapaban, pasaban por encima de la ciudad vieja (había que dirigirse sin tardanza al lugar del suceso, vestirse, coger el revólver, las llaves del coche, bajar la escalera, atravesar el portal, franquear la puerta de la casa, que no se cierra nunca, echar en dirección al puerto, parar en la plaza de España para responder a los requerimientos del puesto de guardia, penetrar en la ciudad vieja por la calle de Carniceros, atravesar toda la ciudad vieja, y llegar al «teatro» del drama), se alejaban de la costa, resbalaban sobre las olas, describían círculos inmensos por encima del océano, y desaparecían, volviéndose hacia alta mar. El faro en sí no era ya más que un puntito rojo que brillaba débilmente, muy lejos, hacia el noroeste, débilmente a través de los cristales, muy lejos tras los visillos.

La esfera del reloj marca las siete menos cuarto. La luz, aunque aún viva, es menos fuerte que hace un rato. Los ruidos de la avenida llegan, amortiguados, en cuanto el oído les presta de nuevo atención. Los visillos caen, verticales e inmóviles, a todo lo ancho del vano de cristal. Mucho más atrás de ellos se vislumbran líneas discontinuas, formas confusas, dislocadas, colores deslucidos, velados de gris y oro, que son tal vez los de las nubes, o del océano, o de esa zona intermedia que la vista no puede distinguir claramente -no puede, desde luego, descender por debajo de la linea de la orilla, ni alcanzar, a la izquierda, más allá de la catedral (la silla está justo en el extremo del vano de cristal, manifiestamente retirada) ; a la derecha, se detiene a la entrada de la glorieta del parque.

La mesa vuelve a estar coja y golpea contra el suelo. Empujada a fondo contra la pared, coincide de nuevo con el margen malva del papel, quedando apoyado su borde justo por debajo de la parte inferior del plano, donde cinco arterias rectilíneas convergen hacia el gran rectángulo, aún incompletamente urbanizado, de la plaza de España. Unos terraplenes provisionales ocupan el centro de la plaza, destinados a encauzar el tráfico. El lado norte está constituido por el lienzo de muralla de la ciudad vieja, sólo perforado, hacia la mitad, por una ranurilla milimétrica : la calle de Carniceros. Más arriba, en finas estrías horizontales, se extienden los barrios de la medina; más abajo, una superficie lisa, de un malva muy pálido, corresponde a la calzada de asfalto y a las pavimentadas aceras de la plaza.

Vista desde más cerca, esta superficie aparece compuesta por una infinidad de minúsculos puntos grises y malvas, como si el impresor se hubiese comprometido a representar efectivamente todos los adoquines del pavimento. El grueso trazo violeta que la bordea no tiene, por otra parte, un espesor constante: en algunos puntos se

Librodot

hincha, se adelgaza en otros, como la muralla misma, amalgama de sillares rojizos más o menos desbastados, carcomidos por el agua de lluvia, sujetos con más o menos eficacia, y consolidados por sucesivas capas de yeso y de tierra apisonada, especialmente a la entrada de la calleja, donde los coches y las camionetas chocan a menudo con ellos y los estropean; matas de yerbajos crecen acá y allá en los huecos e intersticios, piedras y guijarros desnudos se mantienen adheridos de milagro, se desprenden a veces y caen a las aceras, en los dos extremos del estrecho intervalo milimétrico ; demasiado estrecho, en realidad, porque la calle tiene sus buenos cuatro metros de ancho al principio, bordeada por casas de dos pisos con fachadas cuidadosamente encaladas o revocadas en amarillo, ocre, gris, azul pálido; luego sí que se estrecha, donde empiezan las tiendas de los carniceros, todas pintadas de rojo, rojo vivo, rojo claro, cerradas durante la noche con postigos de madera y barras de hierro con candado, o con cierres metálicos pintados de un rojo más fuerte, casi marrón, mate, que contrasta, al resplandor de los faros, con los esmaltes de los rótulos, con los regueros brillantes que dibujan en las puertas metálicas las luces del alumbrado público (lámparas de enorme pantalla metálica, suspendidas de un cable entre casa y casa cada veinte metros, y zarandeadas por el viento), con los reflejos que espejean en los charcos de los baches del asfalto, y esos otros reflejos, más oscuros, más fragmentados, que nacen en las manchas de sangre entre los desperdicios de carne, los residuos esparcidos por la calzada y los canalillos laterales sobre los que bullen jaurías de gatos que salen disparados al ruido del motor, saltan a los desagües, o al otro lado de los postigos mal ensamblados, bajo las tablas, los cajones, los cubos, las espuertas de la basura, que corren sencillamente delante del coche, con un jirón de carne renegrida entre los dientes: las ruedas se deslizan, se desvían o patinan, un breve chapoteo se deja oír al atravesar los charcos, las rojas tiendas van desfilando a una y otra parte de la callejuela, que, al cabo de un centenar de metros, vuelve en ángulo recto (los gatos, atolondrados, despavoridos, se arrojan debajo del coche), luego dobla otra vez, se ensancha, y sale a la plaza de la Medersa, pavimentada de losas grises, y al otro lado de la plaza, en lo que viene a ser la prolongación de la calle de Carniceros, se abre la calle de Sidi-Fettach, sinuosa, raquítica, absolutamente desierta -una patrulla la vigila día y noche, pero la patrulla no estaba, tal vez se había metido por un callejón sin salida para averiguar el origen de un resplandor o un ruido sospechoso-, tan tortuosa que dos veces ha sido preciso, pese a lo manejable del coche, dar marcha atrás, y desde luego ir siempre al paso, teniendo cuidado de no rascar los guardabarros (el parachoques delantero estaba ya torcido), y en seguida estaban las murallas a la vista, Bab el Bahr y su puerta en zigzag, sólo faltaba doblar a la derecha hacia la calle Lalla-Sfia, la cual, no muy larga, arqueada, relativamente ancha, presentaba el inesperado aspecto de un tramo en desuso de carretera principal.

A la altura del número 17, unos escombros obstruían la calzada. El jeep de los gendarmes estaba aún allí. Habían llegado incluso otros dos gendarmes en motocicleta, que estaban ocupados en hacer volver a sus casas a aquellos vecinos a quienes la curiosidad había impulsado a bajar a la calle a pesar de la queda. La entrada estaba derruida, pero el cuerpo del edificio, bastante apartado, no había sufrido mucho. La primera habitación, una especie de sala de espera, había salido bastante perjudicada: los restos de un banco o de una mesa baja, y utensilios de cobre abollados, estaban esparcidos sobre las esteras, cubiertas además de una capa de polvo

Librodot

blanco y de cascotes menudos. Las puertas que daban a las otras habitaciones habían aguantado el golpe. Evidentemente, el artefacto no había sido concebido para provocar grandes desastres.

La electricidad no funcionaba, desde luego. Una lámpara de petróleo, colocada en el resalte de una ventana, proyectaba grandes y deformes sombras sobre las paredes.

Dos hombres iban y venían, al parecer los únicos ocupantes de la casa. Hablaban entre sí en voz baja, contestaban a las preguntas con marcada precipitación, asegurando que «no era nada», que «no tenía mucha importancia».

Algo más tarde compareció un inspector de policía, un tal Jouhin, o Juin, a quien había visto una o dos veces en el Servicio. Hizo a su vez algunas preguntas y parecía bastante fastidiado de que se le hubiera sacado de la cama por tan poca cosa (pero nunca se sabe lo que va a pasar, a veces los acontecimientos, atropellándose, toman un giro dramático, siempre vale más, por principio, hacer acto de presencia).

Una de las puertas daba a una habitación algo mayor que la primera, de tabique bajo, adornada con cojines y alfombras, e iluminada por una palmatoria colocada en un velador. En un rincón había quedado abandonado un instrumento de música parecido a una mandolina. Una tetera yacía volcada al pie de una cortina de terciopelo rojo colgada ante una abertura baja de estilo moro.

El inspector entró en la sala de las alfombras, echó un vistazo en torno, y se volvió a la «sala de espera», luego al portal, que no era en resumidas cuentas más que un pasaje cubierto del edificio a la calle.

Hacía mucho calor en esta segunda sala. Un olor a menta y tomillo mezclados flotaba en el aire. De los dos árabes, el que parecía ser el propietario iba de una habitación a otra, y se ajetreaba en naderías.

El inspector volvió a la «sala de espera», examinó los escombros, apuntó algo en una agenda, y recogió un trozo de hierro que se echó al bolsillo.

Hacía un tiempo bochornoso. Una ventana con reja daba a un pequeño patio. Asomándose un poco, se veían el cielo y las estrellas a través de las hojas de una palmera. Llegaba claramente el ruido de las olas. En realidad, la costa estaba allí mismo. Probablemente la casa estaba incluso adosada a la muralla.

Todo el barrio permanecía en silencio. El cielo estaba claro, despejado... Bastaba escalar la muralla, atravesar la carretera litoral, seguir por el sendero de tierra...

El inspector dijo: «No es más que un aviso. Es la primera vez...» Después se despidió y se fue. Los curiosos debían de haber vuelto ya a sus casas. Ya no había nada que ver.

Serían las tres menos cuarto. Un aire más vivo penetraba por la ventanita, trayendo un perfume de algas y de sal. Las palmas se agitan suavemente. Desde la terraza debía de divisarse el mar, el paseo marítimo a la izquierda, el puerto a la derecha, los barcos, el rompeolas, y justo enfrente, el pedregoso promontorio que la carretera litoral deja a un lado -una desnuda faja de tierra, de cuatrocientos o quinientos metros de largo, en cuyo extremo se alza un antiguo faro en ruinas (el sendero que lleva hasta él se une a la carretera litoral no lejos de Bab el Bahr, justo al lado de las chabolas que se han ido levantando estos últimos tiempos al borde de la rada-, rodea las chabolas, pasa por detrás del casco de un barco de pesca que yace sobre uno de sus flancos a cierta distancia de las rocas, llega luego al centro del

promontorio, pasa entre dos casas blancas derruidas, enfila hacia el mar, se acerca al viejo faro, pasa ante el chalet de ladrillo y el cobertizo bordeado de tamariscos...).

Nada que ver en el lugar del suceso ... De pronto, sin ruido, la cortina de terciopelo se abrió, apartada por una mano menuda, sobre la cual entrechocaron unas pulseras al resbalar; un rostro de muchacha apareció en sus tres cuartas partes en lo alto de la cortina, por espacio de un instante, el tiempo justo de entrever un fino rosetón tatuado en el nacimiento de las cejas, un rizo negro cayendo sobre su mejilla, unos ojos muy negros, unos dientes que brillaban en la penumbra, y bastante detrás, al otro extremo de una habitación alumbrada todo a lo largo por candelabros, otras cuatro muchachas muy jóvenes acurrucadas sobre los cojines, vestidas con seruales negros y malvas, que miraban en dirección a la puerta y se dieron un codazo, ahogaron una carcajada, por espacio de un instante, y la cortina volvió a caer.

Se había acercado el «propietario». Se frotaba las manos una contra otra, con los dedos juntos. Sonrió, y repitió «No es nada»... «No tiene importancia.»

En el portal, su colega terminaba de recoger cascotes. Fuera, los gendarmes esperaban, listos para montar en el jeep. Dos de los suyos seguían de centinela ante la puerta.

La calle estaba vacía, el cielo claro, el aire despejado. El pequeño Fiat dio sin ninguna dificultad media vuelta en la callejuela y volvió rapidísimamente a las murallas. Los gendarmes seguían detrás. Se pararon en Bab el Bahr, tan pronto hubieron traspuesto la puerta en zigzag.

La carretera litoral estaba completamente desierta. A un centenar de metros a la izquierda, se recortaba la silueta de la torre abombada que marca la extrema avanzadilla de la ciudad vieja hacia el océano. A la derecha, la calzada pavimentada corría al pie de la muralla y desaparecía al primer recodo. Al otro lado de la carretera se alineaban las chozas de adobe, las barracas de tablas y de uralita del barrio Haiti, especie de aglomeración de chabolas surgida en los últimos años en una hondonada de la costa, en donde se inicia el promontorio. Un perro, alarmado por la luz o el ruido, saltó al talud y se puso a ladrar al coche, y luego a correr tras él hasta la confluencia del camino de tierra, no indicado por anuncio alguno y que sólo se advierte por el descenso, a lo largo de dos o tres metros, del nivel de la acera al de la calzada.

Allí se paró el perro, y volvió a subir al talud, con la cabeza aún vuelta hacia el coche.

Puede que fueran las tres, tal vez algo más. Era una buena ocasión para rehacer el trayecto de la víspera, para ir de improviso a inspeccionar los lugares en cuestión para ver qué pasaba allí de noche. Ya que de todas maneras la noche estaba echada a perder, y había huido el sueño, desaparecido irremediablemente...

Cuando el coche, aminorando la marcha, viró a la izquierda y se metió por el camino de tierra, el perro empezó otra vez a ladrar y a correr a su lado, más allá del talud, a lo largo del seto de espino que marca la frontera de las chabolas, y detrás del cual iban surgiendo, al azar de los cambios de dirección que imponían las rodadas, acá una barraca de madera, allí unas placas de chapa ensambladas de cualquier manera, tabiques de tela alquitranada, rejas heteróclitas, barras de hierro y alambres de espino, y por doquier calderos, toneles, montones de botellas y latas de conservas, hornillos oxidados, ventanas sin cristales, tuberías dobladas y fragmentos de espejos que el viento del mar hacía remolinear como blancos de tiro de feria. Había charcos en los

Librodot

baches, allí donde el camino se acerca mucho a las rocas, y los rayos de los faros toparon contra un manto de bruma que ocultaba las olas, luego, con el casco del barco de pesca abandonado; después, el camino volvió a la derecha, se fue alejando de la costa, y se dirigió hacia las casas en ruinas.

El perro se había callado. Se había detenido donde empiezan las chabolas. Corrían unos raíles a la izquierda de la carretera, restos de una línea de vía estrecha que probablemente comunicaba con el antiguo faro. Retazos de niebla se elevaban, dispersos, a través del camino. Las casas no debían ya de estar lejos. Fuera como fuera, con niebla o sin ella, era más prudente dejar el coche detrás de un lienzo de pared y continuar a pie.

Veinte metros más allá, se perfiló una pared blanca a la derecha, en el campo del faro pirata. Como no había foso, la maniobra pudo efectuarse sin ninguna dificultad, y el coche quedó aparcado bien a resguardo detrás de la casa, con todas las luces apagadas.

El aire era muy fresco. El ruido de las olas encubría el de los pasos -el ruido de los zapatos tropezando con las piedras, haciendo rechinar los guijarros. Los golpes de viento aplastaban la camisa contra la piel húmeda. A gran altura, por el cielo, pasaban y repasaban los haces de blanca claridad llegados de más allá del puerto, y que iban a perderse en el mar, lejos de las costas, deslizándose a toda velocidad sobre las olas invisibles.

La noche era oscura, el cielo muy puro, y la niebla más escasa en este lado del promontorio. Apenas doscientos metros separaban las casas en ruinas del chalet de ladrillo, doscientos metros en línea recta, con lindes de piedras secas y setos de azufaifos, tras los cuales sería fácil disimularse, en caso de necesidad. Y repentinamente el seto de espinos dejó paso a los matorrales de tamariscos : allí estaba el chalet, al otro extremo del cercado, y el cobertizo a su izquierda, un poco más atrás.

Ninguna luz brillaba en el interior del chalet, ningún resplandor salía del cobertizo. Algunos metros después de la verja se interrumpía el seto de tamariscos, o, para ser exactos, proseguía perpendicularmente a la carretera, en dirección al cobertizo, cuya entrada impedía una puerta corredera. El rótulo, en el frontis, era invisible. Un bulto alargado, cubierto con una lona, se interponía entre el follaje y la pared del cobertizo, algo con forma de barca, una motora, o más bien un automóvil o una camioneta -un automóvil indiscutiblemente: una bombilla eléctrica acababa de encenderse sobre las gradas del chalet, alumbrando el cercado. Apareció un hombre, con una pipa en la boca, en el marco de la puerta, bajó las escaleras, y dio algunos pasos por el terreno. La lona, demasiado corta o mal desplegada -se hundía en el lugar del parabrisas-, dejaba al descubierto la parte delantera del coche: los grandes faros en la punta de los guardabarros, la persiana del radiador, una especie de ancho rastel cromado y, justo encima, la placa ovalada de la marca, claramente visible a través de las ramas. El hombre fue hasta la verja, volvió a encender la pipa, luego se dirigió otra vez al punto de partida, subió las escaleras, y cerró la puerta.

Volvió a hacerse la oscuridad.

La noche parecía ahora más oscura, y el chalet aún más en silencio, más profundamente dormido.

En el camino de vuelta, la niebla se extendía casi sin interrupción -la sirena de alarma había empezado a mugir-, y de no ser por el ángulo que hace la carretera cerca de las casas blancas, éstas hubieran pasado desapercibidas.

El coche chorreaba agua. Por las ventanillas abiertas, había entrado la humedad, empapando el plástico a imitación de piel de los asientos.

Fueron los ladridos del perro los que anunciaron la proximidad de las chabolas: había desaparecido el barco, y los raíles, las rocas, los tabiques de chapa y los alambres de espino. De las lámparas del alumbrado público, en la carretera litoral, caía una difusa claridad, de un amarillo pálido y diluido. La visibilidad no pasaba de cinco o seis metros. No obstante, a la altura de Bab el Bahr, resonó un estridente silbido; se acercaron dos gendarmes, metralleta en mano; al reconocer el coche, saludaron y dieron media vuelta.

Una patrulla de policía, en el cruce de las Tres Palmeras, dio también la orden de detención. Luego ya nada hasta la avenida del Puerto.

Eran las cuatro menos diez.

Las cuatro del domingo por la mañana.

A las siete, sonó el despertador. Allí estaba el gran coche negro, abajo, en la avenida -la enorme persiana cromada, la placa ovalada con el nombre de la marca ins-

Grito sobre fondo rojo en itálicas-, reconocible entre mil por ese agujero que se abre en el lugar del parabrisas. Una horas después, se puso en marcha y siguió al Fiat hasta la plaza de España, contentándose con seguirle brevemente -con hacer un breve acto de presencia-, tras de lo cual bifurcó, se perdió por los barrios comerciales, y desapareció durante todo el resto del día.

Todo estaba tranquilo en el Servicio. El comandante seguía con el mismo humor de la víspera: nervioso, buscando las palabras, sin encontrarlas, hizo una torpe tentativa de reanudar la discusión, y luego la abandonó él mismo en seguida, por temor, si se acaloraba, a pronunciar palabras inconvenientes susceptibles de meter el debate por unos derroteros contrarios a sus propósitos.

Había pocas noticias que comentar, aparte del atentado de la noche, acerca del cual, por otra parte, nadie tenía nada interesante que decir. La puesta al día de la correspondencia, la clasificación de los expedientes y la lectura de las notas que se habían ido acumulando en el curso de la semana, ocuparon, como todos los domingos, la mayor parte del tiempo. Sin embargo, todo hubiera estado en orden antes de mediodía, si no hubiera sido por el anuncio, hacia las once y cuarto, de que acababan de hacerse unos disparos por la parte del mercado.

Hubo que ir, naturalmente. Los gendarmes estaban ya allí. La víctima, una, memorialista, estaba de bruces sobre la calzada, con la nuca perforada por dos minúsculos agujeros. Las balas no habían salido, pero formaban, bajo el hueso de la frente, dos pequeñas protuberancias cónicas, que se reabsorbían fácilmente bajo la presión de los dedos, y luego salían otra vez. Poco después llegó el comisario Lacoste, con aspecto preocupado («Nuestro último confidente», se le escapó en un momento dado). Había, como de costumbre, una media docena de jeeps y de vehículos aparcados en las proximidades, una veintena de funcionarios militares y civiles, de pie, contemplando el espectáculo a mayor o menor distancia según su graduación, cuya presencia en el lugar del drama había sido requerida a títulos diferentes, que

Librodot

constataban, tomaban notas, medían, fotografiaban, preguntaban, deducían, e interrogaban a todos.

Por último, al cabo de una larga espera, llegó la ambulancia y se llevó el cuerpo. Un anciano salió de una casa, y se acercó con una escoba, una bayeta y un cubo de agua. Después se marchó todo el mundo, entre un gran ronquido de motores, volviendo cada cual a su punto de partida. Eran las doce, las doce y diez. Era cuestión de ir a comer, regresar a la avenida del Puerto y echarse la siesta para reparar un tanto el cansancio de la semana.

Al despertar, hacia las cuatro, no había mucha gente por la avenida: la gente se va a las playas, huyen de la ciudad, y no vuelven hasta el atardecer, con la fresca.

Pero a las cinco, exactamente a la misma hora que la víspera, apareció el gran Buick, procedente de la plaza Roosevelt, bajando lentamente la avenida; se detuvo junto a la acera, a unos treinta metros de la entrada del bloque.

Pérez se quedó sentado al volante. Marietti empezó, como la víspera, a sacar brillo a la persiana, los faros, el parachoques, los adornos metálicos de las ruedas -debe de ser una manera de pasar el tiempo, o una manía: la carrocería en sí salta a la vista que no ha sido lavada desde hace semanas-, después dio dos o tres veces la vuelta al coche, abrió la portezuela delantera, y se deslizó en el asiento. En ese momento, o un poco más tarde, salió Pérez, se puso a pasear arriba y abajo junto a los árboles, luego cruzó la avenida, se vio cogido por unos instantes en la marea de los vehículos que empezaban a regresar, saltó a la acera de enfrente y se sentó en el banco. Eran entonces las seis -no, las cinco y media todo lo más. Fue al ponerse Marietti al volante cuando acababan de dar las seis... Debían de ser las seis y cinco, en aquel momento, o y diez... Salió en dirección al puerto, pero no debió de ir muy lejos, tal vez ni siquiera pasó el cruce de la verja del parque. (Pero hoy, todavía no se había movido, bastante después de las seis. Quizá no se ha movido en absoluto, o se ha marchado hace rato, y Pérez se ha quedado en el banco. O bien se marchó con Pérez. O bien...)

Pronto reapareció, aparcó el coche junto a la acera de enfrente, casi delante del banco en que Pérez, medio tumbado, iba fumando cigarrillos. Se sentó al lado de Pérez (quizá está sentado al lado de Pérez a esta ahora). Compraron el periódico, lo leyeron, fumaron cigarrillos; charlaron...

Charlaban...

Charlaban, iban fumando cigarrillos, leían el periódico. A las siete, o a punto de dar las siete, o poco después de las siete...

Librodot

III

Un breve campanilleo, asombrosamente claro, resuena en el hueco de la escalera, seguido de una cascada de tintineos semejante a la caída de un puñado de bolas o de monedas de níquel lanzadas a voleo sobre un enlosado de mármol, desparramándose, rebotando de escalón en escalón. Luego renace la calma.

Ningún otro ruido llega del otro lado de la puerta... Alguien ha debido de dejar caer su manojo de llaves, o su portamonedas, en la parte baja de la escalera. Ahora está recogiéndolo, o se ha marchado ya... Quizá estaba bajando, a punto de salir... En caso contrario, no debe aún de estar muy arriba, con toda seguridad no ha pasado del cuarto: se oiría el ruido de sus pasos, ese lejano martilleo, leve y sordo a la vez, tan fácil de identificar a varios pisos de distancia, dentro de ese espacio sonoro completamente cerrado, sobre esos sonoros peldaños que ninguna alfombra protege...

No sube el menor ruido... Aún hay tiempo de ir a echar un vistazo al descansillo, por lo que pueda ser, a fin de estar prevenido contra cualquier sorpresa.

El pomo chasca en la cerradura, el pestillo sale de la caja, y la puerta gira lentamente sobre sus goznes. En la rendija aparecen los primeros peldaños de la escalera, luego los barrotes de la barandilla, y un poco más a la izquierda, detrás de la barandilla, el prisma enrejado que surgiendo, de las profundidades de la casa, se eleva unos cuantos metros más hasta la terraza, que parece atravesar con sus varillas metálicas.

La cabina ya no está ahí.

El descansillo está desierto...

Desde la puerta del ascensor, la vista abarca todo el último piso, y luego, hacia abajo, la mayor parte del tramo de escalera comprendido entre el sexto y el quinto, una porción más pequeña del tramo que va del quinto al cuarto... Más abajo, la reja tapa todos los demás trozos de escalera teóricamente visibles. Los rellanos, desde luego, quedan fuera del alcance de la vista. En cuanto a la cabina del ascensor, probablemente se ha quedado en la planta baja.

Se oyen unas pisadas, lentas y regulares, seguidas de un intermitente arrastre -el roce de las suelas por el mármol artificial de los peldaños. La barandilla vibra ligeramente.

El ruido se hace intenso, se precisa. Cesa... El hombre debe de haber llegado al descansillo del quinto. Se toma un momento de respiro... La barandilla vuelve a vibrar y en seguida recomienza el martilleo, más claro, más fuerte, aparece una manga, una mano que se desliza por la barandilla, un abdomen tripón, una americana gris, el sombrero de paja de ala ancha del vecino del mismo rellano, que vuelve de su trabajo y se obliga, como medida saludable, asegura él, a subir a pie todas las tardes los siete pisos.

Su respiración se hace jadeante. El peso de su cuerpo parece aumentar a cada peldaño. Ahora da la vuelta, se acerca al sexto...

Está a punto de llegar al sexto. Tose. Se yergue. Levanta la cabeza hacia el rellano del séptimo...

Librodot

El gesto era fácil de prever. Además, la ancha ala del sombrero ha retardado su efecto. La retirada es inmediata, silenciosa, ejecutada con pasos acolchados por el polvoriento suelo del descansillo.

La puerta gira y se cierra sin golpe. El grueso individuo no ha tenido tiempo de ver nada, y como la ventana está cerrada, tampoco de oír nada de los ruidos de la avenida que le haga pensar que la puerta de la habitación estaba abierta.

El pestillo de la cerradura chasca, pero muy suavemente. El pasador del cerrojo penetra en dos tiempos en la armella. A los ruidos lejanos de la avenida, amortiguados, borrosos, se opone el pisar cadencioso, cansado, que va haciéndose más fuerte de segundo en segundo al otro lado de la puerta, mezclado con las sacudidas que se propagan a lo largo de la barandilla, con el arrugamiento de papel desplegado, con el tintineo de las llaves que se bambolean alrededor del anillo. Después, a las pisadas sucede el arrastrarse de los zapatos, un ataque de tos seca y breve, el chirrido de las llaves hurgando en la cerradura. La puerta cede... El manojo sigue tintineando un momento, y luego la puerta da un portazo, cerrada al pasar sin el más mínimo cuidado. La tos recomienza, más discreta, los pasos se alejan... El vecino ha ido derecho a la cocina.

Deben de ser las siete, en efecto, las siete y algunos minutos.

Encima de la mesa, el bloc de notas sigue en el mismo sitio, en el mismo estado, con su primera hoja en blanco, virgen, o casi, con la carta sin acabar -sin empezar siquiera; sólo consta la fecha, arriba, a la izquierda: Lunes trece de agosto... Será preciso volver a ocuparse de ella sin falta, esta noche, si puede ser, lo antes posible, lo más tarde mañana en el Servicio -aprovechar un cuarto de hora libre hacia el final de la mañana, o bien poner el despertador un poco más temprano, llegar antes, y darse prisa a escribirla antes de que afluya el trabajo.

La luz, menos fuerte que hace un rato, pero aún clara, parece manar de las paredes, del techo, de los visillos, como de un cercano y autónomo manantial. Resbala por el cajón de la mesilla de noche, por los brazos del sillón, por la esfera de dibujos encarnados, por la colcha de algodón gris, roza de través la estantería, los cantos dorados de las encuadernaciones de los libros, el pebetero de laca ocre, rebota en los barrotes de la silla, las patas de la mesa, las puertas del armario, el teléfono de ebonita, el estuche del despertador... Sólo se le resiste el candelabro de piedra blanca, que, inalterablemente mate, queda preservado de todo resplandor, de todo brillo pasajero.

Los visillos caen rectos, inmóviles, a todo lo ancho de la ventana. Detrás de ellos, a lo lejos, se vislumbran líneas discontinuas, formas confusas, colores deslucidos, velados de oro y gris, en los confines del cielo con el océano.

El picaporte de la ventana da la vuelta, gira con un prolongado chirrido... Las hojas de la ventana, echadas atrás con un golpe seco, se separan lentamente una de otra, dejando al descubierto innumerables edificios dispares, jardines, avenidas, colinas y barcos, veinte kilómetros de costa, y más allá, un inmenso manto movedizo, orlado de una linea difícilmente perceptible, disimulada en parte tras una polvareda de color rojo oscuro, difusa, que se extiende de punta a punta del horizonte.

El sol se pone...

El sol se oculta tras una pantalla de nubes negras, grises, violetas, estratificadas en pirámides, que parecen haberse acumulado en ese preciso punto sólo para enmascarar hasta el último instante el destello de los rayos del ocaso.

Librodot

El aire es mucho más fresco. Una leve brisa aplasta la camisa contra la piel húmeda. Las copas verde claro y castaño pálido de los eucaliptos se agitan en todo el perímetro del parque; en el centro, las palmeras azuladas, amarillentas, ondean débilmente, protegidas por los grandes árboles que las rodean, lentamente, como una pradera sembrada de hierbas gigantes. Más allá del parque, en las terrazas de la ciudad vieja, millares de piezas de ropa restallan al viento.

Se han ido afinando las líneas, las superficies se han hecho más claras, mejor contrastadas. Larguísimas sombras hacen resaltar los volúmenes, indican por doquier la altura exacta de los planos que las proyectan: en las terrazas, donde se escalonan en graderíos, en los andamiajes metálicos, los muelles del puerto, la escollera, los tejados de los almacenes, en las colinas de la zona sur, donde amplias medias lunas color malva modelan los relieves.

Más neto, más preciso, el mar se ha como acercado a las costas. La superficie del agua se ha oscurecido: ni azul ni verde, más bien de un gris oscuro surcado de regueros glaucos, se riza en algunos puntos con ligeros penachos de espuma levantados en la cresta de las olas.

Hay a la vista numerosos barcos, a los que la marejada imprime complejos e irregulares movimientos de balanceo, fácilmente perceptibles cuando el casco se presenta de perfil, con más dificultad en caso contrario, aunque, aun entonces, la ínfima oscilación de un mástil, de una torreta o de una chimenea baste, incluso a enorme distancia, para delatar la extrema agitación del oleaje. Un paquebote cruza por alta mar; su silueta se dibuja sobre el fondo rojo del ocaso. Tres grandes cargueros ponen rumbo al norte, siguiéndose en fila india, a intervalos iguales, como si formasen convoy. Por el sur se aproxima un petrolero, que se dirige hacia el puerto, y que parece seguir la costa muy de cerca. Pero quizá dista aún diez o quince kilómetros; la idea de tal alejamiento le confiere momentáneamente unas dimensiones enormes, una prodigiosa velocidad... Pero no, está efectivamente muy cerca de la orilla, avanza a pequeña velocidad y pronto estará junto al muelle. Más a la derecha, una flotilla de barcas de pesca acaba de doblar la escollera y singla hacia alta mar: las velas negras, ocres, azules, se hinchan, se inclinan sobre las superficies del agua.

Entre tanto, el aspecto del cielo cambia con gran rapidez. Las nubes del horizonte se cairelan con una aureola de llameantes trazos, cuya irradiación parece al principio intensificarse, como si se invirtiera el curso de las cosas, pero la impresión se borra casi en seguida y la aureola empieza a decrecer; por fin zozobra, se empequeñece a ojos vistas, se fracciona en múltiples manchas violáceas, que se transparentan aún un momento en las zonas en que la bruma es menos opaca, y en seguida se borran también, se desvanecen.

Las nubes que había sobre tierra se han dispersado, arrastradas hacia el norte. El cielo, de un azul muy pálido, casi incoloro, está casi completamente despejado. Parece que la lluvia aún no es para hoy...

Hace casi tres semanas que no ha llovido. Las hojas languidecen, el césped va amarilleando, las flores empiezan a cabecear... La lanza de riego sigue girando en el otro extremo de la alfombra de hierba: las gotas caen en forma de lluvia sobre el césped, sobre los largos tallos de las poinsettias, sobre la hilera de geranios que bordea los vestuarios, sobre las ramas de glicina que trepan hasta el tejado. El pequeño árabe, sentado en los escalones del restaurante, sigue con la vista los desplazamientos de los

Librodot

jugadores y sus gesticulaciones. Todas las pistas están ocupadas y las partidas parecen desarrollarse con toda tranquilidad, sin duda porque hace mucho menos calor y porque las querellas tienen tendencia a apaciguarse por sí solas hacia el final del día. Pero el anís las reavivará: el bar no se vacía; el tintineo de las botellas y de los vasos llega claramente, se le distingue muy bien del campanilleo claro y preciso de las bolas al entrechocarse.

Los niños están jugando ahora a este lado del césped, se tiran un balón que más de una vez viene a dar contra la tapia de ladrillo, a punto incluso, dos veces, de saltar por encima de las tejas y rebotar en la acera de la avenida.

Seguramente siempre habría alguien que lo recogiera, y se lo devolviera antes de que rodara a la calzada en medio de los coches. Numerosos viandantes transitan por la acera en dirección al centro de la ciudad.

El Buick está aparcado junto a la acera, un tanto a la izquierda del banco.

Pérez y Marietti están sentados uno junto a otro en el banco, hombro con hombro, con las cabezas juntas, inclinadas sobre el diario de la tarde, que el primero sujeta con las dos manos, abierto de par en par. Sin duda acababan de comprarlo y estaban recorriendo rápidamente los grandes

titulares, porque Marietti levanta ya la cabeza, se separa un poco, y recobra su posición recta sobre el respaldo del banco, mientras Pérez dobla en cuatro el periódico, se echa hacia atrás, y emprende una lectura metódica.

Pérez le saca en altura a su compadre la cabeza larga, pero desde aquí no lo parece en absoluto. Es como si las cabezas estuvieran al mismo nivel, y también los hombros, estrechos y encorvados los de Pérez, anchos, macizos y musculosos los del otro. Al cráneo casi calvo de uno, se opone la abundante melena negra, exageradamente engomada, del otro; a los pómulos salientes, a la larga y arqueada nariz, a las canosas sienes, una frente estrecha, sin arrugas, una nariz chafada y unas rosadas y repletas mejillas. Pérez, larguirucho, va ceñido en una camisa de punto de algodón blanco; su pantaón caqui, remangado en los bajos, deja ver los calcetines rojos y las tiras cruzadas de las sandalias de piel. Marietti lleva, como todos estos días, una camisa a grandes cuadros negros y rojos, de manga corta, que deja al descubierto sus brazos velludos, gafas oscuras, un pantalón, un pantalón de dril gris, zapatos claros, probablemente unos viejos zapatos de ante. Lleva también de vez en cuando una americana beige, por las mañanas por ejemplo, pero debe de haberla dejado en el coche. Sus revólveres tienen que estar en uno de los bolsillos del pantalón, ya sea en el bolsillo de atrás especialmente reservado para ese uso, ya, lo que es más verosímil -por motivos de discreción-, en el del costado derecho, porque los dos son derecheros ; basta para convencerse de ello observar cómo manejan las llaves, los peines y los trapos.

Las señas personales, la indumentaria, la anchura de hombros, los andares -los de Pérez tranquilos y reposados, los de Marietti vivos, saltarines-, todo en ellos es opuesto, incluso contrario, excepto la común y persistente apatía durante las horas de acecho (pero es una conducta postiza), excepto el revólver, desde luego, pero es invisible, nadie puede adivinar su presencia.

No ocurría así en la fotografía. Los puntos de divergencia quedaban atenuados: la frente de Marietti desaparecía casi por entero bajo la visera de la gorra, y la de Pérez también; de la forma de la cabeza y el pelo no se podía ver nada. Quedaba la nariz (pero de frente estas diferencias se suavizan), las mejillas (¿tal vez Marietti estaba más delgado en aquella época? Sea como sea, el caso es que el contraste no llamaba la atención), la boca... Nariz, boca, miradas (ni idea, ningún recuerdo de las miradas) eran como tantos otros elementos sin importancia en sí mismos, indiferenciados, tratados (por los mismos interesados, por sus subordinados, sus superiores, por el objetivo) como caracteres esencialmente plásticos, simples soportes del uniforme, materia prima de carne y hueso toda ella modelada y conformada para la función. La idéntica indumentaria -la visera de charol, la gorra de paño azul marino, la placa con las armas del cuerpo, el cuello duro, las hombreras, los galones- naturalizaba los contrastes y anulaba las escasas individualidades faciales aún perceptibles.

Así reunidos uno junto a otro en la foto, hombro con hombro, en primera página del diario de la tarde (probablemente se trataba de dos fotografías antiguas pegadas), los dos colegas enarbolaban, justo debajo del infamante titular («Dos policías cobraban el barato a los comerciantes musulmanes del barrio de Sáadia»), una cordial y franca sonrisa, que parecía testimoniar una satisfacción y orgullo grandes, tanto ante la idea de la divulgación de sus hazañas como ante la de su reciente detención. Porque se les había detenido, ipso facto, sin ninguna lástima: al pie de la foto, un breve preámbulo al artículo, impreso a dos columnas, lo aseguraba sin rodeos. En cuanto al artículo en sí, era más evasivo, más discreto-, de todo lo más que se enteraba el curioso lector era de que la doble detención ponía término a varios meses de reprensibles actuaciones. Por otra parte, los periódicos no volvieron a hablar del asunto, ni al día siguiente ni al otro. Una semana después, apareció un suelto en la cuarta página del mismo diario de la tarde, anunciando que la instrucción de ese «penoso caso» seguía su curso, pero ya nadie se interesaba por él. Quedaba un titular en gruesos caracteres, al final de una página siempre abundante en noticias sensacionalistas, un montaje fotográfico que unía dos caras casi intercambiables, dos nombres fáciles de recordar -dos nombres, y dos caras, fáciles de confundir, fáciles de invertir...

Los nombres, el titular, el exacto emplazamiento del artículo (abajo, a la derecha, a dos columnas) y los escasos detalles que daba, todo ello acudió de golpe a la memoria, anteayer, poco después de que los dos hombres hicieran su primera aparición al volante del viejo coche, hacia la una, por los sinuosos caminos de Ain Zurka -y más tarde, sólo un poco más tarde, la fecha a la que remontaban los acontecimientos: a finales de noviembre, o a primeros de diciembre, del año pasado.

En cuanto a qué identidad atribuir a cada uno de los dos, la memoria se mostró algo más débil. Por otra parte, ese punto es totalmente secundario: que la cara de la izquierda sea la de Pérez, y la otra la de Marietti, o al revés, no cambia en absoluto los datos del problema. En realidad, parece que la larga nariz puntiaguda pertenecía al primero. Ése sería, pues, Pérez, ese individuo alto y delgado, seco, de flacos y

Librodot

blancuzcos brazos, de manos anchas y nudosas -y Marietti el más bajo, macizo y rechoncho, colorado, de fuerte musculatura y gestos desordenados.

Los dos sonreían modosamente en primera página del periódico, tranquilos, seguros de sí mismos, seguros, por adelantado, de no correr ningún riesgo. Y en verdad que no parece que les haya ocurrido nada grave. Probablemente no se les formó expediente, sino que más bien debió de escarmentárseles con una medida disciplinaria de corta duración, y luego pasarlos a otro servicio y trasladarlos a un distrito alejado. O bien se les destituyó, sin más proceso, y según esta hipótesis sería a título civil -y privadocomo prosiguen desde entonces su actividad.

Un apartado chalet en un camino desierto, contiguo a un cobertizo de paredes sin abertura alguna, con la costa a pequeñísima distancia, y las rocas detrás de la cerca de tamariscos, la resaca, los remolinos, el ruido de las olas, el estruendo de las olas y el viento, la tapadera de una ocupación artesana corriente, de una razón social supuesta, o caída hace tiempo en desuso...

Un camino de tierra por el promontorio del faro abandonado, apartado de la carretera litoral, lejos de todo tránsito, un callejón plagado de rodadas y de charcos...

Creí conveniente acudir en seguida. La información del anciano debía de ser exacta, con toda seguridad, tratándose de su hijo. Si se le habían llevado la víspera al atardecer, había aún muchas probabilidades de encontrarle allí, a condición de darse prisa. Por otra parte, el asunto, por las implicaciones de carácter más general que dejaba entrever, desbordaba ampliamente de este caso particular; considerando la situación desde este punto de vista, quizás sería contraproducente actuar con demasiada precipitación... En definitiva, todos estos argumentos quedaban reducidos a la nada, desplazados por este otro: la curiosidad.

El viejo Lamrani se marchó. Atravesó el patio lentamente, apoyado en su bastón, arrastrando por el suelo sus verdes babuchas bajo la chilaba. Se detuvo cerca del porche, hurgó en su bolsa, y se puso sus gafas oscuras. Luego dobló a la derecha y se alejó: se podían seguir los saltos de su blanca barba, que resaltaba sobre el rojo oscuro de las fachadas, al otro lado de la calle.

Eran las nueve, nueve y diez, de la mañana del sábado. El Fiat había quedado en el patio, no muy lejos de los peldaños de la escalinata. Saíd se sentó en el asiento de delante, cruzando sus largas piernas, como de costumbre, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas, las manos colgando en el vacío, y el gorro caqui aplastándose contra el techo a cada salto por los adoquines de las callejuelas. La carretera litoral estaba bloqueada por los camiones, los carros y los vehículos de mano. Valía más pasar por los bulevares de circunvalación.

Había un cuarto de hora escaso. El viejo estaba seguro del lugar. Su otro hijo había estado al acecho todo el día, escondido cerca de las casas blancas, detrás de un talud.

Hacía calor y bochorno. Las sombras de las palmeras dibujaban en el asfalto del bulevar de Suez grandes triángulos irregulares. Un viento suave soplaba por el paseo

Librodot

marítimo. Salpicaduras desprendidas de las crestas de las olas venían a estrellarse contra los cristales.

-¿Sabes el camino de tierra que bordea el derb Haiti, el que va hasta el faro viejo? ¿Lo conoces?

El viejo hablaba un árabe fragmentado, con repeticiones, balbuciente...

Después de la torre mora, a la izquierda de la carretera, se levantan filas enteras de cabañas de adobe, de barracas de tablas, de tela alquitranada, de chapa de hierro, de uralita; matorrales de azufaifos crecen entre los alambres de espino, en el rellano del talud. El talud disminuye un poco más allá, los adoquines del bordillo de la acera desaparecen a lo largo de dos o tres metros, señalando la confluencia del camino de tierra.

-Le ha visto. Estaba escondido cerca de las casas blancas, antes de la curva. Ha estado esperando todo el día...

El camino rodea las chabolas, y pasa tras una pequeña rada, muy cerca de las rocas. Después viene la vuelta a la derecha, delante del barco encallado, el tramo recto bordeado por los raíles de la vía estrecha, luego las casas blancas, la curva a la izquierda, otro tramo en línea recta, entre dos lindes de piedras secas, con el faro derruido al fondo y, a la derecha, la cerca de tamariscos, el cobertizo, y el chalet.

El camino estaba lleno de baches. La cabeza de Saíd iba dando contra el techo. Un perro corría a lo largo del seto de espinos, delante del coche, ladrando continuamente. Se veían unas mujeres y unos niños que iban y venían por entre las chozas, acarreaban cubos, botijas de barro, calderos, y haces de leña. Un chaval sentado en un montón de arena se rascaba la cabeza con las uñas, otro encaramado a horcajadas sobre un tonel se frotaba los ojos cubiertos de moscas. Había montones de basura por en medio de los camínillos, perros tumbados de lado, hombres acurrucados a la sombra; algunos volvían la cabeza al ruido del motor. Un individuo alto en gandura negra estaba clavando una tabla a martillazos. Por doquier los pedacitos de espejo reflejaban la luz, lanzaban breves destellos que repercutían de camino en camino, de una chapa a otra, en todas direcciones, indefinidamente. Por los espacios entre las filas de barracas, se divisaba, en la otra punta del derb, la espuma blanquecina que recubría, en la hondonada de la costa, la movediza superficie del agua.

El viejo Lamrani está sentado ante la ventana, con las manos apoyadas en su bastón, y el bastón plantado verticalmente entre las rodillas, oculta su barba blanca por las mangas de la chilaba. Su voz ronca, agotada, con un hilillo muy claro a veces al final de las frases, va componiendo un recitativo monótono, entrecortado, puntuado de interrogantes...

-Vino la policía. Han cogido a mucha gente, esta semana, ya sabes. Por la noche... Vino la policía a mi casa. El jueves por la tarde. Por la noche...

Después viene la quilla azul del barco de pesca abandonado, varado sobre el flanco, cubierta de regueros marrones... Saíd conoce bien el camino, tiene parientes que viven en las chabolas. Se pasa entre las dos casas derruidas, se vuelve a la izquierda, y llega el último tramo de carretera, con lindes, a ambos lados, de piedras secas y setos de azufaifos. Saíd no decía una palabra, aunque ignoraba adónde iba. Quizá lo sabía...

-Vinieron por él. Mi hijo Brahim...

Después, lo llevaron a la comisaría. El viernes por la mañana seguía allí. El viejo está seguro de ello. Conoce a alguien de la comisaría, un guardia árabe, que se lo ha asegurado. Después...

El cochecillo iba dando botes por el camino. Sus ejes chirriaban. Avanzaba en diagonal, muy inclinado, con las ruedas de la derecha ya sobre la línea de hierbas de la cuneta.

Unas inscripciones chafarrinadas a gruesos trazos de pintura negra cubrían los paños de pared de las casas más próximas; un slogan patriótico, las iniciales de un movimiento disuelto, una exclamación de venganza medio borrada... Saíd no ha dicho ni pío en todo el trayecto. Miraba recto enfrente. Tal vez lo sabía también él.

Y luego vino la curva. El coche volvió a la izquierda, con una rueda junto a la cuneta y la otra en la albardilla del centro de la carretera. El seto de tamariscos estaba a la vista, y tras él el tejado plano del chalet.

-Estuvo espiando todo el día. Ayer.

-¿Pero cómo?

-Estaba escondido. Cerca de las casas...

-¿Pero cómo lo sabía?...

El viejo está inmóvil, inclinado hacia adelante, apoyado con las dos manos en el bastón. Se ha quitado las gafas oscuras. Mantiene inmóviles y bajos sus ojos grises...

-Se sabe, entre nosotros. Es desde hace un mes, poco más o menos. Entre nosotros...

Gruesas nubes, muy bajas, venían de mar adentro, pero en el promontorio daba aún el sol. La sombra de los tamariscos dibujaba en la arena una franja irregular, que en ese punto sustituye a los terrones gredosos y a los angulosos guijarros del camino.

Detrás se divisaban las murallas, algunas terrazas blancas que sobresalían en la ciudad vieja, y más arriba, en el cielo, un reguero pálido, dorado hacia el sur, un polvo color de rosa en suspensión en el aire.

El cielo, de un azul muy pálido, casi incoloro, está completamente despejado. Se han dispersado las nubes, han huido hacia el norte, arrastradas por el viento del mar. Un anillo de bruma, a gran distancia de las costas, oculta la línea del horizonte, una bruma gris, color plata mate, en la parte baja, más clara al acercarse al cielo, cairelada de reflejos amarillos en el lugar por donde el sol ha desaparecido.

Las dos zonas en sombra de la habitación, a una y otra parte del marco de cristales, han aumentado de superficie. Por la estera corren dos líneas onduladas, siguiendo los pliegues que han hecho en ella las idas y venidas de los pasos; unas líneas quebradas zigzaguean por la mesa, la carpeta, la hoja virgen del bloc de notas, por el sillón, cuya propia sombra llega ahora hasta los pies de la cama, por la cama, partida en diagonal.

Ha refrescado el aire.

A lo lejos, en el mar, las velas azules, ocres, negras, de la flotilla de pesca, se tienden casi horizontalmente sobre las olas.

Librodot

Los cargueros están mucho más lejos, hacia el noroeste. No se ven más que dos -a menos que se confundan en uno solo los dos primeros, a tal distancia.

El petrolero se ha parado ante la entrada del puerto. Apenas se mueve.

El paquebote ha desaparecido.

Marietti acaba de levantarse. Da la vuelta al banco, recorre dos o tres metros a lo largo de la acera, se agacha, recoge algo en el canalillo -el balón, que los niños han

acabado por mandar al otro lado de la tapia. Avanza hasta el pie de la tapia, lanza el balón con el brazo derecho, como lanzaría el peso, con el brazo por encima del hombro, se seca los dedos con el pañuelo, y vuelve a sentarse en el banco. En el césped, los niños reanudan su juego interrumpido por un momento.

Pérez baja la cabeza, muy de prisa. Estaba mirando al aire. Ha debido de darse cuenta de que la ventana estaba abierta. Se inclina hacia su colega y le dice unas palabras al oído. Marietti, que ha vuelto a coger su periódico, levanta los hombros, se arrellana cómodamente, y se absorbe en la lectura.

Los jugadores de bolos discuten con ardor, sus brazos describen curvos e inacabados ademanes que se pierden entre las hojas en segundo plano, sobre el fondo oscuro de los árboles del parque. La luz ya no es muy fuerte.

El reloj de encima de los vestuarios marca las siete y veinte.

En el interior del bar, ya han encendido las lámparas. Al fondo, las dos siluetas, aplastadas por la perspectiva de arriba abajo, están inmóviles, una junto a otra en el banco.

En idéntica postura, uno al lado del otro en el coche, es como aparecieron la primera vez, el sábado a primera hora de la tarde, apenas cuatro horas después de la escena del chalet.

Yo salía del restaurante de la playa, en el paseo de Ain Zurka. El coche estaba resguardado en el parking que domina la zona arenosa, a la sombra de las palmeras. Por el momento, nada especial retenía la atención. Sin embargo, el Buick debía de estar allí, en las proximidades, ya en el mismo recinto, ya en el paseo, y sus ocupantes apostados en un banco de piedra de cara al mar, o acodados en el pretil, atentos a las idas y venidas, listos para arrancar a su vez lo más rápidamente posible, tal como ya habían hecho sin duda alguna a la salida del Servicio, una hora antes, sin lo cual nunca se les hubiera ocurrido llegarse hasta allí, tan lejos del centro, a buscar a su presa. Tal vez, a la ida, se habían mantenido a una distancia demasiado grande para hacerse notar inmediatamente, aunque ése hubiera de ser su principal objetivo. Pero no siempre es fácil atraer las miradas, ni siquiera desplegando las más ostensibles maniobras. Es posible, después de todo, que en un momento dado, en un punto cualquiera de los diez kilómetros de autopista que separan la ciudad vieja del paseo de Ain Zurka, la imagen de su coche haya pasado durante una fracción de segundo por el espejo retrovisor. Pero ¿a partir de qué momento se impuso luego, mientras los dos vehículos circulaban uno detrás del otro por las veredas del bulevar que conducen a la ciudad? ... A partir

Librodot

de la primera rampa tal vez, o un poco después... De todos modos, definitivamente a mitad de la cuesta.

El autobús que obstruía la entrada de la curva obligaba a una brusca aminoración de la marcha. Entonces, en el espejo ovalado, ocupando en seguida toda la superficie del espejo, se reflejó la parte delantera de un gran coche negro que había continuado con el impulso adquirido, y al mismo tiempo los reflejos de su capó, su persiana, los guardabarros, los faros, la ausencia de reflejo en el lugar del parabrisas, y detrás, y en el oscuro agujero, dos siluetas, poco claras al principio, luego violentamente iluminadas por los rayos del sol a la salida de la curva -dos cabezas una junto a otra, dos caras de rasgos diferentes, pero con cierto aire de familia, como en la foto.

Resuena una denotación; otra, luego otra, más débiles -dos ecos, o los dos últimos tercios de un estallido al que un viento violento, soplando a ráfagas, hubiera escindido de modo imperfecto.

Pero debían de ser tres explosiones -o una sola y sus repercusiones en la cabeza, o un estruendo sin importancia, ampliado desmesuradamente... El oído parece reproducir indefinidamente los tres ruidos escalonados, de decreciente intensidad.

Abajo, les jugadores se han quedado inmóviles, con los ojos fijos en el cielo; se preguntan unos a otros, y apuntan con el brazo en direcciones divergentes, opuestas.

Un individuo que pasa por la acera de enfrente se detiene, reemprende la marcha, con la frente levantada, como si esperara el derrumbamiento de un lienzo de pared, o ver desplegarse una nube de humo.

Automóviles, bicicletas, carros, autobuses, siguen circulando por la avenida, en ambas direcciones, como si nada. Pérez y Marietti cambian impresiones. El segundo habla sin levantar la nariz del periódico. Luego se calla. Pérez mira a derecha e izquierda, y enciende un cigarrillo.

El ruido venía del norte, más que de la ciudad vieja ningún rastro de humo por encima de las terrazas. En caso contrario, no tardará en sonar el teléfono.

Era más bien una bomba del lado del muelle de minerales, o aún más lejos, en los barrios industriales. Tres bombas, para ser exactos. Unas explosiones en el depósito de municiones. Tres bombas en el arsenal.

Nada de humo. En ninguna parte. Ningún indicio de incendio. En ninguna parte en toda la extensión visible, del puerto a las ondulaciones de la zona sur. De la escollera del puerto hasta los bombardeos azulados de las colinas, hacia Ain Zurka.

El bulevar no sigue un itinerario rígido. Se desdobla a mitad de la pendiente, y los dos ramales presentan a su vez variantes, que se escalonan bordeando las colinas, las rodean más o menos de prisa a diferentes niveles, vuelven a encontrarse en algunos puntos, se bifurcan otra vez, se reúnen todos en la vertiente opuesta, a mitad de la pendiente, alrededor de una glorieta sembrada de flores, desde donde el bulevar

Librodot

reconstituido se lanza en línea recta, de un ancho de cuatro direcciones, hacia el centro de la ciudad.

Quise salir de dudas -no distanciarlos, sino sólo saber si seguían.

La primera carretera a la derecha comenzaba descendiendo en zigzag por el flanco de la loma entre filas de chalets, curvas muy abiertas y mediocremente peraltadas, setos de evónimos, de mimosas, grandes y tupidos árboles, casas suntuosas hundidas entre el follaje, y las imágenes se iban sucediendo, rápidas, bien en orden, unas a todo lo ancho del parabrisas -la calzada de asfalto devanándose a toda velocidad, aceras de grava, cercas, postes indicadores que surgían al encuentro del capó-, otras más arriba, en el espejito de encima del parabrisas, como en una pantalla reducida -los mismos objetos, líneas verticales, horizontales, oblicuas, los mismos obstáculos alejándose a toda velocidad en dirección contraria, disminuyendo, aplanándose, aplastándose, resbalando, y desapareciendo a la izquierda, a la derecha, fuera de los límites del restringido campo-, las dos desiguales fajas de asfalto recortándose en el plano del parabrisas, serpenteando también, dando vueltas, luego una rampa recta volviendo hacia la cumbre, salvando en unas cuantas decenas de metros el desnivel perdido, cincuenta metros, cien metros, doscientos metros, la misma faja grisácea, reducida, en el espejo ovalado, en el que la última curva, al fondo de todo, se hace minúscula, pero sigue siendo perfectamente visible, ya que ninguna otra imagen se ha interpuesto, no hay nada en la carretera, nada detrás ; delante, la carretera ahora se curva en varios meandros muy cerrados, luego viene un rellano, unas hermosas residencias con techumbres de tejas verdes, setos de arbustos, lianas, y por los intersticios entre las ramas de hiedra y de parra virgen, furtivas apariciones de los parterres, el césped, surtidores en el centro de los estanques, rectángulos de agua clara espejeando al sol, vanos con rejas de hierro forjado, geranios al borde de la verandas, perspectivas de jardines, palmeras, pinos reales, araucarias, rosales alrededor de la piscina, tenis, el mar envuelto en bruma al fondo, automóviles multicolores en los senderos, bajo los emparrados, o aparcados a lo largo de la carretera en las aceras, y de pronto el bulevar, perpendicular a la carretera, uno de los tramos principales del bulevar, con las dos cintas blancas sobre el asfalto; sigue sin haber nada detrás, el bulevar sube en suave pendiente, se acerca a las cimas, otra vuelta, una curva muy abierta, dos vehículos delante, que van a la misma velocidad, a la salida de la curva una línea recta -y en el retrovisor la imagen del coche americano, todavía en medio de la curva, un viejo Buick de por lo menos cinco años, con placas de herrumbre en el capó, el parabrisas arrancado, un guardabarros abollado, y el pasajero que va a la derecha del conductor casi dando cabezadas en el asiento, con las manos en la nuca, y enderezándose luego, calándose las gafas de sol, y acodándose en la portezuela.

El bulevar descendía...

Sigue sin haber ningún signo anormal por encima de la ciudad vieja. Habría podido declararse un incendio con algún retraso, y no haber aparecido la humareda hasta ahora... Pero no... Nada.

Y el teléfono sigue callado.

Librodot

Ahora el bulevar descendía, se bifurcaba, iba bajando lentamente. A la derecha, la llanura, los rocosos campos, las piedras, llanura rosada, brumosa, como sin relieve alguno.

Aceleré, adelanté a los dos coches de delante, y doblé rapidísimamente a la izquierda por un camino desierto.

El camino de grava seguía, cuesta arriba, viraba entre los árboles, palmeras, cipreses, viró una vez, dos veces, y fue a topar con una arcada, una pomposa verja flanqueada por faroles venecianos de metal.

Hubo que dar media vuelta, retroceder, y volver al bulevar. En el empalme del sendero, un cartel indicaba «Camino particular.»

Se habían parado junto a la acera, cien metros antes de llegar al cruce con el sendero, y allí estaban esperando tranquilamente. El morenito de la derecha se paseaba arriba y abajo a la sombra de los eucaliptos, con las manos a la espalda y los ojos levantados hacia las copas de los árboles.

Un poco más abajo estaba ya la glorieta, y a partir de allí, el gran bulevar, la velocidad limitada, los discos rojos... Evidentemente, se habían puesto otra vez en marcha y seguían, aunque a bastante distancia.

No se aproximaron hasta llegar a los barrios del centro. ¿Pensarían ir hasta el Servicio?

Un buen medio de desembarazarse de ellos consistía en penetrar en la ciudad vieja por una estrecha callejuela por la que no les sería posible meterse a su vez. Bab el Quedim era el sitio ideal para semejante maniobra: el coche de ellos podría franquear la entrada, pero no tenía ninguna probabilidad de poder tomar las vueltas de la calle que la sigue.

Ni siquiera intentaron pasar. Aminoraron la marcha delante de Bab el Quedim, y luego, sin pararse, continuaron su camino al pie de las murallas: la imagen del Buick desfiló transversalmente por el espejo, en el preciso momento en que el parachoques del Fiat topaba con un mojón y empezaba a tambalearse, chirriando como una carraca, dando tumbos a todo lo largo de la calle Sidi-Fettach, crujiendo sin cesar, como un viejo montón de chatarra, hasta el patio del Servicio.

El comandante estaba ya trabajando, con la cara congestionada, la frente sudorosa, y los ademanes breves, aún más agitados que de costumbre.

Las persianas estaban cerradas, como siempre, echadas desde por la mañana por temor al calor, pero la luz que se filtra por entre los listones de madera basta con mucho para iluminar la habitación -la gran mesa abarrotada de carpetas, la lámpara, los teléfonos, los tres sillones de las visitas, las sillas junto a la pared, el armario metálico, y el plano de la ciudad vieja clavado en el tabique de detrás de la mesa-, no obstante, la lámpara eléctrica permanece constantemente encendida, como para recordar que el lugar no es un sitio de reposo.

El comandante estaba aún en su despacho, no había ido a comer a su casa, no había tenido tiempo: había venido el comisario Lacoste a verle poco antes de la una, muy agitado también, muy preocupado, asegurando que no estaba al corriente, que no sabía nada absolutamente, que él jamás habría autorizado a sus subordinados para

utilizar un local privado, fueran cuales fueren los motivos invocados, y eso que no le faltaban, cada vez estaban más estrechos en comisaría, mientras que allá abajo, verdad, aquel chalet apartado, el silencio, la paz, el buen rendimiento del Servicio... Pero, en fin, de eso a aceptar ayuda de una organización civil, desde luego que no, para eso estaban las consignas, la disciplina, límites infranqueables. Ni hablar, era inadmisible.

-Le he dicho que me parecía inadmisible. No que desconozca sus dificultades, y hasta, en el fondo, no seré yo quien les lance la primera piedra. Hay que ver en qué condiciones trabajan. Esos locales raquíticos... En cuanto a los métodos, es asunto de ellos. Cada cual a lo suyo. Y si es la única forma... Pero esa connivencia con una agrupación clandestina es de todo punto reprobable. Entre nosotros, no me chupo el dedo, no cabe duda de que él está en el golpe. O es idea suya, o ha cerrado los ojos. La prueba está en lo que usted dijo al llegar, que a nadie le ha extrañado. Ya se lo he dicho a él, desde luego.

El comisario se encogió de hombros. ¿Qué probaba eso? Que los demás, sorprendidos, se habían dejado impresionar, eso es todo. Añadía que no le había gustado lo más mínimo aquella intervención, aquella manera descarada de introducirse...

-Debo decir que yo mismo... Compréndalo, no ganaremos nada, en las actuales circunstancias, indisponiéndonos...

Ya por la mañana, de vuelta de la ciudad, bajo la lámpara eternamente encendida, las mismas pequeñas sacudidas agitaban los dedos, la mano corría de un papel a otro, se apoderaba del pañuelo, de las gafas, y los mismos tics alteraban la enorme cara carmesí.

-Es muy violento, hágase cargo... Habría habido que encontrar otro medio, actuar con más suavidad. Mientras que ahora...

Ahora, explica, las cosas resultarán mucho más difíciles de arreglar: tantos detallitos, tantas susceptibilidades que sortear... Sobre todo, tener cuidado de que no trascienda nada.

-Si por lo menos usted me hubiera puesto al corriente, en vez de ir inmediatamente, y solo... Hubiéramos ido juntos, él y yo.

Ahora, para que nada trascienda... Lamrani lo sabía todo, mucho antes. Toda su familia lo sabía, toda su gente, toda la ciudad árabe.

El «teléfono árabe» cuidaría de que todo se supiera, en el silencio. Saíd, en caso de necesidad, se encargaría de ello, si es que no lo había hecho ya. En el silencio, por la noche.

Saíd tenía ya la mano en el picaporte de la portezuela, inclinado hacia un lado, listo para bajar.

La puerta del chalet estaba abierta. Aparecieron dos hombres en el umbral, en lo alto de las gradas, antes incluso de que el Fíat, aminorando la marcha, pasara por delante del seto.

Detuve el coche justo a la altura de la verja, frente a los peldaños. Saíd fue el primero que puso pie a tierra, abrió la verja y se hizo a un lado a la entrada del terreno.

El terreno cercado está rodeado todo él de una valla de madera forrada de un seto de arbustos. Una capa de grava desigualmente repartida lo recubre, surcada por las huellas de neumáticos que han ido dejando en él los vehículos. A la izquierda, un poco retirado del chalet, se encuentra el cobertizo, hecho de perpiaños y uralita, que debe de servir también de garaje, pero la puerta corredera estaba cerrada. Un automóvil, un Citroen negro, estaba parado ante el cobertizo. Encima de la puerta, un letrero de madera dice, en letras grises medio borradas

A. FERRERO
Fontanería - Lampistería
Instalaciones sanitarias

Tres gradas dan acceso al chalet, cubiertas por una marquesina de cristales, de la que cuelgan una lámpara eléctrica y su pantalla cónica de metal esmaltado. Hay dos ventanas en la planta baja, otras dos en el piso, y un tragaluz ovalado encima de la marquesina.

Todas las persianas están echadas, excepto la de la ventana de la derecha de las gradas. El tragaluz no tiene postigo: su cristal está dividido en cuatro partes iguales por una cruz. Los ladrillos, a la vista en toda la fachada, dan al conjunto un aspecto como si estuviera por terminar. El tejado en forma de terraza hace pendiente hacia la parte trasera de la casa...

El anciano va describiendo la casa, medio cerrados los ojos, va recitando, con su voz ronca y desmayada, como si estuviera acostumbrado a frecuentar esos lugares. De las entrecortadas sílabas, sólo se oyen en ciertos momentos las aspiraciones y los arrastres guturales de las consonantes. Unas palabras, sin embargo, emergen de esa maraña de sonidos, cuyo sentido se adivina con un leve retraso.

-Ya verás. Hay un garaje a la izquierda, o un taller... Hay un letrero en la pared del garaje. El nombre es Ferreira, Ferrari, algo así... Pero allí no se trabaja desde hace mucho tiempo...

No dijo nada del patio que hay detrás de las construcciones, de la puerta trasera del chalet, de la otra puerta de atrás del cobertizo, de la segunda verja a mitad de la cerca de arbustos, simétrica con la que está delante de las gradas.

La verja se abre sobre una extensión arenosa cubierta de retamas, de matorrales de azufaifos y de ricinos, y a unos cincuenta metros, las rocas, las algas, y una espuma amarillenta que ondula en los charcos.

El paraje está, pues, perfectamente desierto, el chalet muy cerca de la costa, bien a cubierto de los curiosos. -Ya sé cuál es el lugar -dice el comandante-. Fui hasta el faro un día, el año pasado. Ya sé qué camino es... Yo creía que esos edificios estaban abandonados.

Librodot

Si no fuera por los vehículos estacionados en el terreno cercado, podrían pasar por abandonados: postigos cerrados, imperfecto revoque, hierros oxidados, chapas mal ensambladas, setos mal cortados, ramas que crecen en todas direcciones...

El letrero de la pared del cobertizo tambaleándose, una tabla en otro tiempo pintada de blanco, pintura desconchada, corrompida, huellas de herrumbre y de grasa, letras medio borradas: fontanería, lampistería...

El pretexto de una actividad artesana corriente, la tapadera de una razón social fingida, o caída hace mucho tiempo en desuso...

Con el brazo izquierdo, Saíd mantenía la verja abierta, dejando el paso libre. Había que recorrer unos diez metros de la verja a las gradas, unos quince pasos, antes de llegar a ellos.

Allí estaba yo, caminando por la grava, y Saíd tras de mí, muy cerca, casi a mi lado. Los dos hombres, al fondo, seguían sin moverse. Sin duda el coche no les decía nada, y su conductor tampoco (a menos que uno de ellos los hubiera reconocido en el acto por haber ido un día al Servicio y haberlos visto en el patio, pero no era probable) ; debía de intrigarles más bien el uniforme de Saíd, impedirles de momento una reacción inmediata o una brusca intepelación.

En realidad, estaban a la expectativa, sin pronunciar una palabra, y como se mantenían a la sombra, no se distinguían en nada uno de otro. Sólo se oía el crujir de los guijarros sobre la tierra del cercado, y tal vez también, a lo lejos, amortiguado por el obstáculo de las construcciones, el ruido de la resaca contra las rocas.

En el silencio suspenso sobre el recorrido de aquel irrisorio espacio, las piernas se movían sobre un mismo punto sin avanzar, los pies iban y venían cadenciosamente como por una alfombra que corriera en dirección contraria, las paredes se deslizaban sin tropiezos como un bien engrasado decorado, y las dos siluetas se acercaban suavemente, irresistiblemente, inmóviles e indiferenciadas una junto a otra en lo alto de los peldaños, y de pronto se encontraron allí, muy cerca, al alcance de la mano.

-Ya verás, allí son seis o siete. Están los dos policías de la comisaría, ya debes de conocerlos, yo no sé sus nombres, y luego los demás, los paisanos, mi hijo dice que el gordo moreno tiene un café en el Palmar, y que el alto rubio está en un garaje cerca del puerto, y los demás, no lo sabe, a lo mejor antiguos policías o antiguos militares, a lo mejor sí lo sabe, después de todo, no me lo ha dicho.

El viejo Lamrani va desgranando las palabras con temblorosa voz. Ha venido muy pronto y ha estado esperando mucho tiempo delante de la puerta del despacho, de pie, apoyado en la pared, como un ciego.

Su información era buena. Todos los detalles resultaron exactos.

-Está, pues, el agente Guillaume, de la comisaría de la ciudad vieja, y también Latour. En cuanto a los demás, no hemos adelantado mucho...

El comandante recapitula, resume, y garabatea en una cuartilla.

-¿Y el coche? Ah, tiene usted la matrícula...

Librodot

Anota la matrícula del coche, consulta el listín telefónico, y descuelga su auricular.

El teléfono no ha sonado.

Ha transcurrido un cuarto de hora largo desde la explosión. De modo que no es en la ciudad vieja. Más bien en los barrios industriales, o aún más lejos, hacia el norte.

Marietti sigue ensimismado en la lectura. Pérez parece completamente dormido.

Tres secas detonaciones, que rompen bruscamente el silencio...

-Vengo a ver a Brahim Lamrani. El comisario Lacoste me ha dicho que le encontraría en su casa.

El tono es natural, la voz clara, bien desenvuelta. Ahora, es cuestión de subir los peldaños, en seguida, sin esperar. Al segundo escalón, los dos hombres retroceden maquinalmente, se apartan. Uno dice: «El comisario Lacoste», pero no en tono de pregunta, ni siquiera de duda, sino sencillamente repitiendo, para meterse bien la idea en la cabeza.

Uno dice (sin duda el otro): «Ve a llamar a Ruiz», y hace un gesto con el pulgar, señalando la puerta de la izquierda en el vestíbulo.

Somos cuatro en el vestíbulo del chalet, una especie de pasillo bastante ancho. A la derecha, por una puerta entreabierta, se vislumbraba una habitación amueblada con una mesa, un sofá y dos sillones. Unas revistas están esparcidas por la mesa, como en casa del dentista. Al fondo del pasillo, un hornillo, una bombona de gas y un fregadero.

En contra de lo que era de esperar, los dos guardianes difieren menos entre sí que de lo que parecían ser hace un instante a la sombra de la entrada; bajos, morenos, pálidos, de facciones alargadas, con camisas blancas muy gastadas, remangados, y antegrazos muy peludos.

Saíd está de pie, apoyado contra la puerta de entrada, que se ha vuelto a cerrar. La puerta de la izquierda, abierta en ese momento, da a una habitación desnuda, y muy oscura, porque las persianas están echadas; unos cajones de madera están apilados a lo largo del tabique contiguo al cobertizo.

Al hombre que ha ido a buscar a Ruiz se le ve ahora de espaldas, en el otro extremo de la habitación, dirigiéndose a una puertecita simétrica con la primera.

Ese es el momento que aprovecha Saíd para avanzar por el pasillo, con las manos a la espalda, y penetrar tranquilamente en la habitación a oscuras, tras las huellas del hombre que allá al fondo, en el marco de la puerta, habla con alguien situado a un nivel manifiestamente inferior al suyo, porque, a pesar de lo bajo que es, tiene aún que inclinar la cabeza hacia adelante, y las palabras son pronunciadas en voz tan baja que no pueden percibirse claramente desde el pasillo.

Así pues, el chalet comunica desde el interior con el cobertizo (puerta de hierro y escalerita de madera). El cobertizo en sí tendrá unos quince metros, por cuatro o cinco. El suelo es de cemento. La luz penetra por los marcos con cristales colocados a la altura de un hombre en la pared paralela al chalet. En un banco de trabajo, todo un juego de herramientas...

El informe destinado al comandante no contiene más que lo esencial, sólo comprende una sumaria descripción del paraje y de los personajes. El comandante, a su vez, poda, recorta, esquematiza y clasifica las preguntas: hora de llegada, situación del chalet, disposición del cobertizo, ocupantes.

Están allí, además de los dos guardianes anteriormente mencionados, ocho hombres -cinco de pie, y tres por el suelo sobre el cemento. En el primer grupo, dos individuos son fácilmente identificables: Latour y Guillaume, dos agentes de la comisaría de la ciudad vieja. No llevan uniforme, sino ropa de paisano, pantalones de dril y camisas de color. Los demás no pertenecen a la policía: un hombre gordo, alto y fuerte, muy moreno, con los cabellos aplastados con fijador sobre la cabeza, llamado Ruiz, y dos subordinados -indiscutiblemente son subordinados- casi tan gordos como él, uno rubio con una cicatriz en la mejilla derecha, y otro moreno y chato.

En el segundo grupo...

Repetidas veces el comandante se acalora, tropieza en una frase, la repite, cogido de improviso, como si le sacara todo su significado de pronto, se sobresalta al oír un nombre corriente, que le parece por primera vez completamente fuera de lugar. Pero el tono de sus réplicas sigue siendo cortés, moderado, a igual distancia entre la persuasión y el asombro.

Las cosas están lejos de ser tan sencillas, según él. ¿Cómplices? Se dice pronto. ¿Y a quién acaba siempre por beneficiar, pregunta, la denuncia de los excesos que se cometen?... El plumín de su estilográfica repasa minuciosamente los palos de las letras, traza una línea bajo una palabra, y unos puntos suspensivos aquí y allá. La lámpara eléctrica difunde sobre los papeles una luz mate, vaga, superflua... En definitiva, al adversario, concluye, y sólo a él. Sin contar, asegura de nuevo, con que la policía no actuará nunca contra ellos, sobre todo en el presente caso. ¿Dirigirse a las autoridades superiores? Eso significaría multiplicar las asechanzas, y ponerse a mal con todo el mundo. «Pero no crea que, en cierto modo, no comparto su punto de vista. La colusión con esa banda, tengo que reconocer...» La pluma garabatea ahora círculos inconclusos, imperfectos, un triángulo, una figura que podría ser una estrella. «...absolutamente inadmisible. Pero de eso a provocar un escándalo, a marcharse dando portazos... »

La luz, que penetra por dos marcos con cristales, ilumina convenientemente el lugar. El suelo es de cemento. Hay un juego de herramientas en un banco de trabajo, unas cajas de hierro cerca de la puerta que da al patio trasero, unos toneles en un rincón, una manguera de goma empalmada a un grifo instalado junto a los peldaños, y en el centro del cobertizo una artesa de madera llena en sus tres cuartas partes. El cemento está lleno de charcos, y un reguero se desliza suavemente desde la artesa hacia la puerta que da al cercado.

Librodot

La banda procede de muy diversos medios: el arrendatario de un bar, antiguos boxeadores, los guardianes (de edad indeterminada, modestos empleados o policías de servicios auxiliares recientemente licenciados), dos policías en funciones... Un solo vínculo los une: la misma voluntad de humillar, de demostrarse su fuerza cueste lo que cueste, no porque no sepan que su orden está sentenciado y que su ruina es inminente, sino porque quieren retrasar lo más posible la fecha de vencimiento, ganar unos cuantos meses, unos cuantos años, y de aquí a allá -antes de marcharseconservar impunemente su situación privilegiada.

Una banda heterogénea: «Los hijos de A. Ferrero», y sus coches, sus cómplices... Sus cómplices del Servicio, sus subalternos, encargados de las pequeñas tareas cotidianas, atentos, afanados, parcialmente tranquilos en este momento: seguros de que el comandante no hará nada, se esfuerzan por allanar el último obstáculo; según ellos, es sólo cuestión de paciencia y de tenacidad.

La hora de la marcha se acerca, si es la normal. Ya no deberían de tardar en irse. El coche está aparcado allá, muy cerca, junto a la acera. Marietti termina la lectura, o hace el crucigrama. Pérez va dando chupadas a su cigarrillo, con aire ausente. Los jugadores de bolos prosiguen sus partidas a la luz de las lámparas que cuelgan de las ramas.

Los coches pasan, cada vez más escasos, por la avenida. Caen unas hojas a los baldosines, como en otoño.

El segundo grupo consta de tres árabes.

El primero está acurrucado en el rincón, a la izquierda de los escalones, cerca de la puerta corredera que da al cercado. Su camisa de punto está cubierta de manchas oscuras. Unos mechones le caen sobre la frente, grasos, pegados a la piel. Su brazo derecho cuelga, inerte, a lo largo del cuerpo. Con la mano izquierda, intenta llevarse a los labios un cigarrillo medio consumido, pero sus dedos tiemblan y sus labios se entreabren apenas. Tiene los párpados caídos, y leves sobresaltos, irreprimibles y regulares, sacuden su pecho y su garganta.

Saíd atraviesa la habitación a oscuras, avanza lentamente, resueltamente, hacia la puerta abierta al cobertizo. El guardián retrocede, y se aparta. El otro guardián, en el pasillo, no se mueve, no dice nada...

El segundo árabe está arrodillado ante la artesa. Su cabeza descansa sobre el borde de las tablas. Una cuerda le sujeta las muñecas atadas a la espalda. El agua que le chorrea de los cabellos cae sobre su camisa, sobre su pantalón, sobre el cemento del cobertizo, donde forma ya un charquito delante de sus rodillas. Tiene la boca abierta, y su respiración es breve, jadeante, a sacudidas. Los ojos miran en dirección a la puerta, en el marco de la cual se mantienen inmóviles los dos hombres.

Saíd se ha detenido en lo alto de los escalones, se ha echado a un lado, y ha dejado el paso libre.

El gordo que se llama Ruiz está abajo de los escalones, con las manos en las caderas. Hace un gesto con la cabeza señalando el conjunto del cobertizo, el conjunto de los personajes, y arqueando las cejas, con una amplia sonrisa, cordial, desenvuelta: «Ya ven, dice, nos ayudamos unos a otros», o: «Hay que ayudarse mutuamente» (para

Librodot

ser más exactos: «Hay que echarse una mano»). Los dos guardaespaldas, o subalternos, se mantienen detrás de él -incluso aquí. El agente Latour, reconocido en seguida, está sentado en un taburete cerca de la artesa, con la camisa remangada. Guillaume está de pie en el otro extremo del cobertizo, con la americana por los hombros; se está alisando el pelo, a todas vistas listo para salir.

El tercer árabe está tumbado en el suelo, bajo el banco, con el rostro oculto, vuelto hacia la pared, y los brazos doblados sobre el pecho.

Se van encendiendo las luces, un poco por doquier, se han encendido ya, pálidos resplandores dirigidos hacia el océano, deslucidos por el gran resplandor plateado, descolorido, del horizonte, centelleantes luces por el puerto y los barrios del sur, sobre el fondo más negro del cielo.

Faroles a lo lejos, a lo largo de las rectilíneas carreteras, en los bulevares, y los senderos del parque. Paseantes, grupos que deambulan, apacibles, a la hora de cenar. Un día tranquilo, apenas alterado...

Saíd dijo: «El hijo de Lamrani está allí, a la izquierda, en el rincón.»

-¿Y aquel de allá?

Guillaume señaló, con el pulgar, sin volverse, hacia el lado del banco de trabajo: «¿Aquél?» Y se echó a reír. El individuo alto de la nariz chata se secó la frente con el dorso de la mano, y dijo con una voz casi cantarina:

«Se ha caído al agua.»

Ruiz continúa ahí plantado, en jarras, macizo, inmóvil, con la sonrisa en los labios, volviendo y revolviendo la lengua en el interior de la boca, mirando con toda tranquilidad de frente, fijamente, en dirección a la puerta.

La luz fuerte, intensa, cegadora, penetra a chorros en la habitación. El resplandor es insostenible: los párpados se cierran, la sangre afluye a la cabeza, y hace latir las sienes con precipitados golpes. Una luz fuerte, cegadora, un inmenso manto centelleante se deshace en mil reflejos por la habitación, tropieza con los tabiques desnudos.

Entra Saíd, vuelve a cerrar la puerta tras de sí, se queda clavado contra ella, de pie sin decir palabra, sin hacer el menor movimiento con la cabeza, con la mirada tensa, luego gira sobre sus talones, se desliza sin ruido al otro lado de la puerta, y desaparece.

Lamrani está sentado ante la ventana, con ambas manos apoyadas en el bastón hincado verticalmente entre sus rodillas. Las amplísimas mangas de su chilaba ocultan en parte su blanca barba. Con su voz temblorosa, entrecortada, va desgranando palabras a duras penas inteligibles. Mas tarde, se quita las gafas oscuras, dejando ver sus ojos grises, fijos e inmóviles.

Las persianas están echadas, como siempre, pero la luz que se filtra por entre los listones de madera basta para iluminar convenientemente la habitación. A pesar de

Librodot

ello, la lámpara eléctrica permanece constantemente encendida; desparrama por la mesa, las carpetas, los papeles, una luz mate, igual, inútil.

El comandante dice: «Por lo que respecta a los prisioneros -Brahim Lamrani y el otro, no recuerdo su nombre-, ya está arreglado.»

Va explicando: «Fue allí inmediatamente, tal como me prometió, y los hizo llevar otra vez a comisaría.»

Prosigue: «En lo sucesivo, evidentemente, habrá que ¡procurar que semejante situación no se repita... Y procurar, de momento, que el asunto no trascienda.»

Generaliza: «Abusos, siempre los hay, es inevitable... Precisamente cuando uno se atiene a su cargo... Por otra parte, hay que reconocer que exceptuando algunos lamentables accidentes...

-¿Y el tercero?

-¿El tercero? ...» El comandante calla, levanta las dos manos a la misma altura sobre la mesa, adelanta ligeramente el cuerpo, y también la barbilla en un pequeño gesto, irguiendo levemente la cabeza, enarcando ligeramente las cejas, con los labios apretados, y los ojos bajos.

Son más de las diez. El patio del Servicio está lleno de gente. Fuera, ante las ventanas, hacen cola junto a la pared, como todos los días. El pasillo no se vacía: los siseos entremezclados, los conciliábulos, el roce de las babuchas y las sandalias por las losas llegan sin interrupción a través de la puerta cerrada.

La puerta se abre bruscamente. Entra el comandante. Saíd se precipita, cierra la puerta, y desaparece.

El comandante se sienta en la silla más próxima a la mesa. Mantiene un momento fija la vista en el plano de la ciudad vieja clavado en la pared, enfrente de él. Su mano izquierda tamborilea en el borde de la mesa. Luego su mirada va resbalando por las carpetas, los papeles, va y viene de uno a otro objeto, rapidísimamente, sin detenerse, durante breves instantes -unos cuantos instantes de respiro, los últimos momentos de reflexión antes de hacer la pregunta, antes de escuchar la respuesta.

Mañana por la mañana...

El escándalo aparece en primera página del periódico, a dos columnas, abajo, a la derecha, en primera página del diario de la tarde. Uno junto a otro en la foto, hombro con hombro, los dos culpables enarbolan una cordial y franca sonrisa, como un par de hermanos, bajo el oscuro uniforme y la gorra que les tapa la frente. Se trata en realidad de dos antiguos retratos, pegados demasiado juntos, pero el montaje está bien hecho, la imagen se encuentra justo debajo de los titulares, el lector que no esté

en antecedentes puede con razón pensar que los delincuentes posan complacidos ante el objetivo, satisfechos de sus hazañas.

Es un escándalo de poca monta, es verdad, de los que se permite publicar de buen grado. Las fechorías son más bien benignas. Seguro que los dos compadres no sonreían la tarde de su detención, pero sus caras no expresaban ni vergüenza ni confusión, ni siquiera temor por el futuro, solamente extrañeza.

Luego renace la confianza, y salen a flote el espíritu de equipo y la solidaridad. No se tarda mucho en ponerlos en libertad, y en destinarlos a otro servicio, o trasladarlos a una circunscripción próxima, o tal vez incluso en destituirlos, les tiene sin cuidado, no corren peligro de quedarse sin empleo por mucho tiempo.

Una banda los recluta, los somete a prueba, y poco después les asigna pequeñas misiones auxiliares, vigilancias, controles, rondas en automóvil por todo el sector urbano, el centro, los alrededores, toda la periferia, pequeñas tareas ordinarias, pronto de rutina, fastidiosas.

El entusiasmo de que dan pruebas al despertarse decae bastante antes del mediodía, y en cuanto pasa el sobresalto del rato de interrupción de la jornada, las energías se disipan, se relaja la atención, las paradas al acecho se prolongan, las horas se encadenan, iguales, se suceden, monótonas, y transcurren en plena indiferencia.

Siempre las mismas calles, los mismos puntos de observación, las mismas rutas por la ciudad, los mismos descampados; la jornada va llegando insensiblemente a su fin, como en la oficina, en la paciente espera de la hora de salida.

Pérez sigue sentado en el mismo sitio, con las manos abiertas y apoyadas en el banco a ambos lados de sus muslos, e inclinada la cabeza sobre el hombro izquierdo; sin duda, a fuerza de aburrimiento, se ha amodorrado por fin. En cuanto a Marietti, parece haber terminado la lectura, o bien haberla interrumpido, por aburrimiento también; el periódico está extendido ante él, parte sobre el banco, parte sobre sus rodillas, como si se le hubiera caído de las manos.

La sombra, bajo el follaje, va extendiéndose, acumulándose. Su emplazamiento está ahora muy oscuro. Parece como si las aceras, la calzada misma, se hubieran alejado, y que las baldosas, el asfalto, hubieran descendido unos cuantos metros, al fondo de un foso invadido por las tinieblas.

Un coche sale de la fila de los aparcados ante el bloque, alcanza el centro de la calzada, y arranca ruidosamente. En ese mismo instante, todos a la vez, accionados por un mecanismo imposible de oír, se encienden los globos de vidrio en lo alto de las farolas de la avenida.

Pérez levanta la cabeza, se restriega los ojos, se mira el reloj de pulsera, y da una palmada en el hombro a su vecino. Marietti se sobresalta, bosteza, se estira perezosamente, y atrapa el periódico que estaba a punto de resbalar al arroyo.

Detrás de la acera, la tapia de ladrillo apenas se distingue del césped que viene a continuación. La zona a oscuras se prolonga hasta los barracones de la bolera, donde la mayoría de los jugadores se reúnen para cenar. Por los amplios ventanales del restaurante se ve a los hombres que discuten sentados a las mesas. Todas las pistas están vacías, excepto la más alejada, a la derecha, donde está terminando una indecisa partida. Desde el umbral de la puerta, un hombre gordo, con la servilleta al hombro, llama a voces a los retrasados, gritándoles algo varias veces, señalándoles el reloj con el dedo.

Librodot

Las lámparas entre los árboles dan al lugar un aspecto de verbena abandonada. Se oye intermitentemente un estribillo, una melodía pegadiza de ritmo machacón.

Débilmente iluminado por la bombilla colocada ante la puerta de entrada, el reloj, sobre el tejado de los vestuarios, señala las ocho menos cinco.

Pérez se ha levantado, se ha dirigido hacia el coche con cansinos pasos. Abre la portezuela, se pone al volante, da el arranque, pisa primero con fuerza el acelerador, deja luego el motor en ralenti, enciende los faros, y pega dos bocinazos para llamar al orden a su colega, que sigue sin moverse.

Marietti hace un gesto de que ya va, se levanta, se aprieta el cinturón, alza la cabeza, dirige un maquinal vistazo hacia los últimos pisos del bloque, pero no debe de ver gran cosa más allá del aura de amarillenta claridad que proyectan las farolas, probablemente nada aparte de una fachada desnuda, lisa, de la que ni siquiera los cortes de las ventanas destacan sobre el gris del muro. No insiste, por otra parte, avanza por el bordillo de la acera hacia el coche, abre la portezuela, y se deja caer sobre el asiento delantero. La portezuela chasca.

Pérez maniobra para salir de la hilera de vehículos, arranca, alcanza el centro de la calzada, y se aleja a toda velocidad hacia la plaza Roosevelt.

En pocos segundos, el viejo Buick desaparece entre las dos líneas de árboles de la avenida.

La habitación está sumida en una semioscuridad, no porque esté realmente a oscuras -el cielo está aún lo bastante claro como para poder leer junto a la ventana sin encender la lámpara-, sino porque las luces de la avenida siguen centelleando ante los ojos, y los objetos destacan poco tras el tenaz e irregular deslumbramiento que destruye sus contornos. Poco a poco, sin embargo, se van afirmando las líneas dominantes, así como las manchas negras de la mesa y de la cama, de la estantería adosada al blanco tabique, del candelabro de piedra blanca, liso y mate, contra el plano malva de la ciudad vieja.

El zumbido del ascensor llega claramente del otro lado de la puerta, y el sonido de una voz gangosa -no un susurro, sino una voz firme y de claro y regular timbre-, a través de la puerta y de la del piso de al lado, casi contiguo: «Mañana, buen tiempo en todo el país, nieblas matinales en las costas, con tendencia ascendente de la temperatura respecto a la de la víspera.»

La radio difunde un bisbiseo continuo, chillón, que no llega a acentuarse demasiado, pero que sigue oyéndose incluso con la ventana abierta, subrayado por sintonías e incontenibles estribillos.

Otros ruidos resuenan a través del tabique: un tintineo de tenedores, el campanilleo de un vaso contra el cuello de una botella, y el arrastrarse de una silla sobre el mosaico.

Los visillos tiemblan. Una bocanada de aire fresco se cuela hasta el fondo de la habitación, por el estrecho espacio entre la mesa y la cama, a lo largo de las blancas

Librodot

paredes en que la luz del faro, por la noche, hace desfilar sombras filiformes, estilizadas, jirones de sombras que voltean como un molinete.

Pero la luz del faro no es aún más que un pequeño y agudo resplandor que parpadea a intervalos regulares -ocho segundos, seis segundos, tres segundos- al final de la escollera, hacia el norte, no lejos del punto en que, paralelo al canal, está anclado el petrolero, que debe también de estar iluminado, pero sus luces son invisibles, o las tapa cualquier edificio que se interpone.

Las barcas de pesca han desaparecido; de todos modos, sus fanales son demasiado débiles para poder divisarse desde tan lejos. Toda la superficie del agua aparece igual, monocroma, pero la vista sólo puede adivinarla, resbalar sin tropiezos por una extensión lisa e inmaterial. Por primera vez en todo el día, la línea del horizonte es claramente visible -y por última vez también, puesto que dentro de pocos instantes, mar y cielo se habrán fundido nuevamente en una oscuridad total, impenetrable.

Multitud de lucecitas inestables brillan por las colinas de Ain Zurka, faros de los coches por las avenidas, lámparas en el interior de los chalets, que el follaje cubre y descubre alternativamente.

Una estrella brilla, al sur, débilmente, muy alta en un cielo sin nubes.

Más cerca, las hileras de farolas que sobresalen de los árboles señalan perfectamente, aunque interrumpidas en muchos puntos, el cordón seguido de los bulevares exteriores, desigual línea quebrada que subtiende una vasta semicircunferencia en la periferia de la ciudad nueva.

Más cerca aún, los grandes bloques de viviendas modernas a la derecha, la catedral a la izquierda, se levantan en entremezclados segundos planos cuya lejanía impide valorizar correctamente la penumbra reinante.

El parque se ha quedado vacío. Los paseantes han vuelto a sus casas. Otros -o los mismos- volverán más tarde, después de cenar. Por el momento, los senderos están desiertos, y abandonados los espacios que median entre los bordes de los parterres, sobre los que cae, desde lo alto de las ramas, una claridad rosada, difusa, como diluida en polvo y rocío marino. Cuatro faroles de hierro forjado, en torno a la glorieta central, iluminan la estatua de piedra, cuyo gesto imperial, así como las belicosas arengas que implica, no parecen dirigirse a nadie.

Las hojas de las palmeras, de un extremo a otro del parque, se mueven apenas. Sólo continúan agitándose, alrededor, las dispersas frondas de los eucaliptos.

Y más allá del parque, desde el parque hasta el océano, entre el puerto y los barrios lujosos, se extiende una gran mancha blancuzca, ligeramente ondulada, y difícilmente perceptible: la mirada no consigue distinguirla más que fijándose claramente al margen -apuntando al horizonte, o a un punto cualquiera de la costa, más al norte o más al sur. Sobre los miles de terrazas que la componen no brilla una sola luz, no se ve un solo ser humano. Millares de casas blancas se levantan allí una junto a otra, construidas como al azar en el estrecho espacio disponible, apretadas a lo

Librodot

largo de las tortuosas callejuelas, rodeadas por todas partes de callejas vacías, desiertas, por las que nadie se aventura ya, sólo recorridas por los soldados desde la caída de la noche, durante toda la noche, con el dedo en el gatillo y el oído atento - durante todas las horas de la noche, lentas, iguales, por los pasajes en que los gatos, los perros, huyen al acercarse las patrullas, por los que sólo resuenan el martilleo de las armas, las órdenes breves, inquietas, las secas detonaciones, repetidas en el dédalo de los caminos oscuros, enmarañados, pronto amortiguadas

en los callejones sin salida donde el sonido topa con las altas y ciegas paredes. Y a la mañana siguiente, desde primera hora, golpean las ventanas, se entreabren las puertas, la gente se escabulle de las casas, los estibadores caminan con pasos precipitados, se dirigen apresuradamente hacia el puerto, las calles se animan, se levantan los cierres metálicos, pronto se reúne la multitud, las mujeres se adelantan, los viejos caminan más lentamente, pasan unos muchachos, montados en camiones, musiquillas de flauta, músicas de violín, estridentes, gangosas, se escapan de los cafés moros, de los tenduchos, retumban en los cruces, por las plazas, en los jardines públicos, llenan la ciudad vieja, que pronto revivirá, ruidosa, colmada, y renacerá, dentro de algunas horas, en cuanto amanezca, mañana.

Librodot

Librodot